

Certamen Literario Brunca 2018

Universidad Nacional de Costa Rica,
Sede Regional Brunca



Compiladores:
Miguel Calderón Fernández
Francisco Corrales Castro

*Certamen Literario
Brunca 2018*

860.4
C146ce

Calderón Fernández, Miguel; Corrales Castro, Francisco,
compiladores, Certamen Literario Brunca 2018
/ Compiladores: Miguel Calderón Fernández; Francisco Corrales
Castro.

Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2018.
212p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-9663-2-7

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Jurado de poesía:

Adriano Corrales Arias.

Miguel Ángel Castro Guevara.

Iris Valverde Usaga.

Jurado de cuento:

Rodrigo Soto.

Faustino Desinach.

Alberto Ortiz.

Imagen de portada: Erika Mora Delgado.

Editorial Nacimiento.

Diagramación: Adams J Ruiz.

mi@adamsjrui.com

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por
cualquier medio, mecánico o electrónico del
contenido total o parcial de esta publicación.

CONSEJO ACADÉMICO DE SEDE REGIONAL BRUNCA

Ma. José Luis Díaz Naranjo
Decano

Ma. Yalile Jiménez Olivares
Vicedecana

M.B.A. Marjorie Azofeifa Montero
Directora Administrativa

Ml. Joe Montenegro Bonilla
Director Académico, Campus Pérez Zeledón

M.Sc. Rodrigo Ignacio Campos Araya
Director Académico, Campus Coto

M.Sc. Alejandro Flores Quesada
Coordinador Área de Desarrollo Social

M.Sc. Josué Naranjo Cordero
Coordinador Área de Ciencias Exactas y Naturales

Ma. Jaqueline Araya Ríos
Coordinadora Área de Idiomas

Daniela Jiménez Mena
Representante Estudiantil, Campus Pérez Zeledón

Leidy Fonseca Méndez
Secretaria Consejo de Sede



Certamen Literario Brunca: espacio y territorialidad, dimensiones de la literatura regional

La creación literaria desde la Región Brunca ha tenido un ascenso permanente, claramente visible a partir de la fecundidad en cuanto a la producción en ensayo, cuento, poesía y teatro en el último cuarto del siglo XX.

En teatro el recuento inicia, como trabajo estructurado a partir de su promoción en 1975 con el trabajo pionero del promotor cultural y actor Gerardo Arce Quesada con el montaje de las obras *El tesoro de Antofagasta*, *Astucias Femeninas* y *Lo invitamos a Cenar*, esta última en 1976. Las limitaciones propias de una comunidad en transición, hacen que esta iniciativa desaparezca hasta reencontrar el camino tres años después, con la participación de Francisco Hidalgo Mora, quien va a trabajar desde el Hospital Escalante Pradilla en la conformación del Grupo de teatro García Lorca.

Una vez encendida la llama de la actuación teatral, sin olvidar, desde tiempos inmemoriales, las festividades escolares, con la clara designación de los cuadros, nombre popular para la puesta en escena de obras en un solo acto con el objetivo de divertir en los que se exaltan temas cotidianos jocosamente interpretados, la hilaridad de todos los asistentes al evento, expresión plena de gozo, pues conocen a los actores, niños, con una veta de teatro importante en desarrollo permanente, jóvenes y adultos de las comunidades, nuevos grupos van a emerger con el soporte exclusivo del empeño personal y el respaldo del elenco actoral, gratificado por la aceptación generosa de los asistentes a las funciones que en cada caso fueron programadas.

En este tránsito teatral sostenido a través de estos años resulta aleccionador el hecho de la publicación en febrero de 2013, bajo el sello editorial de Ediciones Chrirripó, de las obras de teatro *Cornelio* de Iván Moreno Rampani y *Tío Prometeo* de Fernando Herrera Villalobos.

En el campo poético, el movimiento adquiere expresión formal desde un 15 de noviembre de 1978, en la propuesta de un grupo

de estudiantes de la Sección Regional de la joven Universidad Nacional, quienes organizan, presumiblemente, el primer certamen de poesía en la región. En esta secuencia es en el año de 1982 en el que por primera vez se organiza el certamen con las formalidades propias de un evento de esta naturaleza.

La creación literaria, específicamente en el cantón de Pérez Zeledón, ha sido copiosa. Sabemos poco de los otros cantones de la región, Golfito, Coto Brus, Corredores, Osa y Buenos Aires. Sobresalen en este esfuerzo, para el caso referido, una cantidad grande de revistas literarias que dan prueba empírica sobre la eclosión creativa en las letras: Alborada (1979), Poesía (sf), Poetas de Pérez Zeledón (1983), Rostros (1991), Chirripó (1985), Diquís (1984), Ojoche (1987), Kachá (sf), Kunú (sf), Tríptico (sf), Revista Literaria de Escritores y Editores de Pérez Zeledón, entre las más notables, sin considerar todos los esfuerzos por estructurar la posibilidad de publicar desde la funcionalidad editora, con toda la formalidad característica de las propuestas impulsadas. De igual forma, lo referido a autores en una multiplicidad de temáticas e intereses que proyectan, no una visión regional sino una creación particular de la literatura desde la región, con un alcance a otros ámbitos geográficos. Es probable entonces, encontrar temas que podrían ser reducidos a una esfera local pero no por ello únicos y propios de la región o la localidad. Es este un proceso de apertura de espacios de creación, en el que el carácter de esa unicidad y la vivencia particular de quien asume el compromiso de la escritura, resulta comprensible y asimilable a otras realidades, pero a la vez, se resalta el hecho que evoca la identidad, no como característica exclusiva, difícil de diferenciar, todos los espacios abiertos resultan similares. De igual forma, las estructuras productivas, no en cuanto a la especialización sobre la base de las actividades económicas, sino en lo referido a los sistemas de organización.

Desde el Certamen Literario Brunca se promueve la creación literaria en los géneros de poesía y cuento como medios de expresión cultural de la región con objetivos orientados a:

Crear espacios para la expresión creativa en poesía y cuento en la población mayor a los 13 años, adolescentes, jóvenes y adultos.

Identificar las necesidades culturales y su expresión literaria como medio de cohesión e identidad regional.

Favorecer la expresión literaria a través de la organización de talleres y eventos culturales.

Crear las condiciones necesarias para el rescate de la historia regional y su expresión literaria.

Divulgar los esfuerzos creativos a través de la publicación anual de los ganadores del Certamen Literario Brunca.

Incentivar la creación de espacios educativos a través de la integración de diversas artes en un ambiente de respeto y tolerancia.

Acercar a la comunidad a la Sede Regional Brunca a través de la organización del Certamen Literario Brunca.

El Certamen Literario Brunca se expresa como una posibilidad de desarrollo de la población de la Región Brunca en el campo de la educación artística.

Estamos, en una distribución geopolítica impuesta, sea como centro o periferia, como metrópoli o satélite desde la perspectiva urbanística y los procesos de expansión territorial, a la sombra de la condicionalidad del desarrollo desigual y combinado, propio de una formación económica y social, esa que define la supremacía global del capital como factor de producción sobre los demás, con las consecuentes influencias en la cultura. No obstante, desde la creación artística, en sus diversas expresiones, la continuidad se establece en referencia a una temática universal, la vida misma y su entorno.

Desde esta perspectiva lo que resulta diferenciador es esa perspectiva integradora de los procesos asociados a nuestra condición psicológica y social de acuerdo con las claves para describir e interpretar, con el acervo estético, esas realidades sociales desde la óptica de la creación literaria. No en lo político por cuanto en el ejercicio del poder este resulta el más global de los ejercicios, por sus métodos, tácticas y estrategias, aplicable a todas las geografías, por tanto, los posibles efectos son predeciblemente los esperados.

Así la condición, la nuestra, estéticamente en los fundamentos de la practica lúdica, como juego, creación y socialización, resulta diferente y única en cuanto a sus productos, poesía y relato. Todos los trabajos que a través de estos treinta y dos años han sido parte de esta exposición a través del Certamen Literario Brunca son suficiente evidencia de lo afirmado; podemos constar que no existe un solo trabajo igual a otro. En ello radica la riqueza cultural de este esfuerzo, los esfuerzos educativos y de cualquier iniciativa direccionada hacia estos objetivos, la diversidad en la perspectiva y la multiplicidad de interpretaciones.

Es con la Universidad Nacional a partir de la Sección Regional, en 1981 cuando se escribe la propuesta, presupuestando un total de cuarenta mil colones, al amparo del Centro de Estudios Generales, en la persona de Fernando Herrera Villalobos, el Departamento de Vida Estudiantil con Anabelle Torres Jiménez y el Taller Literario Pablo Neruda, fundado en 1978 con la participación de William Garbanzo Vargas, Hernán Cruz Rodríguez e Iván Moreno Rampani, entre otros escritores de la comunidad de San Isidro de El General, como medio de promoción de la cultura literaria en la región.

En este sentido es importante clarificar nuestra procedencia, con ello mismo, valorar todos los esfuerzos orientados hacia esa búsqueda de identidad con la especificidad de nuestras circunstancias: procesos de colonización, fermentos para revoluciones, luchas en la defensa de territorios e instituciones, construcciones de obras de infraestructura públicas, interculturalidad y orígenes poblacionales; pero sobre todo la unidad establecida por ese inmensa barrera natural Cordillera de Talamanca, infranqueable en el periodo de colonización, generadora de temores, sentimientos de soledad, distancia, aislamiento y exclusión, a la vez comunión con la expresiones artísticas valle centrinas, indígenas, afro caribeñas y chiricanas.

Son pocos los estudios direccionados hacia la sistematización, como esfuerzo interpretativo, de los procesos creativos en las artes a nivel de las regiones. Antes del final de la década de los setenta, lo que permanece a nivel cultural en el cantón de Pérez Zeledón es la “absoluta quietud”, según la tesis *La Literatura en Pérez Zeledón*:

en Busca de su canon, de Granados Céspedes, D., Miranda Araya, J. y Viquez Murillo, M., presentada en 1997 en la Universidad Nacional, Facultad de Filosofía y Letras, Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje.

Surge como hipótesis el principio desencadenador de la novela del escritor Marco Tulio Aguilera Garramuño, llegada al país en 1975, Breve historia de todas las cosas, con una lectura profusa en el Valle del General, a raíz de la designación para el año de 1976, del Premio Nacional en novela, sin entrar en detalles sobre las consideraciones propias de detractores o defensores de la misma. Este impulso resultó necesario para la ebullición de la creación literaria en San Isidro de El General, hasta el grado de que fue propuesta su discusión el día viernes 2 de octubre de 1981, como tema en el Congreso El Sureste de Costa Rica como Región de Desarrollo, con la mesa redonda “Breve Historia de Todas las Cosas” con la participación de Enio Viquez, Carlos Abarca y Danilo Salas, discusión publicada en la Revista del Archivo Nacional, Año LII, No. 1-12, 1988. Punto de ruptura e inicio de la búsqueda en la construcción del principio de identidad quebrada por los nuevos parámetros de ocupación territorial y uso de los recursos naturales.

A partir de 1979, con el Circulo Literario Pablo Neruda, Taller como popularmente se designo su membrecía, se produce el mayor impulso cultural, sostenido a través del tiempo por las iniciativas personales de muchos de sus artífices. Y es bueno reafirmar que es con la Universidad Nacional como se garantiza la permanencia de estos esfuerzos, hasta conformar el acervo con características claramente definidas de este movimiento literario. En una primera etapa, una exclusiva participación masculina y dominio de la poesía con tendencias estéticas románticas, costumbristas y modernistas, todo en la segunda mitad del siglo XX. Otra etapa, la segunda promoción, tendrá como aspecto sobresaliente, la publicación de poesía en modestas revistas literarias, con expresiones exterioristas adscritas al movimiento estético resultado de la influencia de la Revolución Sandinista en Nicaragua y la poesía de Ernesto Cardenal. Es predominante el estrato de profesionales en el campo

de la educación y la medicina, quienes animan las publicaciones, con una clara orientación socialista. Otro elemento importante es la aparición de la mujer poetisa y la relativa juventud de los escritores, con un rango en edades que oscila entre los diecisiete y cuarenta y cuatro años, mayoritariamente generaleños. Una tercera generación presenta a una población mayor de escritores con escasa producción, paradójicamente, es el momento en el que empieza a surgir la publicación de libros.

Con estos esfuerzos por interpretar esta realidad se perfila la orientación desde el origen mismo del Certamen Literario Brunca en torno a la continuidad del trabajo literario, por ello mismo la idea de región, fuente para la consolidación de una identidad más allá de la vida efímera y sobresaltada de las instituciones, especialmente en la modernidad globalizada, alternativa promotora de la creación artística en este campo particular.

Los trabajos que aquí se han dado y se dan a conocer son resultado del quehacer de cada uno de sus autores, sobre la base de decisiones y una percepción particular de una realidad, dentro de un proceso de evolución que debe resultar de la lógica asociada al contraste entre la perspectiva iniciática y el desarrollo ulterior de la creación, las ideas sobre la condición social en términos de formulaciones, valoraciones y decisiones, tácitas o explícitas. Pero además, la importancia de resaltar la voluntad de los autores con las significancias atribuibles a cada una de las obras creadas, los recursos a su disposición para acometer la tarea asumida. Se debe hacer la aclaración necesaria de que el Certamen no responde a los criterios de quienes han hecho de la escritura un oficio permanente, no implicando esto, que se deban inhibir de participar en cada una de las ediciones con sus trabajos literarios, de hecho la experiencia así lo demuestra.

La Región Brunca debe su nomenclatura a la oficialidad a la hora de tratar de conjuntar espacios con características similares, el proceso de regionalización propio de los años setenta del siglo pasado. Bañada por dos cuencas hidrográficas, la del Río Grande de Térraba, la que conforma del Valle de Diquis, con la poblaciones

de San Isidro de El General, Buenos Aires de Puntarenas y Ciudad Cortes, la cuenca del Río Coto, con la poblaciones de Coto Brus, Corredores y Golfito, conforma una población cercana a los cuatrocientos mil habitantes con una representatividad del el 20% del espacio físico geográfico costarricense.

La actividad económica sustantiva se centra en la producción agrícola con cultivos como el café, en las partes altas, la caña de azúcar, la ganadería, hortalizas, frutas, legumbres, tubérculos, con insipiente desarrollo técnico. Contrasta esta realidad con la dinámica que presentan las actividades agro industriales en manos de grandes transnacionales, caso de la palma aceitera y la producción de piña. En el litoral costero, el desarrollo turístico de los últimos años ha alcanzado índices importantes de visitación, con el avistamiento de ballenas jorobadas como uno de los principales atractivos. La Región Brunca cuenta con la mayor concentración de población indígena a nivel nacional, once territorios, presencia de bribris, borucas, huetares, terrabas, guaymies, entre otras poblaciones.

En términos de infraestructura cuenta con aeropuertos locales, un puerto de embarque, Golfito y es atravesada en su longitud, por la carrera Panamericana.

Culturalmente, existen proyectos de renombre nacional como la Escuela de Música Sinfónica, proyecto impulsado desde la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cinco universidades públicas y diez privadas con áreas de trabajo educativo en ciencias sociales, tecnologías de la información, ciencias exactas, educación, entre otras. Se cuenta en esta región con poblaciones ubicadas de los cero metros sobre el nivel del mar hasta los tres mil cuatrocientos, con la mayor altura para Costa Rica, el Cerro Chirripó, distancia con un recorrido de sesenta kilómetros.

El origen de la población es en lo fundamental valle centrino, con migraciones iniciadas en la segunda mitad del siglo XIX. Otro frente de desplazamiento se generó en Panamá con la población de origen chiricano. En este sentido, esta comunidad es pluriétnica.

La ciudad de San Isidro de El General, es la más grande de la región y ha sido el punto de partida para importantes eventos históricos, inicio de la Revolución de 1948 y la fundación de Segunda Republica al amparo de la constitución de 1949, vigente hasta la fecha, las luchas en contra de multinacionales, caso de ALCOA en 1970, las luchas en contra de la privatización de los servicios públicos y los tratados de libre comercio, en la primera mitad del siglo XXI.

Siendo entonces este espacio una oportunidad para manifestar que la cultura, en este reconocimiento a los creadores de literatura a partir del Certamen Literario Brunca, sea una fragua de estrategias de comunión y lucha en la recuperación de nuestra razón de ser como identidad. Para desdicha como sociedad hemos asumido los peores defectos de occidente y desechado las mejores tradiciones de nuestra cultura ancestral. El político de profesión cede ante el engaño y el fraude reconocido y esta aparente cesión se traduce en caudal electoral, garantía para que el estado de cosas continúe inalterable a pesar de las supuestas revoluciones inspiradas en la necesidad de la prevalencia de la norma, lo que no es más que otra contracción, la ley, con una hechura moldeada sobre la base del dominio, como punto de partida y llegada.

Y si hablamos de la educación, en la modernidad líquida, como lo plantea Zymunt Bauman, los retos de la actualidad están golpeando con certeza la esencia misma de la idea de educación, y cultura en general, con el cuestionamiento al precepto de invariabilidad de la idea. Se habla de la pérdida de vigencia lo que obliga, según esta visión, a reexaminar y remplazar, bajo los preceptos de que la solidez de las cosas, al igual que de las relaciones humanas, por son amenazas. La lealtad al igual que el compromiso a largo plazo restringe la libertad de movimiento y reduce la capacidad de aprovechar nuevas oportunidades, esencial de lo mercantil. Las cosas máspreciadas envejecen rápidamente.

El Certamen se proyecta hacia la comunidad nacional abarcando en este caso particular, prácticamente todo el territorio nacional, y trascendiendo los objetivos propuestos, pero lo más importante,

dando fundamento a la propuesta que con buen tino, visión y trabajo se propuso desde su fundación. Y como aspecto interesante, la participación se ha ido diversificando en cuanto a las temáticas tratadas, desde la poesía y el cuento.

Para estos treinta y cinco años, el listado de obras y procedencias resulta sumamente satisfactorio. Tarea asumida por quienes escriben con tesón y constancia, investigación y consistencia, lectura y autocrítica, claves fundamentales en el proceso de creación literaria. El hecho mismo de que los autores se sometan a una evaluación vista como otredad, como crítica, como parámetro, como superación de los temores y el miedo, conlleva irremisiblemente al acto obligante de dar continuidad a lo emprendido. Trabajo tesonero y pertinaz, investigación y consistencia son las claves básicas, al igual que lo son para otras tareas, propias de la creación artística. Cualquier idea, sin importa su calificación, bien trabajada, podría llevar al salto en la forma y contenido de la expresión literaria.

Todos los trabajos, por una razón propia de la consideración con el sustento en su aporte a la cultura desde la región, fuera de la oficialidad y la erudición, en esa diatriba imperante, la producción serial de lo consumible y perecedero, necesitan ser situados en el contexto histórico geográfico, como creación expuesta hacia lo territorial y extraterritorial.

De igual manera, el Certamen ilustra la lucha de quienes escriben para contravenir la malsana influencia de las tecnologías y medios de comunicación de masas, en nuestra cotidianeidad, expresada en esa desesperada carrera por llegar a una irresponsable síntesis sobre la base de un economicismo lingüístico con el gastado argumento de la eficiencia y eficacia, en otros espacios, la comunicación asertiva, propia del tráfico mercantil y su objetivo último, el consumo. La pérdida de conceptos y de sutilezas no implica evolución idiomática, todo lo contrario, es regresión, en las palabras de Álex Grijelmo. Y si a esto agregamos, las hipótesis que correlacionan lenguaje/ pensamiento, como unidad, dentro de pocos años no habrá expresión de ideas ni comunicación de éstas, más allá del uso de un reducido número de símbolos visuales, asumidos como

universales, medio publicitario de nuestras necesidades y su pretendida satisfacción, la valla comercial como sistema de información. Le corresponde a quien crea literariamente, entre otros, la dura tarea de imposibilitar el asidero de estas tendencias perniciosas y crear medios para la superación, su arte es el antídoto y la esperanza en el amor y la fraternidad.

El arte es sublevación, en tanto expresa creación. Ceñido a modelos lleva a la pérdida de libertad, señuelo para la servidumbre, pero además, éste expresa un nivel elevado de compromiso y responsabilidad. El creador y su arte, representan el ideal societario de los individuos en tanto asume la búsqueda de la verdad y la representa en su obra. Para el escritor, como para cualquier creador, el compromiso está fuera de todo control y apego a ideologías, a la autoridad, en su expresión recursiva del poder, por tanto es libre y como tal, su trabajo da continuidad a la vida misma. Cuando renuncia a su libertad su actividad se desvanece y termina.

Es probable, que muchos de los trabajos literarios, resultado de estos treinta y cinco años de esfuerzo, no hayan tenido continuidad como praxis creativa por parte de sus artífices; quién asumió el riesgo, de un jirón rompió con la tarea emprendida, aún así, este esfuerzo expresa una realidad y una visión particular, una historia singular, tiempo y espacio concretos, momento catártico, acción lúdica, juego irrestricto. Quienes sí continuaron han consolidado su aporte a la cultura, como expresión humana de autonomía viviente.

Quedan tareas pendientes asociadas al análisis y sistematización la experiencia creativa, durante todos estos años. Además de la evaluación del impacto reflejo en publicaciones formales. Aún con este inconveniente, el Certamen ha deslindado la historia de la creatividad desde este espacio, con una trascendencia del espacio territorial.

José Luis Díaz Naranjo,
San Isidro de El General. Octubre 2018

Presentación

Salmo y eternidad

El poeta caminó por la orilla del río, buscó un puente para pasar al otro lado. Su trabajo, que le imponía la obligación de supervisar las condiciones de seguridad social de una empresa cualquiera, le generaba una tarea rutinaria y sencilla, de orden humano y burocrático. Cualquiera persona de pensamiento sistémico podría haber hecho sus funciones; hasta el más elemental de la especie sabría que llegar al lugar, tomar un bolígrafo y un trozo de papel sería suficiente material para realizar la labor que se le pedía.

Encontró el puente sobre el río San Isidro, tenía un piso de madera clavado sobre dos vigas de caoba sólido y fuerte. Miró la estructura y supo, en pocos segundos, que la cama de tabloncillo con rendijas pronunciadas no representaba peligro al caminar. Debajo del puente rústico unos cardúmenes de mojarras negras salpicaban el agua atrapando saltamontes gigantes que bajaban por un canforro de la cordillera, insectos traídos por los vientos alisios que viajaban de norte a sur arrastrando todo a su paso. Se detuvo antes de cruzar, y sabiendo que el tiempo era una condición para el desarraigo humano, se dedicó a contemplar los peces mansos y serenos, desobedeciendo así a el determinismo impuesto. Tomó un lápiz y escribió en su bitácora de trabajo: Yo digo que el alma tiene un sitio / ese sitio es el ojo / el ojo que sustenta nuestro amor y nuestro gozo. Guardó su reflexión y se dispuso a cruzar, iba majando fuerte con sus zapatos de lona gruesa, deleitándose con ese sonido sordo que rebota contra el agua cuando se camina por un puente de madera.

Se dirigió a su destino, un aserradero donde los olores a madera fresca se mezclaban armonizando el sentido humano: olor a madera de cedro, aroma de cristóbal, olor rancio de un amarillón, olor a nazareno, a macirarán, a caoba.

Una sensación conocida lo cubrió desde la tierra hasta la vida, era la inconfundible conquista de lo impostergable, la poesía. Maderas, quién puede dejar que un buen momento se fugue con el viento,

dijo el poeta, / *Hay maderas oscuras y profundas como tus ojos y tus cabellos* /, escribió en la hoja de supervisión. Una maquina apestosa lo sorprendió con un sonido estrepitoso e inmundado, entonces se deslizó por un costado del aparato y siguió su ruta, debía llegar a la oficina del gerente.

Un olor a nazareno distrajo sus sentidos, y en un momento de amor escribió / *porque tus ojos y tus cabellos son como maderas charoladas* /. Buenos días, saludó el gerente, en qué podemos ayudarte / *Hay Maderas suaves y livianas como tu piel y tu alegría* /, dijo el poeta en voz suave y fresca. Tenemos toda clase de madera, respondió el encargado. El poeta no lo escuchó, siguió caminando en olvido de la misión requerida. Brincó sobre una troza de madera de cristóbal y siguió llenando la bitácora / *porque tu piel y tu alegría son como maderas suaves y livianas*.

Salió de aquel lugar olvidando lo cotidiano, se dirigió a su casa para restablecer la rutina del día, seguir leyendo a sus poetas favoritos, Martí, whitman, Brecht... la noche lo alimentó con nuevas ideas. Se acostó sobre la cama de siempre, y con la mirada puesta sobre el infinito siguió escuchando las maderas, sintiendo su olor, amando lo que dicen. Por la madrugada no pudo soportar, tenía el corazón puesto sobre trozas de madera. Amaneció antes de la claridad y corrió sobre el mismo puente que lo llevaría hasta el aserradero. Una madera fresca se encontró de frente con él, no le habló, las maderas no hablan, pero la poesía habla por ellas. Se sorprendió escucharse a sí mismo, tomó un trozo de papel y continuó con su obra / *hay maderas recias y macizas como tus piernas y tus espaldas* / *porque tus piernas y tus espaldas son como maderas recias y macizas*.

Regresó a su trabajo sin entender su vida en ese infame quehacer; se ajustó los lentes gruesos para poder seguir la lectura y, en segundos se distrajo pensando / *hay maderas húmedas y rojas como tus labios y tu lengua*. Dudó por un instante sobre una posible obsesión y tuvo temor de proceder como Salomón frente a la reina de Saba, Cantar de los cantares, reina Makeda que lo trastornó como las maderas trastornan el alma del poeta. Entonces entendió que buscaba escribir el olor tenue e imborrable de su amada, el amor

inseparable que los unía en cada respiración. Pensó de seguido, salomón no conoció las maderas, por eso se distrajo con esos salmos acongojantes para el pensamiento. Se detuvo y terminó un verso que traía entre su pecho / *porque la piel de tus labios y de tu lengua es como una madera roja y empapada de sabia.*

No se inhibió con las maderas, de todas formas estaban allí, frente a él, a un cruce del río San Isidro sobre el puente de madera. Solicitó permiso para estar al lugar durante un día completo y sentir aquella variedad de olores y sabores que salían de las maderas aserradas por una hoja de metal / *Hay maderas olorosas y vivas como el olor de tu cuerpo / porque el olor de tu cuerpo es como el olor de las maderas cortadas en los tiempos de lluvia.*

Un trovador llegó por unas maderas para construir su guitarra, el poeta lo siguió por el pueblo para sentir el sonido de la madera con cuerdas; lo escuchó tocar, era una canción triste y melancólica llamada Las Garzas; la guitarra vibró sonidos agudos antes de que el trovador iniciara con la letra, se fue bajando por el diapasón descubriendo los sonidos ascendentes, luego regresó con sus dedos livianos hasta sentir los armónicos de una escala descendente. Suena bien, dijo el trovador; se escucha maravilloso, repuso el poeta / *hay maderas que al ser trabajadas dan notas musicales y perfectas / tu amor es una nota musical y perfecta como el sonido que dan ciertas maderas cuando son trabajadas.* El trovador terminó el requinteo de la canción e inició con la letra, era una canción melancólica y sugestiva, triste y alegre al mismo tiempo, caminó por las calles repitiendo el canto y añejando la madera que con el tiempo fue purificando el sonido hacia un tono oscuro y profundo. El poeta lo siguió escuchando, le sorprendía el sonido de la madera, e imaginaba que el amor debía ser como esa madera purificada por el tiempo. Sintió que en momentos de lluvia la madera se estrujaba acomodando sus fibras para proteger el sonido, luego, con el calor, se producía un estiramiento involuntario que era escuchado por la vida / *Hay maderas que se quejan en las noches de lluvia y en las tardes de tormenta.*

Por las tardes y noches el poeta seguía el sonido de la guitarra, y se unía al canto de Las Garzas para escuchar la transformación dulce y sensual que asume la madera cuando se convierte en música. Un día tuvo que asistir a una recepción en el salón del pueblo, era un lugar visitado por los lugareños a orillas del río San Isidro. Llevaba su libro, el que fuera, casi siempre eran lecturas de poetas de mundos lejanos, pero ese día leyó a Carmen Lyra, y lloró al saber que la escritora no había podido sentir el olor de su tierra al momento de la muerte, ni el olor de las maderas que nacen y crecen recogiendo la esencia de la vida / *Yo no quiero un cuchillo en manos de la patria / ni un cuchillo ni un rifle para nadie: la tierra es para todos/ como el aire.* La madera lo incitó a decir algo más para la madre de la patria, la Carmen Lyra que nos une en la lucha / *porque eres triste y eso te embellece y purifica, te pareces a esas maderas que se quejan en las noches de lluvia y las tardes de tormenta.* Siguió escribiendo como si tuviera un escudo protector hacia el ruido de los otros / *Hay maderas que tienen un sabor y perfume tan propios que, cuando se las huele o se las besa, ya no son olvidadas nunca más en la vida.*

La noche se acabó, y la actividad social también, el poeta levantó su mirada y vio a su compañera esperándolo en la puerta del salón; en un acto luminoso sacó nuevamente su libreta de poemas y terminó su Salmo de las maderas / *Porque eres fatalmente inolvidable, te pareces a esas maderas que se recuerdan hasta la muerte cuando se las huele o se las besa.*

Se alejó de la tierra un día inesperado, y las maderas siguieron cantando sus poemas, por los pueblos, por los bosques, por las ciudades confusas. Pero cerca del río, a unos metros del puente de madera hay jóvenes que se reúnen a escribir salmos en su memoria; es honroso hacerlo en silencio, recordando que el poeta no hace ruido, pero se deja escuchar entre sus versos; enseñándonos que la eternidad se vive cuando olvidamos el tiempo.

Miguel Calderón Fernández

Poesía

ACTA JURADO CERTAMEN BRUNCA 2018, POESÍA

El día veinte de setiembre del año dos mil dieciocho a las dieciocho horas se reunió y deliberó el jurado calificador del Certamen Literario Brunca, año 2018, Género Poesía, conformado por los siguientes miembros: Adriano Corrales Arias. Miguel Ángel Castro Guevara. Iris Valverde Usaga.

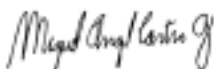
Habiendo examinado minuciosamente la totalidad de los poemarios que participaron, el Jurado conviene en forma unánime premiar las siguientes obras:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR al poemario titulado “Principio de incertidumbre” que se presentó bajo el pseudónimo Ban. Este es un texto poético riguroso con ritmo e imágenes adecuadas al trasiego contemporáneo. Posee contención poética lo que aporta a la síntesis y al buen cierre de cada poema. El lenguaje es pulcro y preciso. Ideológicamente hay un soporte de tiempo/espacio dentro de coordenadas cuánticas sin que se pierda el asidero de la realidad tangible.

2. Otorgar el SEGUNDO LUGAR al poemario titulado “La última llamada” que se presentó bajo en pseudónimo “Viajera del Tiempo”. Por ser un texto sincero que recoge imágenes cotidianas y las contrasta: entre lo urbano y el campo, entre el paisaje relajado y el correr de la ciudad; desde el quehacer poético que no escapa a la soledad tecnocrática.

3. Otorgar el TERCER LUGAR al poemario titulado “Un par de tragos pal coraje” que se presentó bajo el pseudónimo “Arieto Gonzales Agüero”. Por ser un texto emotivo que recolecta la realidad cotidiana e íntima del poeta en sus imágenes líricas.

Habiendo concluido la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos el acta y firmamos.



Adriano Corrales Arias – Miguel Ángel Castro Guevara – Iris Valverde Usaga

Primer lugar

A la memoria de Carmen Corrales y Kevin Carmona

Byron Ramírez Agüero

Cursa las carreras de Filología española y
Filosofía en la Universidad de Costa Rica

Principio de incertidumbre

Espacio-Tiempo

Vivo con mi cuerpo físico en el espacio (en una parte del espacio), reflexiono sobre un momento acontecido en el tiempo y hablo de ello mediante el lenguaje. Espacio, tiempo y lenguaje probablemente no son intercambiables entre sí, aunque, a veces lo parece. No son pensables uno sin otro, y lo digo de una manera totalmente literal.

Cees Nooteboom.

La noche se entra en mi alma cantando sobre las ruinas.

Roberto Brenes Mesén.

Del que camina

La luz danza hasta estrellarse contra la calzada
y hacer que un charco de aceite en el pavimento
simule ser arcoíris.

En la esquina un niño no me dice por qué corre, pero corre,
y desde la segunda planta de una casa vecina
una mujer lo observa todo con acuarios entre los párpados.

He caminado tanto, tanto...

Me he acostumbrado al ruido de la radio sin estaciones.

A esta realidad inconclusa. Al tic tac indiferente que nos ataca
[las ganas.

—No creo encontrar taxi disponible en este momento—

Corro, pero sé que no lograré marcharme a tiempo de mi cabeza.
Tanto he caminado, tanto...

Que ahora me parecen trágicas estas calles sin salida.

Que ahora me parece irónico,
estar atrapado para siempre en esta hora.

Tristes

Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Jaime Sabines

Su religión es mirar las estrellas para sentirse diminutos.
Sentir que la noche fue escrita para ellos es su consuelo matutino.
Los tristes hablan con la lluvia entre cafés y ronroneos.
Navegan sin historia. No saben mentir.
Tienen los ojos tristes porque le han tomado cariño a la nostalgia.

Los tristes van a al cine solos y no comen palomitas.
Hacen el amor en las montañas rusas.
Suben a llorar a los anillos de Saturno y les tiemblan las ideas.
Leen a solas. Escriben cartas a mano.
Hacen muecas frente al espejo para disimularse.

Los tristes no saben olvidar. No creen en mariposas.
Escapan de los relojes y tienen la letra horrible.
Son tristes, extrañamente conformes.

Escombros

Sin reclamos, me uno a este espacio vacío.
Concentro mi tacto entre tu voz y mi herida.
Lo que antes era el amor, ahora es la puerta,
estas ganas de querer sentir el perfume de aquél sueño, otra vez,
recuperar la caricia que bebía de tu sexo,
la desgarradora luz que se desvanece al entrar en mis ojos.

Solo nos quedan los gestos. El balance interminable de las horas,
un presentimiento del olvido que aún no llega;
dos habitaciones sin retratos.

Todo lo que nos fue dado es un instante,
el recibimiento de tu mano en mi pecho
y quizá algo más...

La tarde

*Todo lo cercano se aleja.
Goethe*

Miras el declive de la tarde. Miras mi mano entre tus manos.
Miras el presente; esta ficción que solo será
otra de las muchas formas del pasado.

Allá afuera, donde el frío es el más común de los secretos,
poco a poco la oscuridad se apropia de cada instante,
de cada yugo, de cada uno de los rostros de este mundo.

No es ahora. Todavía no.
Aún no distingo la luna entre tus ramas.
Una hora y poco más;
una vida.
Mientras el declive de la tarde,
su pena y su retorno nos envuelven.

Miras así mi mano entre tus manos
y es una sola memoria nuestro único refugio
y es el último destello de este día
la primera señal de lo que fuimos.

Discontinuidades

Me puse a soñar el poema de la hora.

Vinicius de Moraes

I

Algo así debió ser el futuro:
Venir a nacer a este desierto.
A morir. A cobrar venganza.

Has negado, he negado tres veces la misma sombra
y ahora nos pertenece su pregunta:
¿Venimos a nacer de nuevo o a soñar que alguna vez nacimos?

II

Ya he encontrado, has encontrado el centro de mi sendero.
He colocado mi ahora en sus laberintos.
Mi boca miente ante el dolor.
Mi carne no deja de culparse ante el espejo.

III

Nunca como ahora, la noche persigue con tanta furia a su amo.
Tres estrellas resucitan en mis palmas.
El tiempo es una casa sin paredes.

IV

Algo como esto deberá ser el pasado.
Una gota que asciende. Un grito que calla.
Un país sin territorios.

Cuerdas

Acaso la memoria sea el eco de la secreta melodía del origen.

Beatriz Villacañas.

*Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas
inconstantes, ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges.

1
(Marie Curie al caer la noche)

Marie prepara la cama.
Sus manos arden. Sus huesos golpean.
Bajo las sábanas su muerte más querida
se hace un nido entre el insomnio
y la luminiscencia de su pecho.

Marie prepara la cama.
Respira profundo.
Con cuidado separa su nombre del olvido.
Ha descubierto sus huellas a través del electrómetro
y ahora su aliento está a merced de lo invisible.

2

(Desde la sombra de un árbol, Han Fook reescribe el camino)
A un cuento de Herman Hesse

Plasmar al mundo en una imagen. Recitar el cielo hasta llorar.
**Poder decir gato, mares, beso. Y que me sean tangibles todos sus
[colores.**

Liberar al día de su angustia. Atrapar las miradas de los amantes
entre cuatro palabras. Atesorar en un mismo verso
la risa y la lágrima de todas las ciudades.

Plasmar al mundo en una imagen. Poner la mano sobre la noche sin
que duela
para así poder exponer la profunda conciencia de las cosas.
Que este canto revele el camino hacia el invierno,
desde las raíces del abrazo hasta el paso delicado
de una araña sobre el agua.
Que cada signo logre lo que el ser ignora. Pasado. Futuro.
Que el poema extinga
lo que el mal engendra.

3

(De una fotografía de Delgado Webb)

Un hombre

—como decir un niño al que se le impone olvidar—
es ahora todo y nada.

El olvido delante de sus ojos fulgura como escarcha,
pero no huye.

Se derrite, se condensa, se propaga,
como la sombra a su alrededor, pero no huye..

—Piromanía elemental— diría el caminante.

Y el aire...

El susurro de la noche es sólo la estantería donde coloca su alma.

—Elocuencia lumínica— diría el silencio.

Para el niño de la cámara,
recordar es arte.

4

(Galileo escribe)

¡Pensar, pensar hasta escabullirse!
Dejar caer una palabra. Dejar caer una piedra.
Notar cómo tocan el suelo al unísono.

Defender el movimiento del agua.
Dirigir la lente al cielo con la mirada atenta.
Distinguir las cicatrices del hierofante. Y jamás callar.

Un grito rodea eternizado el corazón de Júpiter:
¡Pensar, pensar hasta que duela!
Sufrir el tedio de la incógnita, la ceguera de los días,
el insomnio, la soledad del que sueña. Sufrirlo todo
y sin embargo observar con gusto cómo se mueve
lo que el mundo creía estático.

5

(Feynman en vigilia)

Un genio habla de partículas sin tiempo.
De movimientos inexactos. De susurros.

Ensimismado entre símbolos
juega a repensar el universo, redescubre la materia,
pone en duda su verdad.

En sus números toma forma la desmentira,
la razón de la luz, el palpitar de la pregunta.

Es en su alma donde el hombre se hace átomo,
donde el mundo cambia de rincones
y la naturaleza resucita.

6

(Leyendo a Leopardi)

Cubierto de polvo me encuentro, te encuentro, al lado del
[escritorio,
con una mezcla de palabra y sal acumulándose en mi boca.

No basta traducir a los antiguos
si el aire calla melancólico esperando nuestras voces.

Afuera la luna se desnuda para nosotros,
siempre para nosotros,
y con los senos disfrazados de constelaciones
se alza en el cielo
para dictarnos los misterios de este tiempo.

El resto es una noria que nunca descansa;
Un ínfimo destello disoluto.

—No fuimos más que jóvenes jugando a desequilibrar el
[lenguaje—
Para ellos, no somos más que atormentados;
discípulos de un deseo absurdo,
cantores que serán devorados por su presente ajeno.

El dolor hambriento por la palabra,
sin embargo te sostiene, me sostiene.
Con cada estrofa una lágrima.
Una lágrima inevitable con cada estrofa.

(Se abre camino con el lápiz una mezcla de vaho y de sentimiento)
Ya no tanteo tu voz. No queda nada.
A esta hora,
junto al escritorio,
un poema intenta prolongar el infinito.

7

(Alejandra recita)

Significar lo que significa una cicatriz.

Para encontrar el sitio indicado. Para permanecer cuando el día
[huya.

Te observo en este vaivén de elegías
en este encontrar, encontrarte, sola
frente al reflejo distorsionado.

Sin poder pronunciar. Con las manos atadas.

Sin poder expresar lo que te trae el vértigo.

Sin poder lograr lo que te atrae al vértigo.

8

(Blanca y sombra)

La muerte es un secreto de enterrados jardines.

González Carbalho

Esta voz es mi sueño, el poema de mi carne,
la noche que duerme boca arriba sobre mi alma.
Esta voz es mi sueño, el contrasentido de un reloj
que despierta a la luna, arrullando el sitio exacto
donde el polo sur del corazón y el meridiano de la sombra
se trastocan y se mezclan.

Yo te nombro, pequeña ave del recuerdo que niega a la muerte
[y la bendice.
Así te nombro, en las entrañas de este mundo
que no sabe amar sin morir, que no sabe ver sin llorar.

Te nombro y sobrevuelas la noche que perfora mi pecho,
sin decir una palabra: el polo sur del corazón, el meridiano de
[aquél signo
donde se trastocan y se mezclan las pasiones,
se dejan hilar, se confunden,
y es un solo murmullo el que brilla, veneno de serpiente en
[nuestra boca,
y no cesa ni desaparece.

Así vendrán los que se han marchado, caminando entre tus
[espinas.
Así se cerrará la llanura, la puerta enferma bajo tu cama
y no verás la brisa atravesar paredes
y no te verán posar los ojos sobre el destiempo.

Te fuiste hecha océano, a imagen y semejanza del delirio.
Te fuiste sigilosa, a través de esa madrugada
que la poesía dejó para nosotros.

Es esta voz tu sueño. El poema de tu carne.
Son estas las razones del regreso, la fatiga, la canción,
la noche que duerme boca arriba sobre mi alma,
el despertar de esta luna que hoy anuda a mis raíces tus raíces.

9

(Sofía en el principio)

A mitad del caos, una mujer toca el ukelele.

Sus dedos son un dios sin templo entre las cuerdas de la noche.

En sus ojos todos los astros obtienen sus órbitas.

Y surge el cielo de su voz entristecida.

Y la tierra se levanta de su vientre con sus bosques y sus aguas.

Una mujer reconstruye un universo desde el primer acorde.

Da forma al espacio entre sus notas,

improvisa al tiempo con cada galaxia.

10

(Epitafios)

La noche es larga pero ya ha pasado.

Vicente Aleixandre

I

Hay un sinfín de cosas rotas que uno no puede nombrar sin
[desmoronarse.

Hay un sinfín de cosas rotas de las que uno no puede escapar
[sin ligaduras.

II

Aunque hubiera existido una mirada capaz de apaciguar
[aquella desolación,

de igual manera su voz
estaría como ahora, mimetizada con el viento.

III

Tal vez pudo ser, pero no. Aquí yace la última noche.
Aquí yace una estrofa sin música del gran poema.

IV

Alguien llora.
Aquí yace una espina del universo.

Gravedades

*El espacio dice a la materia cómo debe moverse; la materia con su
gravedad dice al espacio cómo debe curvarse.
John Archibald.*

Gusto adquirido

Tarde o temprano,
todos le empezamos a tomar gusto
a esta manía de hacer origami con hojas secas.

Posibilidades en el silencio

Hablar o no hacerlo; Callar como remedio o gritar por puro
[síntoma.

Abrazar los fantasmas propios,
por ego o pasatiempo,
o no hacerlo y en cambio atarse los pies a un águila.
Sobrevolar la ciudad: romper la neblina,
escarbar en los recuerdos más profundos de un tacto ajeno.
Construir epitafios con saliva.
O no hacerlo y en cambio dejarse caer
en esta cercana soledad incandescente.

Toda la noche

I

En la oscuridad se entienden mejor los cuerpos;
Ninguna llama interrumpe su ritual.
El aguacero puede recitar en altavoz sin despertar a los niños.
En la oscuridad, el cielo es un mapa sobre una pluma de quetzal.

II

La habitación sin tu presencia es un mal invento,
un lugar común: Un espacio ingobernable sin centro ni alma,
donde los labios no besan, los refugios no existen
y el eco no habla.

III

¿Basta un recuerdo para hacer el amor?
Sin tu desnudez,
la noche es solo una palabra sin etimología.

Amén

Mientras mueren las campanas de la angustia
un hombre grita su soledad con una llama entre las manos.
No hay señales. Estamos solos.
¡Qué duerman los que temen de sí mismos!

Cayeron las murallas. Han sido derrumbadas en las entrañas
[del tiempo.
Hoy nos levantamos como especie entre sus cenizas.
Caminamos con firmeza sobre el polvo originario.

Disipado ha sido el humo en nuestro aliento,
en la pregunta de un niño extraviado, en un ademán de
[despedida.

La habitación es clara. ¡Nos tenemos, nos tenemos!
Solos, más solos que nunca,
nos tenemos.

Somos todos caminantes.
Todos caminantes del recuerdo hacia la nada.
Que nos arrastre el temporal hasta las venas de la costa.
Que llueva si es necesario.
Que renazca la pasión en el bosque.

Alguien izará con orgullo nuestra finitud.
Estamos solos.
y así, más solos que nunca,
cantaremos el romance y la caída.

Actio

Vivo fue la polvareda de cosmos en el poema
Mario Payeras

I

Célula de raíz. Glóbulo rojo.
Engranaje del sentido. Esqueleto de la razón sin coraza.

II

Gluglú entre cuatro paredes de la historia:
Digo araña y nos recorren sus ojos patas los oídos.
Digo escalofríos y se nos eriza el lenguaje.
Digo alba y amanece.
Digo virus y tiembla el sistema inmunológico.
Digo fuego y los pájaros huyen.

III

Palabra; Polvo léxico, epifanía.
Gota. Anestesia local. Pecado y milagro.
Una hipótesis de la creación en un solo Eureka.
Marea. Neurona. Bosque sin salida.
Troya desnuda en brazos de Alejandro.
La capital en una fotografía volátil, inútil.
Palabras. Palabras
y nosotros sus esclavos dioses a la deriva
caminando sobre sus aguas.

Eclipse

Una mujer con una rosa en el pecho
me mira de frente,
sin rastro de duda en sus pupilas.
Me lee en tan solo segundos,
me abraza,
trata de crear la luz entre las estanterías de mi cuerpo.

La mujer con la rosa entre los senos
me busca con un sol en los latidos.
Hace todo lo posible por comprender.

Yo, con la noche en la punta de la lengua,
me limito a besarla antes de marcharme
sin decir una palabra, con su aroma
aún abismado en mi cariño.

Refracción

Es en este preciso momento cuando uno escribe para salvarse.
Para encontrar al otro. Para olvidar y no olvidar.

¿Cuánto de mí habitará en la palabra?
Donde el bulevar es solo la maqueta del tiempo.
Donde el agua retuerce y manipula la luz.
Donde una pareja se ama sin censura.

Justamente ahí, donde uno toma conciencia de lo inevitable.
¿Cuánto de mí estará poseído por el polvo?

Segundo lugar

Katherine Quirós Bonilla

Estudió enseñanza del inglés en la
Universidad Nacional, Sede Región Brunca.
Actualmente cursa una licenciatura en la
Universidad Hispanoamericana

La Última Llamada

Primer Mes Lejos de Casa

al haber finalizado mi carrera,
quise venirme a la capital
a conocer esta ciudad
de ruido extenuante y
mano de obra barata,
llena de sueños
por cumplir en medio
de estacionamientos
en plena autopista.

Quizás llegar a las dos décadas y
no conocer la ciudad
es como tratar de
entrar a un laberinto
donde Google Maps
es la única guía para
poder volver al destino
donde se parte.

Cuánto duele
cambiar la buena comida
por toneladas de chatarra.
Pasar frío y hambre
en la noche
y tragarse una a una
las lágrimas mientras
una voz en los adentros grita:
¿En dónde encontraré trabajo?

Cuánto duele despertar
al escuchar una alarma
y no el eco de las aves.
Entrar a un cuarto vacío
donde ni siquiera existe

una cama y
la única certeza del mañana
es el ruido
del camión de la basura.

La Entrevista

Háblame de ti
me dijeron.
¿Qué podré decir
en segundos
que perdure en su memoria?
Nunca había trabajado
¿Cómo sobresalir entre
toda la fila
de personas a mi lado?
Dos títulos y un código postal
es mi única diferencia entre
los futuros esclavos
preparados para una misión
donde quizás no salga vivo
por la inflación

Y entonces me miro:
mis manos temblaban,
mi rostro sudaba
como un helado en la
playa. Mejoro mi
postura.
Trato de controlar el ritmo de mi corazón.
Pero está consciente
corre y corre tratando
de decirme: está es tu única oportunidad.

Háblame de ti,
me repitieron.
Pero ¿quién soy?
no conozco la ciudad,
tuve la oportunidad de
aprender a golpes Con
los bolsillos vacíos
Y sin conexión a internet.

El Telefonista

4:00 a.m.

nuevamente golpes al despertador

¿Acaso no entiendes?

Levántate, por favor.

Que el huso horario

no afecte al consumidor.

tu fin de semana empieza

el martes,

reuniones, fiestas y misas perdidas.

pero eso nunca lo sabrá el consumidor.

Llamada tras llamada

cadenas de tiempo Y

dolor lumbar.

los juegos de mesa

son la fiesta del fin de semana, Si

no los interrumpe el supervisor. Y

voces llenas de ternura

se desvanecen en el AFTER CALL.

8 a.m.

Solo quince minutos, por favor.

En la línea hay más clientes

¿Acaso no te preocupa?

se bota medio café

y termina la conversación.

El promedio lo logra.

Los otros no necesitan trabajar.

Aquí la competencia

está en su nivel de producción

si no usted será fácil de reemplazar.

Computadora, silla y audífonos
quizás son mis mejores amigos.
En una refrigeradora de 200m²,
hablar tres idiomas
solo genera más enemigos
y nuevos gritos internacionales.

—Comuníqueme con su supervisor,
Usted no sabe hablar
—Claro, señor con mucho gusto,
en silencio:
llamada 37 de este día,
un respiro,
fin de semana #44.

Crónica de un Campesino

Es cierto, vengo del campo.
La distancia en llegar es
juzgada por los que viven
en las raíces de árboles
de concreto
y miden el intelecto
en el uso correcto
de un Mouse.

Pero es extraño,
recorro las mismas calles,
atravieso los mismos valles
y me sumerjo en los mismos ríos
para llegar a San José.

En el campo
no hay UBER ni Walmart
pero cosechamos la
comida que es puesta
en los platos
de los más instruidos
y adinerados habitantes.
y durante las cogidas de café,
el sol resplandece más
que las de vallas publicitarias
de un combo 2x1.

Si de naturaleza hablamos,
esta fría ciudad fue reducida
a palomas carnívoras.
En el campo, despertaba
con el aroma de un café
y en vez de activar mil alarmas
le daba de comer al gallo.

¡Qué triste es la ciudad!
hasta las cataratas
están hechas de cristal
y todo lo comestible
se vende enlatado.

Quisiera poder encontrar
el aire puro de la mañana,
los charcos de lluvia
en el barro,
las horas donde de niños
jugábamos en la plaza
y la señal de regreso,
era la puesta del sol
o los gritos de la mamá
de un vecino.

Es cierto vengo del campo,
¿o quizás aún vivo ahí?

Los Jóvenes sin Dios

Los jóvenes se han olvidado de Dios.

La frase repetida
en las capillas
llenas de monstruos
que desintegran inocentes.

Los jóvenes ya no creen en Dios.

Pero organizan campañas
para ayudar a las almas perdidas
en busca de un techo
para soportar otra noche.

Pobres almas llenas de vida,
mientras sus padres
están orando por los indefensos
ellos marchan en la calle.

Mientras la señora de la esquina
le da la bendición al mendigo,

ellos les dan comida.
Mientras en la capilla
se calla otra injusticia,
ellos la gritan al mundo.

Mientras las señoras
rezan el rosario,
ellos están limpiando
los parques.

Y mientras el mundo
les vuelve a tirar
la primera piedra
ellos la recogen
y reconstruyen
su nación.

Entonces me pregunto:
—¿Son jóvenes sin Dios?

La Última Llamada

En esa tarde gris
del último noviembre
en que escuché su voz,
la lluvia en las aceras
inundaba mis pasos.

El miedo intempestivamente
es solo la distancia
entre una mirada
y el recuerdo de sus manos.
En la misma esquina
de aquel colegio deteriorado
esperé su llegada
como cada lunes
durante los últimos
dos años.

Pero esta vez
ni una sola palabra.
sentí sus cristales clavados
en mi cuerpo
mientras entró de prisa
dándome la espalda.

Nunca sabrá
que su retoño
en mi vientre
fue el motivo
de aquella última llamada.

Destrucción

Me estás destruyendo.
El ruiseñor por la mañana
me grita que ya no volverás.
Tus ojos ya no me hablan
cuando camino por el parque.
Ya no me atrevo a pisar los lugares
donde un día
nos besamos.

Las mariposas de mi jardín
se desintegran como
el vuelo de tus manos
cuando acelerabas el carro
para no llegar tarde.

¡Me desgarras el alma!
Hasta tu sonrisa ha desaparecido
en cada café por la mañana.
Me estás destruyendo
como cañones al viento.
En cada respiro, en cada paso.
Tu voz se ha ido diluyendo
de cada uno de mis recuerdos.

Me estás destruyendo
o te destruyo a ti.

En mis Adentros

Entonces me pierdo
en estas viejas sábanas
de un cuarto de alquiler.
Mojadas y manchadas
por el fantasma de
mi desilusión.

Mientras miro su foto
por última vez
el dolor crece y
mi sueño disminuye.
Somníferos y café
son los amigos
dueños del tiempo
en el espejismo
de una vida.

Su rostro se borra
pero su voz
me persigue.
En los poemas de Neruda,
en las visitas a mi tierra,
en su canción favorita
y en la agonía de
la sangre derramada
en la última visita al hospital.

Tercer lugar

Ariel Alonso Gonzales Agüero

Un par de tragos pal coraje

Noventa minutos

Cuatro años antes de mi primer bigote
me quedaba con la luna
viendo partidos a las cuatro y treinta am
Era el dos mil seis

Ha pasado algún tiempo
y ahora me da igual si fue mano
el sol una bala
si la sele gana o deja de existir

Él
nunca jugó play conmigo
la máquina era mi cita después del cole
ahora
veintidós atletas electrónicos
acaparan sus días

pero los sábados
durante noventa minutos o más
pasa algo único
compartimos el mismo sillón
Yo pronostico marcadores
para que ignore al narrador
y escuche mi voz
que por mucho tiempo
ha esperado entrar de cambio

Añoro aquellas mejengas
dónde mi equipo perdía por su culpa
pero regresaba a casa feliz
porque él era mi equipo

Ahora juega en
Uncuadrocuquiera FC

Es defensa
Yo jugué un tiempo como defensa

Ahora
es el dos mil quince
y me vale una mierda quién gane
quién humille a todo un país
solo me interesa
ver esa goleada junto a él
compartir la derrota en el mismo idioma

Quisiera decirle
que tenga su frente siempre en alto
que nunca le mienta a una mujer
que será titular capitán
sucesor de Zapata en el Milan
legionario y próximo campeón del mundo

Él es un poeta
un defensa
y quisiera exprimirle mi corazón en las manos
pero temo entrar un poco tarde
que me pase la bola
rematar con la rodilla
y pegarla en el palo

Un par de tragos pal coraje

y el camionero está listo
con una tonelada de cocaína
entre miles de pañales

En la oscuridad
una divina cabeza de agua
pone de lado su cabeza y cabezal

El agua en la cintura se siente cómo
Uno Ser rescatado Detenido Perder la droga A la cárcel Morir
O dos Morir ahogado Perder la carga

Dos días después en las noticias
Basura en alcantarilla
inunda Teatro nacional

Santa

Le dijeron que no existe
olvidaron que había sufrido
menos almanaques

Reventó en gripe emocional

Repetían después de un lerolero
que era un mentiroso
colocaron su corazón
debajo de las patas de una cucaracha
y la aplastaron

Bajo el zinc

Una perra llora
la ausencia le enseña a ladrar
balbucea entre sonido y saliva seca
¿Qué hará cuando lleguen los gatos con el cuadrilátero?

Un portón necio
se abre paso entre los violines en descanso
Cualquier cosa podría ser mejor que esto

El zinc se vuelve más lento
y con él se mide
el canto de las cadenas
y los platos vacíos

En la mañana
solo queda un cuello roto
sosteniendo una cadena

Todo es ausencia

Alguien me sigue

Me dije

Es la consciencia

me dijo

Me declaro en crisis

Por fin tengo la altura
para entender
cómo se mueven los pies

Es mucha necesidad
no aceptar que la vida es un abandono
un adiós intermitente

La suerte no es una cara
es levantarse a tiempo para llegar a tiempo
tener amigos que hagan buena cerveza

Tal vez no es la de los veinticinco
es la del nacimiento
y hasta ahora
aprendí a hablar

Mar

Me ves con esa mirada hipnótica que dice
No dejés que me vaya
la pereza huye de mis brazos
y solo quiero ser
ancla

Sollozo de un fantasma al ver su propio cuerpo

Nosotros también queremos descansar
olvidarnos del rock n roll
entrar en la regeneración de la materia

No siempre habrá tempestades
ni orquestas demoniacas
basta una canción de cuna
una tarde con baja precipitación
No siempre serán
cerebros derritiéndose en la acera
es probable
que solo sea un dolor en la nuca

Algunos no odiamos
solo queremos dormir en paz

Soñé
que escribía
algo
decente

Desampa se pudre

la piscina de la Villa se llena de sangre
y Desampa se vuelve esa piscina

La casa del abuelo
no queda lejos del centro
Hace ocho años
dejábamos la puerta abierta
las bolas de futbol
posaban como palomas
en los alambres de púas

Hace cuatro años
compramos otro candado
las pelotas rebotaban en la intrincada cantidad
de verjas y letreros

CUIDADO
PERRO GUARDIÁN
CUIDADO
PERRO BRAVO
CUIDADO
PERRO PELIGROSO
CUIDADO
PERRO MATA

Hace dos años
abuelito puso otro portón
paloma que toca alambre
paloma electrocutada
nadie juega bola en la calle
mucho carro fino que no pita

Desampa se pudre con su teatro vacío
la biblioteca escondida

y su fuente de hijos predilectos
se pudre en balas con tétano
tugurios desarrollados
en historia que no se escribió
se pudre quemada
con tres balazos en la cabeza
dentro de una bolsa negra de basura
sin piernas manos ni lengua
en el patio de una escuela

Desampa se pudre
hijos predilectos
y todos nosotros también

Autoestima

Has engordado
se te nota en los nudillos
y en lo huecos extra de la faja

Hace mucho que no pensaba
en el tiempo que ha pasado
que hemos dejado pasar

Algo ha cambiado
lo sé porque tus manos ya no me buscan
son otras, o no sos vos

Quisiera volver
que nos envolvamos
o en su peor defecto

Jamás haber tenido un inicio

Ya no es lo mismo
lo sé
desde que hicimos el primer hueco extra

Yo creo

Vengan por mí
¡Sé que no estamos solos!
Tanta soledad
no puede ser solo nuestra

El lento deceso a la ironía

Intentar dormir en una noche de cuatro horas
es como escupirle a una bala
decir que no somos
cuando sí
rendirnos sin tan siquiera
estar jugando

toda una mera constelación
en la parte izquierda del universo

Luz de noche

Sé que no existo
o no tengo sentido
que eres producto
de mis versos inconclusos
de mis viajes en el tiempo

Revelaciones adaptadas como rimas infantiles para adultos

I

El diablo se me apareció
el diablo se me apareció
me cuenta los detalles de la vida
preguntándome con su dedo
¿Quién eres tú?
¿Quién es ella?
¿Quién es dios?
¿Quién soy yo?

II

A nadie le importa
Dijo Jeremy Tin Ton Tan
Tin Ton Tan
cuando le conté
que solo tengo recuerdos
de ella colgando del techo.
¿Cuántas veces
la vi a los ojos y le dije
Tengo miedo
tengo miedo?
A nadie le importa la vida
Dijo Jeremy Tin Ton Tan
de San Juan

III

María sonrío
en algunas estatuas
porque algunos dicen
que no murió Virgen
María sonrío ie ie
un dos tres

IV

Un dos tres
un dos tres
el secreto de la vida es
Comer mientras haya dientes
volar aún cayendo
amar cuando se pueda
Un dos tres
un dos tres
el secreto de la vida es
No preocuparse por la muerte
y vivir al revés

Perdido

Recuerdo el día que me diste la tarjeta postal
con la foto de un letrero

Funeraria Nicoya

75 norte del hospital

Al día siguiente te tomaste la última cerveza
y llegaste tarde al desayuno
Te molestó cuando escribí sobre eso

No entendí el chiste
el camino al que te desviabas

Aún conservo el miedo
de verificar direcciones

Soñé que estabas muerta

Como pintura que se borra
y flores de cempasúchil
Bailarines butoh
anuncian en la entrada

No hay ningún reino
Bienvenidos

La banda sonora anuncia
que algo va a pasar
La mirada alcanza otra dimensión
Carcajadas horribles
lamentos inefables desapropian el cuerpo

Un carnaval agonizante
sin fin
como mirar inmóvil
directo a los ojos de un tiburón

Anoche
soñé que me moría

Cuento

ACTA JURADO

CERTAMEN BRUNCA 2018, CUENTO

El jurado del cuento del Certamen Brunca 2018, en el género de cuento, integrado por los escritores Rodrigo Soto, Faustino Desinach y Alberto Ortiz, luego de revisar el material remitido al concurso, resolvemos, por unanimidad:

Conceder el PRIMER LUGAR a “Valeria Iraheta Chávez”, por la excelencia formal de los cuentos, su extraordinario uso del lenguaje y su temática que sobrepasa la cotidianidad pero sosteniendo, paradójicamente, un peso humano y sensible. Abierta la plica correspondiente, se encuentra que los cuentos fueron remitidos sin seudónimo y bajo el nombre de la autora. Los jurados derivan la decisión de admitir esta participación a los organizadores.

Conceder el SEGUNDO LUGAR a “Herberto Helder” por las excelentes temáticas donde lo cotidiano toma formas extraordinarias. Abierta la plica correspondiente, la autoría corresponde a Diego Quintero Marins.

Conceder el TERCER LUGAR a “Cronopio Rojo”, por su temática donde sobresalen los asuntos más sencillos, pero abordados desde un óptica que escudriña la realidad con minuciosidad de detalles. Abierta la plica correspondiente, la autoría corresponde a Ronny Alexander Masís Montenegro.

Asimismo, convenimos conceder MENCIÓN HONORÍFICA a las obras: “Crestamatía de gallina criolla”, presentada bajo el seudónimo “G. Herrerrú”, y a los cuentos presentados bajo el seudónimo “CRL”.

Por último, deseamos dejar constancia de la excelente calidad de los cuentos recibidos, de los cuales no todos han podido ser reconocidos con un premio ni con una mención.

Sin más, firmamos en San José de Costa Rica a las 15:30 horas del día 9 de octubre de 2018.



RODRIGO SOTO



FAUSTINO DESINACH



ALBERTO ORTIZ

Primer lugar

Valeria Iraheta Chávez

Preludio apóstata

La carne bajo el lino

“No amaba a Dios; sino a los hombres...”
Arthur Rimbaud. Los poetas de siete años

«Rabí» el doceavo discípulo acarició el rostro del nazareno y le besó la mejilla. El maestro tenía el gesto tranquilo, pero el pecho agitado. Llegaron por él como si se tratara de un delincuente. Antorchas, espadas y garrotes. A él, al hombre que había hablado de la única verdad que importaba.

Un muchacho observaba de cerca, envuelta su desnudez en una tela de lino casi transparente. Se sostenía la garganta con un dolor tan grande como nunca lo había sentido en su vida. Él había acompañado al maestro; desde Samaria lo seguía, siempre a la distancia. Hacía unas horas había estado con él en vela, observándolo orar en el jardín, mientras sus discípulos dormitaban echados en las raíces de los olivos. Solo el muchacho había visto la agonía que asaltaba al nazareno en esa, su última noche.

Lo vio por primera vez, después de que una mujer repitiera los dichos que el hombre le había pronunciado. «Es el Salvador», decían los samaritanos. Venía con sus seguidores: una docena de hombres enamorados perdidamente de él, que atendían con devoción a cada palabra que su maestro les dictaba. El joven nunca había visto una belleza tan perfecta. Era un hombre como cualquiera, decían que era el hijo de un carpintero de Nazaret, y, en efecto, tenía el cuerpo de uno. El muchacho dejó su vida ahí y lo siguió a Galilea, a Jerusalén, a donde fuera. Siempre durmiendo en los umbrales, esperando que nadie lo viera, alimentándose como un mendigo, descalzo.

Estuvo en el sermón de la montaña, comió los panes y peces multiplicados. Mas para el muchacho, el único milagro era la forma en que el Hijo del Hombre hablaba. Esa manera en que predicaba dichos de verdad como derramando leche tibia sobre los sedientos. El maestro les predicaba a los pueblos, pero el joven se

sentía el único; como si lo llamara por su nombre y lo dejara recostar la cabeza en su pecho. El nazareno le hacía el amor con aquella boca grande. Solo a él, sí, solo a él, como ningún otro varón lo había hecho. Ensalivado, lamido por una lengua que no tenía límite y lo envolvía con todo su licor.

A todas partes lo siguió muy cerca y muy lejos a la vez. Era Dios hecho hombre. El sol le había quemado la piel como a todos los hijos de esas tierras; no tenía dónde recostar la cabeza; comía y bebía el mismo pan, la misma agua que los miserables. El dios hecho hombre sudaba, olía fuerte como las esencias del Líbano. El muchacho no se atrevía a estirar la mano para alcanzar la túnica, pues el maestro era puro como una virgen, y él, el joven, se sentía inmundo. Le habían dicho que lo era. Los hombres que lo llamaban le decían con palabras sucias, mientras lo manoseaban, que era delicioso, pero una vez saciaban el deseo, lo repudiaban. ¿Y si con tocar una punta de las inmaculadas vestiduras se libraba de esos malos deseos? No. Él no sentía que su pasión por el maestro fuera mala. No había nada que sanar. No, no quería que terminara nunca.

El joven fantaseaba con enseñarle al gran hombre inocente cómo hacer el amor con el cuerpo. Así como el maestro complacía con su palabra, él le enseñaría a enervar la carne, porque era Dios hecho hombre, pensaba, y por lo tanto era una piel nueva, que no conocía los placeres terrenales. Si besara como hablaba; si abarcara el torso como hacía que la muchedumbre fuera una sola piel... ¡Ay! Entonces no habría mejor amante en ese mundo. Se moriría en sus brazos, dejando el último aliento en el seno de su pastor, su rabí, su abba, su dios, su hombre.

Supo que una ramera se le había acercado, cuando el maestro cenaba en casa de un fariseo, y le había lavado los pies y se los había ungido con alabastro. Él no tenía con qué unirlo, ni aceite ni nada semejante, solo su saliva. Lo habría besado en aquellas manos ásperas de carpintero, y lo habría mirado a los ojos, y le habría dicho

que lo amaba, más que todos. Porque él veía al hombre y no al Mesías; y era el hombre el que lo había salvado, y no el Mesías.

Él estuvo con el maestro esa noche en Getsemaní. El Hijo del hombre había llamado la atención a los discípulos, firme pero dulce, porque estaban durmiendo justo cuando debían estar más alertas. Les dijo que no cesaran de orar, pues el alma era fuerte pero el cuerpo débil. Pedía que oraran por él, el hombre que era Dios, porque, aunque moreno y corpulento, era de carne, todo él era de la más pura carne humana. Tal vez lo que le angustiaba no era la flaqueza de sus discípulos, sino la propia. Temía sucumbir ante la tentación de una larga vida. El muchacho lo vio llorar hincado, rogando a su padre, a los ángeles, a quien fuera, que lo consolaran porque tenía miedo. Las lágrimas y el sudor caían a tierra como si fueran gotas de sangre, y el muchacho sintió la urgencia de hincarse frente a él, con las palmas hacia el cielo y la lengua afuera, para beber esa amarga manifestación de humanidad. Tragar así como cuando era niño, y giraba con los brazos extendidos, mientras la lluvia inseminaba los campos después de una larga sequía.

Llegaron a él como si fuera un criminal. Ya había empezado la comitiva a guiarlo a la casa del sumo sacerdote. Los apóstoles huyeron, todos menos el discípulo que lo negaría más tarde ese día. El joven estuvo muy cerca del rabí, desnudo con su lino fino. Unos hombres lo señalaron y le echaron mano. El nazareno se detuvo ante el barullo y miró al muchacho. Las antorchas y el resplandor de la luna le mostraron al joven un rostro de ojos abatidos. El maestro tenía miedo, pero mantuvo muy erguido el cuerpo. «Huye como el resto, hijo», le dijo con un parpadeo, sin despreciar su desnudez, la que todos habían escupido. El muchacho tembló, los ojos se le empañaron. Alguien lo tenía asido por los hombros; él se retorció y echó a correr, dejando atrás su prenda de lino transparente. Huyó a ese claro donde el nazareno había llorado; huyó ahí para enlodarse en la tierra que había recibido las lágrimas del dios.

“Y todos lo abandonaron y huyeron. Pero cierto joven que llevaba puesta sobre su cuerpo desnudo una prenda de vestir de lino fino se puso a seguirlo de cerca; y trataron de prenderlo, pero él dejó atrás su prenda de lino y se escapó desnudo” Marcos 14: 50-52.

Vigor Mortis

Hubo una vez, en un reino muy antiguo y dichoso, un príncipe azul. Digo “hubo” porque el príncipe se ahorcó en sus aposentos; y digo “príncipe azul” porque os recuerdo que cuando los suicidas se cuelgan suelen amarotarse.

Todos los habitantes del reino se reunieron para darle el último adiós al desdichado; pero, ¡oh cruel infortunio! No había ataúd que pudiera cerrarse sobre los nobles restos, pues en vida el amado príncipe había sido un joven —aparte de hermoso— dotado de una grandiosa virilidad, que fue el deleite de aquellos que habían yacido con él. Bien habrá visto el pueblo en el cadalso, que aún después de dejar de patear, el miembro viril de los ahorcados emana semen, del cual, se cree, nacen plantas maravillosas con forma humana; y que aún tras el último estertor, la hombría continúa palpitando con tal lozanía que las figuras del pagano Príapo palidecen.

Pasaron los días, y el vigor del príncipe no disminuyó. Es más, podía colgarse otro príncipe de semejante pilar de carne. Sus apenados padres probaron todo: llamaron a las mejores cortesanas del reino, trataron de vendarlo como lo hacían los egipcios, pero el tieso aparato conseguía atravesar la mortaja... Pensaron incluso en enterrar a príncipe y miembro por separado. Hasta que un día, los reyes oyeron de un hechicero, famoso por sus infalibles remedios, que habitaba en lo más profundo del bosque más allá de los límites del reino.

La expedición salió a la mañana siguiente, liderada por el rey y cincuenta caballeros, que rodeaban el carruaje donde transportaban al príncipe. Fue un viaje difícil de varios días. Los campesinos de todas las aldeas salían a ver la comitiva del rey, que llevaba auestas el cuerpo del muchacho amarotado, cada vez menos hermoso, cada vez más oloroso —pese al trabajo de los embalsamadores— pero nunca menos brioso.

Cuando finalmente llegaron, el hechicero recibió al rey con gran reverencia.

Mas, al ser enterado de la situación, el mago se peinó las barbas, nervioso.

—La mandrágora es el único remedio eficaz que conozco, mi señor, pero...

—¿Pero...?! —preguntó el rey exasperado— ¡Si bajo la horca crecen por montones...!

—Hablo de la mandrágora de Iscariote, su alteza... Un sacerdote vino buscándola; decía que era una santa reliquia. Traía mucho oro, y yo, pues...se la vendí —dijo en un hilo de voz.

Sin ninguna esperanza y al borde de la desesperación, el rey mandó a ahorcar al hechicero. En el patíbulo, el pueblo comprobó una vez más que en los últimos espasmos del ajusticiado, el falo se le curvaba bajo la túnica, destilando alimento de mandrágoras.

Los Del Parque

*“...hay una tempestad en una gota de rocío,
y, sin embargo, no se conmueven los luceros...”*
Porfirio Barba Jacob, Los desposados de la muerte

En el parque hay dos señores que se besan. Nadie puede decir que los ha visto porque en realidad parece que se cuentan un secreto detrás del periódico. Y entonces uno de ellos coge la correa de su perro y se va. El Del Periódico cruza la pierna para terminar de leer. Espera que las doce campanadas de la iglesia dejen de zarandear el mundo, y después se levanta pensando en qué se le antoja para almorzar, aunque siempre se decide por lo mismo.

Todas las mañanas El Del Perro sale temprano de su casa. Le dice a su señora que ya vuelve, y, con un rechinar de goznes, tuerce camino al parque. Bajo un almendro, ya desayunados, con boina y bastón, los viejos que se quejan de todo, que no tienen nada que hacer, se ríen a carcajadas. El Del Perro busca entre todos a ese que para él se distingue del resto. A decir verdad, es el más elegante y jovial. Hace algún tiempo que enviudó, pero, sin ofender a la difunta, El Del Periódico asegura que nunca necesitó mujer que le administrara la vida.

—No como ustedes, sarta de rocos inútiles —dice y luego apunta con los labios a El Del Perro que se une a la tertulia—. Hablando de inútiles...

El Del Perro sonrío y les pregunta si vieron el partido de anoche. Indignadísimos con el árbitro. Los señores inician su coloquio. Hablan y se interrumpen entre todos. Desempolvan esas palabras que no suelen usar y por las que ahora los llaman viejos chochos en la casa, pero que ¡ah! de muchachos deslumbraban. El Del Perro y El Del Periódico han dejado que sus voces sean absorbidas por las del resto, y se miran. Asienten y responden cuando deben, pero luego continúan reconociéndose entre las canas y las arrugas.

Ya antes de ser señores se querían.

El Del Perro entonces había llegado muy jovencito al barrio. Los viejos cuentan que todo era más sano entonces, nada de maricones, ni lesbianas tomadas de la mano —“¡Eso no existía!”—, ni mocosos marihuanos en patineta. El Del Perro, sin perro pero con niños, llevó a sus hijos una tarde a conocer el parque. Había cargado cajas todo el día. Su mujer le dijo que sacara a los chiquitos para ella ver cómo preparaba el almuerzo entre tanto desorden. En ese tiempo, otro grupo de viejos dominaba el almendro, por eso los jóvenes debían irse al otro extremo a sentarse cerca de la fuente, donde ahora hay un quiosco. El lugar era fresco. Las muchachas cuchicheaban, los niños se perseguían y las parejas paseaban. El Del Perro halló un espacio vacío en una banca, junto a un hombre que estiraba el periódico como si fuera un papiro, y ahí descansó la espalda. Aunque no por mucho tiempo, pues debió levantarse para proyectar la voz hasta donde estaban sus hijos:

—¡Paula, no le eche tierra a su herma...! —se detuvo en seco porque El Del Periódico tenía los ojos oscuros, muy largos, y lo estaba viendo por encima del papel— ¡...A su hermano!

—¿Cuántos años tienen? —le pregunto el otro, quien plegó el diario y se lo guardó bajo el brazo.

—Cinco y cuatro años —respondió El Del Perro, volviéndose a sentar.

—¡Jué! Ni en la vuelta te bajás. Pobre tu mujer... O dichosa, no sé...

El Del Perro en vez de ofenderse, relajó el cuerpo y encaró a El Del Periódico. Era guapo, exquisito. Podría decirse que conversaron como excusa para mirarse mover los labios. Y antes de despedirse, porque los chiquitos se morían de hambre, quedaron de tomar algo el próximo viernes, en la casa de El Del Periódico; aunque El Del Perro pensó que no debió aceptar, pues su esposa andaría cuidando a la mamá enferma.

El Del Perro pasó esa semana doblando y desdoblando el trozo de periódico que tenía escrito el número de ese hombre magnético, en el que no podía dejar de pensar. Sin embargo, creía que lo mejor sería llamarlo, cancelar, mudarse nuevamente y olvidar el

asunto; pero solo presionaba dos números antes de colgar nerviosamente la bocina. Por su parte, El Del Periódico sentía un agujero en las entrañas cada vez que escuchaba el teléfono sonar; y no dejó de estar nervioso hasta que el viernes en la noche abrió la puerta, y vio a El Del Perro con las manos en los bolsillos, sonriendo tímidamente.

La casa de El Del Periódico tenía la sencillez de las parejas sin hijos: dos tazas para el café, dos sillas, dos cepillos dentales, dos lados hundidos (y separados) en el colchón... Se sentaron en la sala a charlar, a gustarse más y más. El Del Periódico fue el que se adelantó sobre el sillón. Le clavó sus ojos largos muy largos y le piropeó la camisa, la colonia, las manos grandes, los muslos. Al final, prefirieron beber después de hacer el amor. El Del Perro, con el vaso de whisky como colgándole de la mano, casi derramado, trataba de perdonarse por lo que acababa de hacer.

Cuando se hizo tarde, El Del Periódico, como hipnotizado, lo miró vestirse y lo despidió en la puerta.

—¿Sabés una cosa? —le dijo. El Del Perro se detuvo cuando ya estaba por cruzar la calle—. Yo a vos te voy a querer toda mi vida.

—¿No es muy rápido para decir eso?

—No. Yo creo que no ¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿Me vas a querer toda la vida?

El Del Perro volvió sobre sus pasos, y de un empujón metió a El Del Periódico en la casa, y se lo comió detrás de la puerta. Esa noche El Del Perro sintió a su mujer fría. Ella nunca le había besado las nalgas ¡Ni lo haría! Y él nunca se habría atrevido a morderle los pezones con furia contenida.

Continuaron viéndose. Ser hombres les daba la ventaja de poder encontrarse en una cantina después del trabajo, e invitarse para escuchar los partidos. Las esposas se convirtieron en entes fantasmales a los que preferían no mencionar mientras estuvieran juntos. Pero las risas de los niños en la calle le llenaban la boca de arena a El Del Perro, y era entonces cuando El Del Periódico lo veía

distanciarse de él, y eso le daba mucho miedo. Fue cuando decidió que debían irse. Juntos. Solos. Egoístas.

Se habían logrado convencer mutuamente. Un domingo en la tarde se verían en el parque, con sus maletas, y de ahí tomarían cualquier bus a cualquier parte. El Del Periódico revisó los clasificados, subrayó, recortó páginas para enseñárselas a El Del Perro, y así tener mucho de dónde escoger. Se besaban muertos de alegría. Ya se imaginaban con otros nombres y una casita hecha de pares de cosas. Ahí se conocerían en lo cotidiano de recoger un plato roto; oírse orinar temprano, o acostarse una noche molestos, pero con ganas de hacer las paces. Serían amigos o quizás primos. Había que improvisar, pero estaban seguros de que lo conseguirían, porque se iban a marchar. Juntos. Solos. Egoístas.

Llovió ese DOMINGO que El Del Periódico tenía marcado con rojo en el calendario. El hombre creía a su mujer haciendo la siesta, pero ella lo enfrentó en la puerta. Que quién era; que desde cuándo la engañaba; que cómo podía hacerle eso... Una pequeña piedra en el camino. Su mujer reventó el paraguas contra el suelo, por eso debió irse a esperar bajo la lluvia.

—Todos los hijueputas parques tienen quiosco menos este — se recogió debajo del abrigo, apretando en la mano el dinero para el bus.

Pudo haberse puesto a escampar en los aleros de la farmacia, pero no quería que El Del Perro pensara que se había acobardado. Esperó. Esperó que los recortes no se mojaran. Esperó. Esperó que ese DOMINGO a los buses no les ocurriera

pasar tarde. Esperó. Esperó que él no hubiera tenido también un mal trago con su mujer. Esperó. Esperó que a él no se le hubiera olvidado que era DOMINGO. Esperó.

Se fue a buscarlo. La mujer salió en sandalias a abrirle la puerta.

—¡Qué barbaridad! ¡¿Qué anda haciendo con esta lluvia?!

—Me agarró el aguacero en la calle.

—¡Pase, pase!

—Gracias. Con permiso.

No quiso tener la decencia de secarse los zapatos en la alfombra. Atravesó la casa, haciendo ruidos como un monstruo de pantano. En el pasillo, los chiquitos jugaban, echados sobre la barriga, los tobillos cruzados en el aire. El Del Periódico los examinó mientras pasaba: la niña era la más parecida a su papá, hasta se le hizo bonita; el otro seguro ni era de él, pensó. Apretó el pasaje del bus con el puño; llegó a la cocina donde olía a café. Se detuvo en la puerta en silencio. Encontró a El Del Perro sentado, masticando un pan casero. El Del Periódico abrió la boca, pero la voz de la mujer le truncó las palabras.

—¡Ya le traigo un pañito para que se seque!

—No se preocupe.

—Ya vengo.

—Muchas gracias.

El Del Periódico dejó caer la maleta hecha agua.

—¿Entonces?

—... —sorbió café y no quiso mirarlo.

—Te estoy esperando. Podés llevarte el pan para el camino, si querés.

—Fer...

—Alistate un termo para el café. Ahorita se me antoja, pero tenemos que coger el bus.

—Fernando...

—¿Qué?

—No voy a ir.

El Del Periódico corrió una silla y se sentó.

—Mandé a la mierda a mi mujer. Claro que nos tenemos que ir.

—Lo estuve pensando y mis chiquit...

—¿Quiere cafecito?—entró la esposa.

—Si no es mucha molestia.

El Del Periódico lo perdonó. Sí, quizás sería una bajeza dejar a los niños tan pequeñitos. Prometió que nunca más volvería a sugerirle que se marcharan. Nunca, nunca, nunca más. Continuó la vida —¡Si así estaban bien!—, pero con el tiempo, dos años tal vez, se sintieron a punto de estallar de ahogados. Debían irse.

Egoístas, solos y juntos. El Del Perro le juró que se iría. Incluso se lo juró a sí mismo, que era más importante, y El Del Periódico volvió a los recortes. El DOMINGO se fueron juntos dizque a oír un partido, y sí lograron tomar el bus. Compraron el tiquete del tren a Puntarenas.

El traquetear de la máquina se acercaba; el gentío se apretó contra las puertas. El Del Periódico buscó la mano de El Del Perro para abordar, pero apretó el aire. Miró a su alrededor. Estaba solo.

Lo perdonó. Volvieron a planear otra escapada, pero ya no eran los suficientemente jóvenes como para andar diciendo que eran una pareja de primos solteros. Sin embargo, El Del Periódico todavía creía en la improvisación. El Del Perro le juró, se rejuró a sí mismo también, que esa vez se irían.

—Porque yo te amo. Yo en serio que te amo.

La mujer de El Del Periódico ya ni se sorprendió al verlo irse. Se rió de él, le dijo que esa le iba a hacer lo mismo de nuevo. Esa vez El Del Periódico se detuvo a pensar en él. En lugar de irse directo al parque, pasó a la casa de El Del Perro, y entró para verlo acomodando la antena del televisor. La mujer estaba en el cuarto leyendo; los muchachos estudiando para los exámenes.

—¿Te vas conmigo?

El Del Perro le dio la espalda a la estática.

—No.

El Del Periódico se mordió los labios; prefería reírse antes que llorar.

—Te va a pesar haberme hecho esto; te va a pesar cuando me tengan en un ataúd allá en la iglesia... —meneó la cabeza— ¿Sabés qué es lo peor? Que seguro ni vas a llegar a la vela, aunque me hayás prometido que sí. Y yo voy a estar allá, donde Dios quiera que me vaya, todo orinado de pura felicidad, esperando a que llegués a verme en la caja...

El otro echó un vistazo al televisor y luego al interior de la casa. Se acercó a él, con la cabeza ladeada, como para que se le resbalara la voz por la comisura de la boca, casi por accidente.

—Sabés todo lo que te quiero, ¿verdad?

—Sí —respondió resignado. Era imposible con él, pensó. Sería inútil obtener nada más que la misma frase que lo doblegaba. Ni siquiera eso: ni el gusto de oírlo orinar, bien erguido, perforando el agua en las mañanas. Respiró—. Dame, yo te ayudo con la antena.

El Del Periódico enviudó, y los hijos de El Del Perro se fueron de la casa. Libres y aun así no pensaron en fugarse más. Se dieron cuenta de que un día pudieron acceder al almendro del parque, y reclamaron su lugar con el resto de señores. Los señores hablan en el parque de las cosas del pasado: el trabajo, las mujeres, las finanzas, de cómo los valores de antes se han perdido. Poco a poco se van marchando a sus casas, hasta que dejan a El Del Periódico y a El Del Perro solos. El perro está dormido a los pies de la banca. El Del Periódico desenrolla el diario como un papiro, y le pide a El Del Perro que se acerque para decirle hola y adiós. Al frente está la modelo en lencería, atrás, ellos se besan.

Cómo regar un jardín en Babilonia

Cuando en lo alto las aguas se secan, el rey envía a su embajada a las orillas del Éufrates. Aquí se recoge el agua que lame la playa en el extremo opuesto al Jardín Prohibido. Este es el primer paso pero no por eso el más sencillo. De la expedición probablemente regresarán unos pocos. Por esta y otras razones, se recomienda enviar esclavos que no tengan ojos, así como a prisioneros mutilados, pues es común que algunos de los hombres vuelvan ciegos o caminando sobre cuatro patas¹.

Llenadas cien o más cisternas, se dividen los grupos conformados por cinco hombres capacitados, un sacerdote, un becerro y un hombre de más que sustituya a cualquiera —al becerro incluso— que pueda desaparecer en el camino.

En la plataforma ascienden hasta el jardín designado. Verán millones de islas flotantes, preñadas de frutas, palmeras y flores. Cuidado con los peces, que suelen saltar imprevisiblemente de las cortinas de agua. Nadie querría caer más de doscientos metros a causa de esto.

Los niveles que rozan las nubes son más frondosos. De estos deben preocuparse el sacerdote y el becerro, quienes subirán a implorar.

Hay que recordar que los jardineros no deben subir muy alto, no deben acariciar los pies de los dioses, ni buscar mirarlos a los ojos. En Babilonia no se sube alto. Ya no. Nunca.

Los jardineros deben quedarse en la terraza que les corresponda. Una vez ahí alimentan a los animales, riegan y podan las plantas, y recogen el producto de los árboles lo más rápido posible. No deben mirar hacia las salas y balcones que hay en cada jardín. Cuanto más alto se llega, las doncellas y mancebos que en ellos habitan tienen los ojos más grandes, los talles más flexibles, las lenguas más dulces. Sus gargantas pronuncian sonidos cada vez más animales, casi divinos, casi letales. No se debe caminar hacia ellos, aunque se esté tan cerca como para contar los adornos de oro de su cabello o las

pestañas en sus ojos. El hombre que cede, desaparece entre los brazos de esas criaturas y de él no se vuelve a saber nada.

Deben ser firmes. Fijar los ojos en las escaleras ascendentes, hasta ver bajar de entre la bruma y la vegetación al sacerdote. Si observan un par de pies, han de regocijarse, pues esto quiere decir que Ishkur ha aceptado el sacrificio; si, por el contrario, ven descender por la escalinata dos pezuñas, esto significa que el dique de plata del cielo permanecerá cerrado, y los jardines bajarán a engullir².

1 Sobre los riesgos de acercarse al Jardín Prohibido, y de lo que habita ahí, consultar la tercera tablilla.

2 Sobre lo que sucede cuando los jardines caen, consulte la última tabla de este manual.

Segundo lugar

Diego Quintero Martins

Tiene estudios en literatura y filosofía en
Universidad Nacional de Costa Rica.

Carne

Carne

Imagínelo: es invierno y usted sale en busca de Xun para que vayan a deslizarse por las colinas aledañas al complejo de edificios donde los dos residen, y llega al apartamento de su amigo justo a tiempo para la hora del té. Después de agradecerle a la señora Huey la hospitalidad, mira a Xun vestirse con las capas de ropa necesarias para no morir de frío en esa región tan cercana al Ártico. Afuera el chino pequeño y gordo le menciona algo sobre unos somalíes, usted lo calma diciéndole que esté tranquilo, que estando juntos, es decir, estando él con usted, no habrá problemas (ha visto demasiadas veces Duro de matar y se cree un Bruce Wills cholo). Recorren la calle tirándose bolas de nieve, que por acuerdo mutuo deben ser blancas y suaves (no valía la bola orinada ni la bola con hielo). Usted, como siempre, se aprovecha de la inocencia del chinito y le hace trampa; lo hace probar los restos congelados de cualquier perro.

El paraje se les manifiesta como una gran capa de blanco bajo el domo gris del cielo, ni usted ni Xun conocen o recuerdan sus países natales, de alguna manera son autóctonos a ese clima y algún día lo extrañarán. Él tal vez llegue a ser intérprete de piano, debido a ese régimen de práctica de seis horas diarios impuesto por sus padres. Usted, por otra parte, sueña con ser escritor o artista, sin saber muy bien qué hacen esos tipos; a duras penas sabe leer o escribir, aunque tiene cierto talento para dibujar patos. En todo caso, se la pasan haciendo planes para formar un grupo de rock o salsa o reggae, les da igual. Para ustedes lo único importante es ser famosos y no unos carajitos de siete años migrantes en el país más caucásico del planeta; la fama como forma de anonimato.

Cruzan avenidas, calles e intersecciones vacías de esa ciudad fantasma que era la Uppsala de los noventa, la capital designada del aburrimiento. En ese mundo ustedes no quieren ni desean, simplemente son; se mueven desplazados en el tiempo. A su lado las ventanas se abren en las fachadas de las torres como si estas fueran

un cubo Rubik a medio hacer. Esto siempre le deja una sensación parecida a la de arrojar una piedra a un pozo vacío. Durante el verano dicho efecto merma cuando hay tiempo para jugar fútbol, ir de campamento, andar en bicicleta, cuando los primeros destellos de su futura depresión se esfumaban con relativa facilidad.

Atraviesan el túnel bajo la autopista 55 - Råby en el borde oeste de Kvarngärdet. Al otro lado la vista sigue igual, si acaso ven más árboles y arbustos en el horizonte. Xun, siempre unos pasos detrás suyo, comienza a jadear, su físico resiente la distancia recorrida. No le extraña el robo que sufrió en mano de los somalíes, eso los diferencia; él no termina de adaptarse física y psicológicamente al lugar, mientras que usted hace alarde de su maleabilidad; entiende la importancia de volverse otro, transformarse según las circunstancias, al final de cuentas, usted es un sobreviviente.

En el parque Kapellgårdesparke encuentran otros chicos, de lejos parecen suecos o europeos, los mira bajar una de las pendientes con un Xun callado a su lado. Le entrega el deslizador y se coloca en la cima para tener una visión general de la zona compuesta por varios montículos de diferentes alturas. El gordo hace una pequeña carrera lanzándose horizontal colina abajo generando una cantidad razonable de moméntum. Esto probablemente será cierto las dos primeras veces, mientras conserve energía. Se quita los guantes y siente la nieve sobre su piel desnuda, cuenta cuánto tiempo le toma comenzar a quemarse: un misisipis, dos misisipis, tres misisipis, cuatro misisipis. Entonces la mano le arde, de forma tenue, pero lo hace. Ve al chinito regresar con pasos algo torpes debido al espesor de la nieve y lo inclinado del terreno, usted se ríe y le grita: «¡vamos Xun, vamos!», a expensas de la dignidad de su amigo. El gordo considera la mitad del camino su nuevo punto de salida y esta vez llega a alcanzar el bosque que cerca la zona. Le parece distinguir tres o cuatro figuras acercándosele.

Pasan los años y regresa a su país. Aprende otro idioma, los manierismos específicos del español de Costa Rica, aun así ustedéa con particular énfasis como un pequeño acto de rebeldía, como para declarar su pertenencia formal a la nada. Comienza a hacer

nuevos amigos, a protegerse mediante el encanto falso de los sociópatas. Tiene encuentros sexuales con algunas mujeres, algunos hombres inclusive, sin perdurar en ninguna relación. En el colegio la lectura se vuelve un vicio y escribe sus primeros cuentos. Van de mujeres etéreas, mujeres flotantes contra la noche o bajo la noche. Luego, con el tiempo, escribe horror cósmico y tratados de filosofía aceleracionista. Conoce a Erick, quien se vuelve su mejor amigo. Con él comparte tesis ideológicas, defectos de carácter. Ingresan juntos a la universidad para estudiar literatura y filosofía, usted nunca asiste a clases y se aburre con facilidad de la endogamia académica. Con el tiempo publica un libro titulado “El apocalipsis fue ayer” sin mucho éxito. Crece, cambia, encaja.

Una noche sale junto a Erick a celebrar su cumpleaños número treinta con la idea de regresarse temprano debido a lo pesado de las resacas durante el último par de años. De todas maneras compra dos paquetes de cigarros a fin de que alcancen para la jornada, más allá de lo larga o corta de la misma. Se sientan en el rincón más distante de la barra y ordenan de forma recatada. Escogieron un lugar acogedor al oeste de Heredia, una de esas cantinas viejas aún existentes en la provincia, esos rescoldos de su pasado rural y cafetalero. Intercambian historias, cada una más ficcional y autocomplaciente que la anterior. Ocultan detalles de sus narraciones en ambigüedades para no evidenciar su insinceridad. Las horas se concatenan.

Los somalíes llevaban un tiempo rondando el complejo de edificios, el chino se lo había advertido. Ahora los tienen prensados contra el suelo, usted intenta soltarse pero lo superan en peso y altura; la pubertad tiende a marcar diferencia en la constitución de los cuerpos. Hablan el sueco con acento, si acaso llevarán dos años de haber llegado al país escapando del conflicto (¿Cuál? Cualquiera, en Suecia alguien siempre va o viene de una guerra, por más neutrales y cáusticos que sean sus días). Usted da el deslizador por perdido, en todo caso es el menor de sus problemas; los somalíes eran famosos en la zona por quitar con saña, con paliza incluida. Deciden jugar con ustedes, el líder ordena ponerlos de pie mientras forman un círculo a su alrededor. «La ley del más fuerte», dice uno.

El que quiera irse para la casa medio vivo tiene que ganar. El otro se lleva una tunda de su amigo y de nosotros. El gordo comienza a llorar, casi por impotencia, como maldiciendo el hecho de tener tan mala suerte. Usted no llora, usted cierra el puño y actúa: recta a la boca del estómago. Cuando el gordo cae lo comienza a patear entre alaridos, aullidos de lobos salvajes en medio de la tundra. Por alguna razón, los golpes duelen más durante los inviernos.

Falta un cuarto para la primera hora de la madrugada y comienza a lloviznar. “Orvalho” piensa, recordando el término portugués apropiado para dicha situación. Erick camina a su lado algo triste, algo melancólico a pesar de tener una vida decente, aceptable bajo cualquier estándar. Es un mal compartido, el punto de unión más fuerte de su amistad, dos tipos que desean, extrañan e idealizan sin ningún motivo aparente. Recorren la ciudad sin hablarse y la noche profundiza sin dar explicaciones. Una frase como “Tres décadas sobre la tierra” equivale a decir “Persistencia” o “Da igual”. Usted ha vivido en cinco países distribuidos en cuatro continentes diferentes para terminar en uno tropical y húmedo e imposible. Da igual. En algún punto del camino Erick se despide con un abrazo para desviarse hacia el sur donde está su casa. Usted por otra parte se enrumba al norte. La lluvia intensifica pero no tiene frío.

La parte carnosa de una luciérnaga

Esta historia me pertenece. Cada nódulo enlazado al siguiente es una forma de representarme en el texto; una muestra de ciertos hechos en un momento específico de mi vida. En aquel entonces surcaba la primera mitad de mis veinte y hacía poco. En todo caso, me involucré con Fiorella. No podría explicar la razón por la cual nos vimos atraídos el uno por el otro. Pero fue.

La relación, desde un inicio, era una hecatombe aunque una hecatombe por definición tenga consecuencias dramáticas. En nuestro caso no hubo tales. Soy perezoso y procrastino hasta en los asuntos más personales. Para mí, los días pasan sin mayor sorpresa. Es un defecto nacido de una infancia somnífera llena de televisión por cable. Tal vez nunca ame a nadie como amé a Cartoon Network.

Ella estudiaba literatura y yo fingía hacerlo, lo fingía casi todo (insertar referencia a Pessoa). Fingía por ejemplo tener interés por historias ajenas a las mías. Me introdujo a Panero, dijo: «¿Qué clase de tontico no conoce a Panero?» Me vale madres Panero, me vale madres todos los poetas españoles, mi literatura es la portuguesa, mi tradición versa de barcos, colonias africanas y Saudade. Esto puede parecer una nimiedad, pero cuando uno se aburre de casi todo, importa.

Debo aclarar: no todos los poetas españoles me valen madres. Por ejemplo, hago excepción de Félix Francisco Casanova quien ejemplifica un sueño muerto hace más de una década. El tipo era una aspiración de mi tardía adolescencia, cuando quería ser excepcional, un savant en cualquier área, preferiblemente en el literario. Uno crea héroes para envidiarlos.

*

Miraba Samurai Jack tirado en la cama y ella le cortaba las uñas a Dixy, la chihuahua de cuatro años eje de su existencia. Juntaba

los sobros en un papel higiénico. Dijo necesitar discutir algo serio y le respondí que disparara. Comenzó a reclamarme una brecha, una falta de interés por su situación. Le respondí con la verdad: mi falta de interés se debía a que no me importaba. Es decir, ella me equivalía a un poeta español. Hizo gesto de pensar lo dicho para luego seguir acicalando a la perra.

*

Caracterización de los personajes

Diego: es un mestizo de ascendencia portuguesa/caboverdiana por el lado materno e indígena por el paterno. Es de clase media alta por lo tanto solo acepta la raíz europea. Nunca lo obligaron a asumir ninguna responsabilidad; a grandes rasgos, es un niño mimado de metro ochenta y cinco. Es alcohólico aunque nunca lo admita, sufre una ligera sociopatía o se justifica diciendo que la sufre.

Fiorella: físicamente parece una maja o doncella medieval de algún reino ibérico. Es proclive a relaciones de dependencia. Toma antidepresivos desde los doce años, lo cual le adormeció las conexiones neurológicas. Muchas veces promete cambiar o morir, sin comprometerse con ninguna.

*

Ella quería tener hijos a pesar de odiarme (siendo justo, fui yo quien comenzó el asunto del odio, solo con el tiempo se volvió recíproco). Le era imperante poner sobre la tierra otro ser humano a partir de mi ADN. Intentaba redimir algo de lo perdido en las turbulencias, en lo calcinado, en fondo era una idea terrible, pero llegué a entender su línea de pensamiento.

En todo caso soy infértil, lo cual denota una evolución lucida a pesar de accidental. Esto pude sonar como un argumento pobre, pero siento mi problema reproductivo justificado. Una especie solo

sobrevive si una generación se interesa por la siguiente. En caso de no haber tal interés, el cuerpo activa mecanismos para invalidar la capacidad de crear descendencia asignándonos funciones metafísicas, literarias o astrológicas. Otras veces se limita a dejarnos morir.

Al final, todo lo nuestro remitía a una inclinación necrófila. Es como si los instintos, el pulso vital se extendiera al otro lado en un último venirse; una idea que llevo años de carrera literaria intentando explicar a pesar de verse dificultada por la tensión histórica entre lo exotérico y lo biológico. Ella siempre consideró estas tesis abiertamente estúpidas, los delirios de un vago.

*

Argumento

El autor/narrador/personaje narra hitos del pasado como pretexto para analizar ciertos rasgos de su propia identidad, son una excusa a fin de hacer taxonomía de patrones ancladas en una violencia muy interna, muy de quien jode a cuentagotas y sin remordimientos. El otro personaje, es decir la pareja mencionada, probablemente también sea un desdoblamiento del autor. Este recurso remite a Soplo de vida de Clarice Lispector, quien juega de forma metaficcional con las capas narratológicas. Es un sistema que podría tildarse de coral.

*

Paseábamos la perra en el parque de Zapote, quien caminaba torpemente a modo de los astronautas en los videos del alunizaje. Entretanto su dueña intentaba enderezarla tensándole la correa de manera violenta. Habían pasado unas semanas desde que prometió dejarme. Mi falta de reacción al comentario la tenían del nervio y eso me daba un placer de ajedrecista: metódico, bélico. Lo cual, en retrospectiva, solo demuestra lo perdedor que era entonces (entonces, ahora, same old, same old). Evitaba confrontarme

directamente, limitándose a expurgar su frustración en aquellos pequeños actos cotidianos. Otras veces, solo me ignoraba, desapareciendo inclusive de sus redes sociales. Ese periodo fue, de manera irónica, el más calmo en mucho tiempo.

Cruzamos la calle ladeando la iglesia y fijamos rumbo entre la turbulencia de un tráfico caníbal. Nunca entendí muy bien la razón por la cual obligaba al animal a salir en esas circunstancias, la bulla de las tiendas y los bares me parecían insalubres, más en el caso específico de esa raza. «Diego», me dijo, hoy es la última. Ya le expliqué, tengo a alguien más. La miré y noté lo sincero de su afirmación, entonces levanté los hombros, el gesto universal de “nada que hacer”. «¿No piensa responder, güevón?», gritó. Lo pensé y solo me dio a repetir el gesto.

Continuamos en silencio. La hora comenzaba a activar las luces del alumbrado público y el vaivén ciudadano, los decibeles entre los callejones. Un lugar puede ser voraz un minuto no, un minuto sí. Ese barrio tenía esa imprevisibilidad. El planeta entero lo tiene. Dixy, reaccionando al ruido, se le escapó de las manos a Fiorella. Hizo diagonal sobre el asfalto en una maniobra suicida. Solo llegué a escuchar el gemido, el frenazo subsiguiente.

*

Pasaron los años y la distancia me coloca en otro lugar junto a otras personas. Ahora tengo calma al tratar a mis pares, me deshice de esa presunción que afectaba mis relaciones interpersonales. En buena teoría, porque a veces me pienso mucho peor; un tirano probablemente muera tirano. Siendo un asiduo lector de los románticos la egolatría siempre me funcionó como ese juego de espejos fundamental para justificar mi falta de habilidades pragmáticas.

Alguna vez alguien me llamó un dioscecillo y eso lo refuto: nunca me creí divino sino un dandy, un burgués por encima de lo mundano. Lo mesiánico me resulta vulgar, simplón si se quiere. Erick probablemente sea el mayor afectado de tanto desplante,

en ese sentido hice cuestión de tener en nuestras discusiones la última palabra.

Tal vez lo único cierto es que pasaron los años y efectivamente aumentaron las distancias. Es una obviedad con la suficiente ambivalencia para imprimirle interpretaciones optimistas; no dice nada de forma definitiva, pero intuye, como muchos mitos personales, una tendencia hacia la mejora. En el fondo, una forma de pensar muy occidental.

*

Análisis

El texto funciona en varios planos y varios registros de bitácora a una persona mediocre y autocomplaciente. En muchos casos lo desagradable de un personaje resulta su aspecto más atrayente, es ese factor intrínsecamente humano con el cual nos identificamos. La historia de la ficción está plagada de ellos, son ese elemento hirviente en sustancia detrás de los arquetipos heroicos.

El aspecto coral o de rompecabezas en la estructura pareciera ser una forma de invitar al público a reordenar la historia con la propia, de esta manera la narración se reconfigura con nuevos matices. Esta posibilidad deviene en las ideas de Piglia, quien siempre consideró la narrativa un juego de posiciones.

Lo temático, por otro lado, aunque elusivo, remite a la verdad con mayúsculas. No ese fetichismo moderno de repetir slogans por considerarse políticamente correctos o sanos. La verdad en “la parte carnosa de una luciérnaga” es una designada en muchos textos desde la invención de la literatura, es aquella difícil e inasible, esos terrores que soñamos y nos hacen despertar en medio de la noche. La misma que nos muestra como un ente capaz de vivir todos los aspectos de la psique y conducta humana, más allá de sus consideraciones morales. Lo queramos o no.

*

Cuando era niño mi programa favorito era La vaca y el pollito, lo cual en retrospectiva, explica muchas cosas. Uno de los episodios trataba el primer ser mitológico que conocí. El personaje en cuestión era un gato corriente que recibió poderes de una misteriosa neblina espacial. Minutos después es arrollado por un camión transformándolo en un híbrido entre héroe, leyenda urbana y pintura cubista. Su forma plana le permitía desplazarse en giros por el aire, como una suerte de Mothman para niños noventeros.

Los resultados del accidente me lo recordaron aunque el dibujo no incluyera vísceras y fluidos corporales. Fiorella, mientras tanto, lloraba desahogada sobre los restos del animal. Una muerte, en esas condiciones, representaba una pérdida irrecuperable. Intenté consolarla de alguna manera, ser asertivo, acatando apenas a poner mi mano sobre su hombro. La sostuve hasta entumecerme.

Tercer lugar

Ronny Alexander Masís Montenegro

Estudiante de Historia y de Enseñanza
de Estudios Sociales en la Universidad de
Costa Rica

Desde la bruma

Recordable

—¿No cree usted que es una barbaridad lo que aquí se hace? —dijo una voz áspera y enérgica.

Sebastián despegó la mirada de su teléfono para girarse hacia el viejo que había hablado. Hacía rato ya que se había sentado junto a él, pero no le había dado importancia y siguió entretenido en el juego mientras esperaba.

—¿Decía algo? —preguntó Sebastián algo confundido, mientras limpiaba los anteojos con la camisa.

Era delgado, casi en extremo y con la piel arrugada en los brazos aunque ligeramente menos en la cara, aún por debajo del sombrero se notaba que estaba casi calvo y un bigote ralo y canoso le cubría el labio, pero sus ojos eran profundos, negros y brillantes, dándole un aire de vivacidad que desentonaba con el resto de su cuerpo y su ropa tan arrugada como su piel, además de un par de tallas más grande. Sebastián sintió algo de lástima por él y decidió prestarle atención, aunque el viejo había vuelto la mirada hacia el frente como si no quisiera continuar la conversación que él mismo había comenzado.

—Esas son Las Ruinas —dijo finalmente el viejo, señalando con una mano temblorosa el edificio inconcluso de la parroquia de Santiago Apóstol que aquel día estaba abierto al público.

Sebastián gruñó algo molesto, el viejo le pareció prepotente. Él también era cartago, sabía perfectamente que aquella edificación eran Las Ruinas, más aún estaba seguro que cualquier persona del país podría distinguirlas. No dijo nada y volvió a su celular.

—Yo no creo que mucha gente sepa —continuó el viejo— que bajo ese lugar hay varios muertos, bastantes diría yo, eso es un cementerio.

—Ah sí —dijo Sebastián indiferente, no tenía idea sobre los muertos bajo Las Ruinas y aunque quería saber más, no lo admitiría nunca—. ¿Y cuál es la barbaridad?

El viejo volvió la mirada hacia Sebastián.

—Con los tiempos que corren, habría que preguntarse cuál no es la barbaridad —dijo tras unos instantes de silencio—, hay muchos muertos y muertos sobre otros muertos.

—No sé qué tienen que ver los muertos con todo eso —replicó Sebastián con impaciencia.

—Los muertos nada —agregó el viejo—, los vivos, todo —terminó sus palabras con un suspiro.

Sebastián miró al viejo unos instantes y suspiró también, no le gustaban los aires enigmáticos que a su parecer se quería dar aquel anciano. Los rayos del sol que comenzaba a caer parecían cubrir a la Plaza Mayor con un velo dorado que se mezclaba con las sombras que producían los almacenes, una brisa suave y fresca batía con cadencia las hojas de los árboles, Las Ruinas se erguían en ese entorno casi majestuosas. Sebastián nunca había notado que aquel lugar, por el que transitaba desde que tenía memoria, tuviera tal belleza. Sonrió y el viejo pareció notarlo.

—Es ciertamente bello este cementerio —dijo finalmente. Sebastián arqueó las cejas, esperando que el viejo continuara con la conversación—, por eso digo que es una barbaridad lo que aquí se hace o mejor dicho, lo que no se hace.

—¿Qué es lo que no se hace? —insistió Sebastián.

—No se hace nada —replicó el viejo— pero lo peor es que no se recuerda. ¿Cuántos años tenés? —añadió.

—Veintidós.

—Tres veces eso y ocho más —el viejo se puso en pie—, esa es mi edad, me gusta recordar. Aquí muchas cosas no se olvidan pero pocas se recuerdan —añadió sacudiéndose alisando con las manos las arrugas de su pantalón.

—No comprendo lo que quiere decir —Sebastián continuaba intrigado.

—Yo no culpo a los muertos por hacer lo que hicieron, pero culpo a los vivos que no quieren recordarlo —terminó con eso y comenzó a marchar en dirección a Las Ruinas.

Sebastián lo siguió con la mirada, avanzaba con un paso tambaleante e inseguro, pero tan rápido como se lo permitían aquellas

débiles piernas, hasta que se perdió entre la gente que comenzaba a salir de Las Ruinas cuando los empleados municipales anunciaron que iban a cerrar. Sebastián, que nunca había tenido una conversación tan extraña como aquella, estuvo pensando en eso largo rato después de que el viejo hubiera desaparecido de la vista. Buscó en su celular la historia de Las Ruinas, buscando luces sobre lo que había dicho el viejo. Descubrió que estaban emplazadas sobre otras varias iglesias coloniales, en las cuales las familias de las clases altas españolas enterraban a sus miembros «Muertos sobre otros muertos», recordó Sebastián las palabras del viejo.

Más tarde, en la noche, Sebastián prendió la televisión justo en el momento que pasaban las noticias. Aquella tarde, un profesor pensionado de setenta y cuatro años que vivía en el Asilo de Ancianos de Cartago había escapado, lo encontraron varias horas después deambulando por la Plaza Mayor, desubicado y sin ningún tipo de recuerdos sobre cómo había llegado hasta ese lugar.

Crónica de Cartago por la noche

Después de la medianoche, el autobús dejaba de llegar hasta los Tribunales de Justicia y terminaba su recorrido en la Plaza Mayor, una cuadra antes para ser más precisos. Claro que aquello era solo los fines de semana, los otros días ni siquiera había bus después de las doce, eso era sin duda un problema que cualquier cartago sin vehículo propio sufría o sufriría en algún momento. Aquella noche, el autobús que había pasado por San Pedro a las 3:10 am, arribó a su destino exactamente veintisiete minutos después, todo un record si se tomaba en cuenta que en condiciones normales durante el día, el trayecto tomaba no menos de cuarenta y cinco minutos, más de una hora cuando había presa, en la Galera por la mañana o en Taras por la tarde.

El chofer, con un áspero llamado de «Última parada», despertó a un pasajero que se había quedado dormido en los asientos del fondo, este confundido y restregándose los ojos bajó despacio las escalerillas y sintió el aire frío de la madrugada cartaga chocar de golpe contra su cara, la neblina envolvía la ciudad como una cortina apenas traspasada por las tenues luces del alumbrado público, dispersas por la Plaza Mayor casi desierta. El pasajero que se había quedado rezagado en el autobús, al bajar registró sus bolsillos con la esperanza de encontrar algún billete para poder tomar un taxi, la búsqueda resultó infructuosa, no había allí más que pedazo arrugado de servilleta y un chicle, su billetera tan vacía como sus bolsillos daba pena mirarla y en su abrigo no halló nada más que una cajetilla aplastada con un solitario cigarro adentro y un encendedor. No quedaba más remedio que caminar, los taxistas que se alineaban en la orilla de la plaza lo miraron con desdén a través de las ventanas empañadas.

No se puede decir que se conoce un lugar hasta que no se transita por el de noche y en solitario, de eso se había dado cuenta aquel mismo pasajero tiempo atrás, encontrándose en una situación similar a la de ahora. Sus pasos chapalearon por los charcos

que se formaban en las ondulaciones de los adoquines de la Plaza Mayor, había llovido durante la mayor parte de la tarde y la noche, por lo que las alcantarillas de la ciudad, superadas hacía tiempo por la población y el comercio, se habían desbordado, dejando un manto de basura y piedras desperdigadas por las calles.

Todo parecía tan distinto, como si la ciudad entera fuera retirada de su emplazamiento y trasladada a otro lugar por la noche, un lugar en el que no tenían cabida los ruidos de los automóviles y el bullicio de la gente. No estaba solo, por supuesto, pero como si lo estuviera; al otro lado de la plaza caminaban sin distraerse dos oficiales de la Fuerza Pública y en una de las esquinas de Las Ruinas, una pareja detuvo sus caricias cuando el pasajero pasó junto a ellos, siguiéndolo con la mirada mientras caminaba, no volvieron a sus asuntos, sino hasta que se hubo adelantado hasta la esquina de la calle.

Entre la neblina los edificios se alzaban fantasmales, como moles de concreto pintado de distintos colores, irrumpiendo en la blanca monotonía de las brumas de la antigua capital. Había cierta belleza en aquel paisaje, aunque también se sentía en el aire una densidad indescriptible, como si el peso de los siglos de historia de aquella ciudad inundara el ambiente. Justo en diagonal a la esquina noreste de Las Ruinas se erguía un edificio viejo, tal vez de los más viejos que quedaban en la ciudad, iluminado por unas opacas luces amarillentas; aquella casona que albergaba las oficinas del Patronato Nacional de la Infancia, ofrecía un espectáculo del que podía decirse cualquier cosa excepto que era tranquilizador, no pocas historias se contaban en torno al edificio y fueron estas mismas historias las que cruzaron por la mente del pasajero al pasar frente a este, hundió las manos en los bolsillos y apresuró el paso. Una leve llovizna comenzaba a caer, tapizando sus anteojos con finas gotas que le impedían ver con claridad, masculló una maldición y continuó avanzando hasta dejar atrás la aterradora edificación. Su casa estaba a tres kilómetros de donde le había dejado el autobús, había recorrido doscientos metros.

Un par de cuadras más adelante dos hileras de comercios flanqueaban la calle que llevaba hasta la basílica, varios de los reflectores estaban apagados y no había luz saliendo tampoco de los edificios, aunque la bruma comenzaba a despejarse, la ausencia casi total de estrellas y el cuarto menguante le daban a la oscuridad paso libre para convertirse en la señora incuestionable de la noche; hacía frío y la lluvia aparecía en chaparrones intermitentes que no permitían a la ropa del pasajero empaparse del todo pero tampoco mantenerse seca. Por aquellas esquinas, en noches con un mejor clima o tal vez en horas más tempranas, deambulaban mujeres a las que la madre del pasajero tenía bien en referirse con el eufemismo de «de la vida alegre», aunque una vez una de ellas le había pedido fuego al pasajero y cuando este acercó el encendedor al cigarro que sostenía con la boca, la llama iluminó unos que mostraban cuan equivocada estaba su madre, la vida de aquellas mujeres realmente podía ser muchas cosas menos alegre.

La plaza de la Basílica era otro mundo, despejada casi en su totalidad de árboles, permitía al viento gélido golpear con fuerza; la lluvia comenzaba a arreciar en aquel momento y el pasajero se arrebujó en su abrigo, aunque el agua ya traspasaba sus dos capas de ropa y se escurría hasta su pecho, sintió su piel erizarse ante la fría caricia de la lluvia. Decidió fumar el último cigarrillo que le quedaba antes de que este se estropeará por el agua, de espaldas al viento sacó su encendedor y aspiró profunda pero lentamente, el humo que llenó sus pulmones le dio una sensación de calidez que fue bien recibida en medio de aquella temperatura. Mientras fumaba alzó su vista hacia templo, imponente y desafiante, las figuras blancas de ángeles armados con lanzas y espadas parecían querer cobrar vida, un escalofrío recorrió su cuerpo y el pasajero no quiso quedarse más tiempo en aquel lugar.

Apretando el paso, caminó por el costado norte de la basílica. Varios perros que dormían en la acera levantaron la cabeza cuando pasó junto a ellos, uno se puso en pie y caminó junto a él unos cuantos metros hasta que el pasajero le rascó la cabeza, el animal se quedó quieto y se marchó luego. Un taxi desaceleró al pasar junto

a él, ofreciendo sus servicios, el pasajero indicó una negativa con su mano y el automóvil siguió su camino; el olor que salía de una soda “24/7” le hizo rugir el estómago y se apresuró aún más. Con cuatro grandes jalones acabó el cigarrillo y lanzó la chinga a un montón de bolsas de basura que se amontonaban en una esquina y que ya habían sido desgarradas por los perros, la lluvia había arrastrado varias bolsas hacia las vías férreas que cruzaban por esa zona. Ya se enrumbaba a San Rafael donde vivía.

El último trecho de la caminata era aún más solitario que el que ya había recorrido, la lluvia volvía a mermar hasta casi desaparecer y el único ruido que se oía a lo lejos, era el rumor del agua de un río cercano. La luz naranja de los viejos reflectores contrastaba con el blanco fluorescente de los nuevos, el horizonte era dominado por el brillante letrero del Banco de Costa Rica, punto que marcaba la intersección de las calles que llevaban a los barrios de San Rafael: el centro, El Bosque y el Alto.

Tomó el camino del noreste, hacia El Alto siguiendo por un tambaleante puente peatonal sobre una quebrada más ruidosa que grande, al pasar frente a una gran propiedad cercada con latas de zinc y de la que sobresalían grandes enredaderas volvió a sentir escalofríos; en ese lugar se había alzado una vez la imponente casa de la familia de monseñor Sanabria, el hijo más ilustre del cantón y de la que antes de su demolición se contaban historias de rostros fantasmales asomándose en las ventanas de la mansión decimonónica.

Un gato callejero hizo crujir el techo de una casa antes de dar un salto al muro vecino y bajar hasta la acera, perdiéndose rápidamente en un lote baldío. La luz de los reflectores en aquel lugar era tan tenue que de haberse apagado no habría sido diferencia alguna, sin embargo unas cuantas estrellas comenzaban ya asomar y no quedaba rastro de neblina. La lluvia parecía también haber desaparecido definitivamente de la noche y el pasajero aflojó el paso, estaba a menos de un kilómetro de su casa. Caminó por la acera del EBAIS y en la caseta vio la luz de un pequeño televisor y un guarda de seguridad que miraba sin parpadear mientras bebía de

un termo; una cuesta bastante empinada era el último obstáculo antes de llegar finalmente a su destino, se sintió en casa.

Subió la cuesta con pasos apresurados y al llegar arriba se detuvo un instante para apreciar la sinfonía luminosa que ofrecía la vista casi completa de la ciudad. Distinguió sin dificultad alguna la ubicación de la Plaza Mayor, donde había iniciado el camino que estaba por concluir y sonrió satisfecho ante el camino recorrido, le hubiera gustado poder constatar en su celular el tiempo que había hecho, pero el teléfono se había apagado desde antes de bajar del autobús. No sintió siquiera los doscientos metros que lo separaban de su casa y al llegar subió de dos en dos las escaleras, su perro dormía echado en el sillón del corredor, el pasajero lo acarició mientras realizaba una inútil búsqueda de sus llaves.

Soltó una maldición al percatarse de que las debía haber perdido en alguna parte del trayecto. En ese momento las luces se encendieron y su padre, con cara de pocos amigos abrió la puerta justo en el momento en que los tragos que había tomado en San Pedro, y de los cuales su cuerpo parecía haberse olvidado durante su caminata, le subieron por la garganta hasta caer en los pies descalzos de su padre.

—Muy bonito —lo escuchó decir—, muy bonito.

Tren de 5

En la estación de Tres Ríos se bajó casi la mitad de los pasajeros y Antonio, bajando con cuidado su mochila, pudo por fin sentarse; ya estaba acostumbrado a aquello. Todos los días salía de su trabajo a las 4:30 pm, tomándole cerca de veinte minutos caminar hasta la estación del Atlántico, justo a tiempo para tomar el tren de 5:00 pero muy tarde para conseguir un asiento. En las cuatro estaciones siguientes subía mucha gente pero poca bajaba, convirtiendo los vagones en latas de sardina sobre rieles que avanzaban pesadamente por entre cafetales y charrales, con el sonido de los fierros chocando dominando el ambiente y la estridente bocina del tren irrumpiendo, ya conocida pero siempre sorpresiva, cuando cruzaban por lugares poblados.

En el asiento de al lado, el que daba a la ventana, una mujer mayor dormía con la cabeza echada hacia atrás y frente a ella, una muchacha con los audífonos puestos sonreía con la mirada perdida en la pantalla de su celular; el otro asiento estaba desocupado. A través de los cristales vio gruesas gotas de lluvia comenzando a golpear contra los vagones y se sintió agradecido que aquello no hubiera ocurrido mientras el tren seguía lleno, en esas ocasiones la humedad se juntaba con el calor de decenas de cuerpos apretujados, viciando el aire y haciendo el recorrido casi insufrible, ahora era un espectáculo agradable. Los últimos pasajeros bajaron y el tren inició nuevamente su movimiento, la gente que recién había bajado esperaba a los lados de la vía para poder cruzar, algunos comenzaban a sacar paraguas mientras la mayoría se encogía ante la lluvia que cada vez caía con más fuerza, Antonio los miró con el rabillo del ojo mientras el tren tomaba velocidad; el estruendo de la bocina resonaba en sus oídos.

La marcha del tren en ese trayecto era lenta, no solo porque comenzaban a subir el cerro de Ochomogo, sino porque el tren que había salido de Cartago a las 5:30 debía venir ya de camino, entonces este debía entrar en algunas de las desviaciones de la

vía, llamadas “bahías” a esperar a que el otro pasara, como no se sabía cuál habría de llegar primero a la bahía más próxima, ambos debían avanzar lento para evitar un choque frontal, como ya había pasado en otras ocasiones. Antonio cerró los ojos tratando de dormir, pero el bamboleo de los vagones le impedía mantener los ojos cerrados el tiempo suficiente y el sonido de la lluvia chocando contra el techo de fibra de vidrio le molestaba también, anuncio de que una jaqueca descomunal le esperaba aquella noche, se recordó a sí mismo pasar a una farmacia al llegar a Cartago.

La mujer sentada junto a él, aun dormida, hizo un ruido extraño que lo sobresaltó; la joven al otro lado sonrió y Antonio le devolvió una sonrisa tímida y desvió la mirada hacia la ventana, aquel momento cruzaban grandes charrales que en la oscuridad únicamente parecían un manto negro hasta alcanzar la fina línea de la carretera en la cual transitaban rápidamente los vehículos que iban hacia San José, a esas horas el camino estaba tan despejado que el trayecto podía realizarse en un poco más de media hora; en la dirección contraria la historia era distinta, la fila de automóviles apenas si avanzaba, el tren podía ser incómodo y debía estar en pie la mayor parte del recorrido, pero para Antonio aquello era preferible a quedarse sentado durante horas, estático y sin posibilidad siquiera de estirar las piernas; además salvo por las ocasiones en que el tren sufría algún accidente, este siempre llegaba a las horas establecidas.

Una de las trabajadoras del tren, con su uniforme rojo y azul, pasó caminando de un vagón a otro con un semblante de preocupación, Antonio notó esto y no le agradó para nada, debía de haber algún tipo de problema.

—Eso no es buena señal —dijo la joven que estaba sentada frente a la señora y que se había quitado los audífonos.

Antonio se giró hacia ella, mirándola un tanto sorprendido. No estaba acostumbrado a que personas extrañas le hablaran, le ponía incómodo. Aun así, la sonrisa de la joven le inspiró algo de confianza, pero no dijo nada.

—Debe haber pasado algo con el otro tren —continuó ella—: y yo necesitaba llegar temprano, por eso me vine en esto —suspiró.

—Lo siento —respondió Antonio finalmente, y volvió a mirar por la ventana.

—Espero que no sea nada serio —insistió la muchacha—, no creo que nadie vaya a estar contento con un retraso muy grande —volvió a sonreír, tenía una sonrisa graciosa. Antonio la miró de reojo, ella parecía esperar una respuesta que no llegó—. Soy Mónica —añadió extendiendo la mano hacia él.

Visiblemente incómodo, Antonio le estrechó la mano y dijo su nombre con una sonrisa que casi parecía una mueca. Ella soltó una risita, él desvió una vez más la mirada.

El tren continuaba avanzando a paso lento, con la lluvia golpeando en el techo y las ventanas. Una vez atravesado el cerro de Ochomogo la carretera discurría paralela a las vías, por lo que Antonio pudo comprobar el desastre que era el tránsito en aquel momento; distraído miraba los automóviles que se agolpaban en la calle. Mónica que había vuelto a internarse en su celular, levantó la mirada en dirección a Antonio.

—Al menos estamos mejor que ellos —dijo con una sonrisa.

La insistencia de la muchacha en hacer conversación comenzaba a molestar a Antonio, que ya comenzaba a envidiar a la mujer que dormía junto a él, la cual de cuando en cuando soltaba ruidos por la nariz y la boca.

El tren entró en una de las bahías, esperando la llegada de su hermano. La trabajadora volvió a pasar, con el rostro aún más turbado que antes. La molestia de Antonio se transformó en preocupación, volvió la mirada hacia Mónica.

—¿También lo viste? —preguntó.

Ella asintió y se frotó los brazos con un gesto de preocupación.

—Esto no me agrada —añadió Antonio, ya Mónica no sonreía.

Otro de los trabajadores del tren pasó junto a ellos en dirección a la cabina del maquinista, su andar era rápido, casi desesperado. Se escuchaban voces alteradas a través del walkie-talkie que llevaba, aunque no se lograba entender lo que decían; las luces se apagaron,

un murmullo recorrió el vagón y algunos pasajeros se levantaron y miraban de un lado a otro, confundidos y asustados; la oscuridad era casi absoluta, las únicas luces que entraban eran los escasos reflejos procedentes de los automóviles en la carretera adyacente.

Antonio trataba de igual forma de adivinar que pasaba, habían pasado varios minutos desde que los dos trabajadores entraron en la cabina del maquinista y no se tenía noticias de ellos. En un momento, sintió la mano de Mónica tomándolo por el brazo con fuerza, se giró hacia ella y aunque la oscuridad no permitía reconocer las facciones de su cara, no necesitó mucho para darse cuenta que en su rostro se dibujaba un gesto de terror; con el otro brazo la joven señalaba hacia la ventana, a través de la cual se podía ver como las luces de los automóviles atrapados en la presa comenzaban a apagarse. El resto de pasajeros lo notaba también, muchos corrieron hacia las puertas del tren, agolpándose trataban de presionar los botones de emergencia pero era inútil; en el tumulto tal vez nadie lo había notado, pero junto con las luces se había ido también el ruido del motor, el tren reposaba inerte sobre las vías y las puertas se habían cerrado herméticamente.

Mónica continuaba apretando con fuerza el brazo de Antonio, que sentía la presión de sus dedos atravesando su chaqueta, casi cortando su circulación. A medida que la oscuridad se iba apoderando de la totalidad del vagón su corazón se aceleraba y su cerebro caía presa de terribles pensamientos; sintió un irrefrenable deseo de romper la ventana pero sabía que no tendría caso, muchos otros pasajeros intentaban lo mismo y solo parecían resultar lastimados. La desesperación comenzaba a esparcirse por el vagón, incontenible y arrolladora, penetrando en los corazones de los pasajeros. Mezclado con los murmullos de terror y desconcierto, se escuchaba el ritmo de respiraciones agitadas. En aquel momento recordó la mujer que dormía en el asiento de al lado; volteó la mirada lentamente hacia ella y horrorizado vio que la mujer se había despertado y en sus ojos parecía danzar un resplandor de una palidez espectral, Mónica también lo veía, pareció reprimir un grito.

Antonio intentó ponerse en pie, pero una fuerza indescriptible lo mantenía atado a su asiento.

La bocina del tren irrumpió de pronto, Antonio se sacudió asustado y con el corazón acelerado. Abriendo los ojos comprobó que el tren avanzaba con normalidad por las vías, ya se distinguían las casas y comercios que flanqueaban la vía en la ciudad, pronto llegarían a la estación. La mujer a su lado aún dormía y la joven de enfrente continuaba con la mirada hundida en su celular.

—Estación Cartago —dijo una de las trabajadoras del tren.

Casi todos los pasajeros, se levantaron; la joven hizo lo propio y casi choca con Antonio cuando intentaron salir de los asientos. Ambos sonrieron tímidamente y luego salieron y tomaron direcciones opuestas, Antonio recordó el sueño.

—¡Mónica! —llamó.

La joven se giró hacia él.

Un bar tras la media noche

Eran las 11:50 cuando el último cliente que quedaba, pidió que le sirvieran una nueva copa de whisky, Luis Diego el bartender, visiblemente fastidiado, le lanzó una mirada odiosa mientras servía el oscuro líquido en una pequeña copa; cerró la botella y continuó limpiando la barra. El bar cerraba a la medianoche, todos los clientes se habían marchado y todas las cuentas habían sido cobradas, excepto ese hombre que se mantenía impasible en la barra. Por alguna razón, aquel hombre gordo y peinado hacia atrás con exceso de gel, no le inspiraba confianza alguna

—Él puede quedarse —se escuchó la voz del dueño del bar desde la cocina— no te preocupés —añadió—, te voy a pagar la extra.

Con un suspiro Luis Diego miró la hora en su celular y comenzó a pasar un trapo por la parte de la barra que ya estaba vacía.

—¿Querés tomar algo? —dijo el cliente.

Luis Diego lo miró algo confundido, llevaba ya casi un año trabajando ahí y podía reconocer a toda la clientela, la cual era casi siempre la misma, con algunas excepciones; sabía que su jefe no permitiría a un desconocido quedarse una vez el bar hubiera cerrado, aquel privilegio lo reservaba solo a unos cuantos allegados, pero por más que trató no pudo reconocerlo.

—Dale, hombre —insistió el cliente— tomá lo que querás, yo le digo al viejo.

Luis Diego abrió la cámara y tomó una cerveza, todavía algo dubitativo, la destapó y bebió un largo trago antes de seguir limpiando la barra. Aún quedaban algunos vasos y copas de los clientes, las cuales tomaba con cuidado y las pasaba a un pequeño fregadero que había bajo la barra para lavarlas. Momentos después, cruzando la puerta de la cocina, apareció un hombretón grueso y de baja estatura, sus facciones demostraban que no era tan viejo como hacía parecer su cabello totalmente plateado; era el dueño del bar, que miró la cerveza junto a Luis Diego con un gesto de desaprobación.

—Fui yo el que le dijo —indicó el cliente—, su horario de trabajo ya terminó.

—Perdón —dijo Luis Diego algo apenado.

—No jodás —respondió su jefe—, tomate la birra, pero servime un trago a mí.

Dio un pequeño sorbo a la cerveza y tomó del estante una copa y un vaso el cual llenó hasta la mitad con hielo, sirvió un trago de whisky y se lo tendió a su jefe echando también media copa de agua, tal y como, que se había sentado al lado del cliente. Eran las 12:01 cuando cerró las pesadas puertas metálicas y apagó las luces del letrero y de la acera, un taxi pasó iluminando las ventanas y deslumbrándolo momentáneamente; en la barra los dos hombres parecían discutir, Luis Diego dudó un momento en acercarse, hubiera preferido marcharse aunque el dinero de la hora extra le vendría bien.

—¿No se ha puesto a pensar en lo que eso significa para su familia? —estaba diciendo el hombre.

—No le permito que me hable así —replicaba su jefe bastante airado.

Luis Diego se mordió el labio y avanzó lentamente, algo le decía que no debía estar ahí en aquel momento, no había podido escuchar el inicio de la conversación entre su jefe y el cliente, tampoco sabía el rumbo que tomaría.

—Yo pensaba que usted era más inteligente —dijo el cliente, dando después un largo trago a su whisky.

—Y yo que usted era más confiable —replicó el jefe—, voy a tener que sacarlo.

—Usted sabe que eso no le conviene —replicó tranquilamente el cliente—, está tan metido en esto como yo.

—Yo no sabía lo que estaba haciendo —el tono de su jefe pasó de la rabia a la preocupación.

—Eso no les va a importar —el cliente bebió nuevamente y acabó su trago—. ¿Puedo tomar otro?

Su jefe hizo un gesto indicando a Luis Diego que le sirviera otro trago. Este se acercó y miró al cliente de reojo mientras lo

hacía. El tipo observaba el chorro de licor cayendo en la copa, con una sonrisa complacida que a Luis Diego se le antojó burlona, casi arrogante. Echó una mirada furtiva a la parte de atrás del estante de los vasos, ahí, medio oculto, estaba un machete, su jefe se lo había mostrado desde el primer día de trabajo «Es para protección —había dicho— esperemos que nunca tengás que usarlo», se preguntó si aquella sería la ocasión en que tendría que hacerlo, por si acaso, disimuladamente movió el mueble hacia adelante. Bebió otro trago de cerveza y se acomodó al otro lado de la barra, intentando parecer desinteresado en la conversación.

El vaso de su jefe estaba casi intacto, los hielos comenzaban a derretirse, una sombra de abatimiento había cubierto su semblante. Las luces de la barra, las únicas junto con las de la cámara que iluminaban el lugar, no contribuían a mejorar el ambiente, el bar lucía sombrío, peligroso; era como un sitio distinto, en el cual no quedaba ni rastro de las decenas de personas que bebían, cantaban y bailaban alegremente apenas unas horas atrás.

—Usted es un hombre sensato —dijo el cliente palmeándole la espalda a su jefe—, vamos amigo, beba.

—Si fuera sensato no estaría en esta situación —replicó con voz temblorosa, bebiendo tímidamente del vaso—, usted no estaría sentado en mi bar para comenzar.

El hombre rió.

—No sé porque el afán en que nos llevemos mal —respondió encogiéndose de hombros— yo solo quiero lo mejor para usted... para todos —añadió mirando de reojo a Luis Diego, este se estremeció.

—Yo no quiero llevarme mal con usted —repuso su jefe— quisiera no tener que tratar con usted nunca más.

—Usted sabe que es lo que tiene que hacer si no quiere tener que tratar conmigo.

El jefe asintió y el hombre apuró el whisky que quedaba en su vaso y sacó un billete de diez mil colones colocándolo sobre la barra.

—Que el bartender conserve el vuelto —dijo con una sonrisa mordaz —por las molestias y por el susto— añadió casi riendo.

El hombre salió por la puerta y Luis Diego la cerró despacio, hasta asegurarse que el hombre se había marchado. Su jefe continuaba en la barra, sentado con expresión vacía, con el whisky casi convertido en agua en su vaso; la cerveza de Luis Diego descansaba también sobre la barra, un poco por debajo de la mitad.

—Ni una palabra de esto —dijo finalmente, Luis Diego asintió—, ya podés irte.

No se habló más del tema, semanas y meses transcurrieron con total normalidad. Casi un año después, cuando Luis Diego trabajaba en otro sitio, con mejor horario y mejor paga, vio en la televisión la noticia de un asesinato; se decía que se trataba de un ajuste de cuentas del crimen organizado. La foto del fallecido que pasaron en las noticias lo dejó perplejo, se trataba de aquel hombre que casi un año atrás, en un bar tras la medianoche, lo había invitado a una cerveza y le había dado seis mil ochocientos colones como propina, por las molestias y por el susto.

*La anterior historia, está basada en un suceso real que ocurrió en Cartago en octubre del 2016 y que me fue contada por uno de los protagonistas. Para esta adaptación cuento con el permiso de la fuente y los nombres han sido cambiados.

Mención de Honor

Gabriel Ulloa Herrera

Crestamatía de gallina criolla

El nieto de la hermana (que no necesariamente es familiar de segundo grado) de don Nemesio va buscando la picada...

No te pude conseguir la botella de vidrio no importa mamá está bien me voy que me agarra tarde no sabe si Emanuel me trajo la bici ayer no yo creo que no Bueno me voy en Musoc hoy es sábado tiene que ser magasoso tomá llevate un bananito échemele agua al zacate de limón y al palito porfa Hablando de eso si a la vuelta se encuentra lavanda me trae si me hace el favor que le vaya bien

una flor morada despertándose aún babea un árbol de tronco fino forrado en musgo estira sus dedos agudos al cielo Hojas anchas y lentas que vieron dinosaurios nacer y morir toda la población vegetal exhala al tiempo el aliento de una teta en la tierra tropical Condenada dormilona no te cerrés cobarde jeje

baja por el camino de barrizal que serpentea el cerro con zapatos de vestir pero en la mano es decir descalzo saluda a Najera suena Guadalupe en la radio vos llegás abajo no si no ves que me cayó un tronco en el pie El cacao se seca en el solar Pero ahí mandé a Carlitos y creo que Marta les va a llevar unas cositas más tarde va

bueno bueno ponete soldaconsolda tenés no si no me ha pegado nunca agarrá sino del patio de la casa de Alejandra quentrel matorral hay una buena mata desonos vemos

la escuela se estira entre los ranchos como una tortuga gigante y adentro el espacio vacío hace parecer pocas las gentes que resguardan el candado oxidado que sirve más de adorno desde el jueves que no hay clase yo digo que si alguien quiere irse a bañar o a descansar a la casa un rato ahora es un buen momento que ya somos más bueno yo me voy y creo que deberían irse Arlen o Carlos también que hicieron guardia ayer se van algunos y se queda un poco de la gente hacen un arroz con plátano verde y desayunan y almuerzan con fresco de naranjilla viste que aquella vieja de la asociación andaba diciendo quesque aquí lo que falta es la presencia de cristo no jodás

las horas siguen suspendidas entre las paredes del pequeño gimnasio cuyas tablas de madera filtran la luz ardiente del sol del sur con la que el hijo de Mónica proyecta sombras de animales enlazados en sus manos los representantes de la asociación negaron cualquier legitimidad y relación con quienes se encuentran involucrados con la ocupación ilegal del inmueble por lo que el Ministerio toma además la decisión de suspender cualquier diálogo desde esta mañana se le metió a Carla un clavo en la pata porque andaba descalza te imaginás que hubiera sido un chiquillo seguro a alguno le pasó ya a ellos les han dado un montón de millonadas y todo a la bolsa pero fuera solo eso incluso los rotulitos que pusimos en los caminos que van después de la bajadadeagua para que los nombres no estuvieran solo en español los quitaron y a los chiquillos se les van olvidando ni saben que en realidad se llaman así pero arrancados los hicieron porque lo que tiene es un odio que además es la molestia porque les recuerda que ellos son extranjeros acá y por como tratan a los extranjeros dios les libre Oigan que está la fuerza pública afuera y parece que van a romper las tablas que pusimos y los oficiales arremeten contra los pedazos de madera como quien saca un rencor y en el crujir de las tablas escucha el trueno de un rayo que le parte el alma y que él ansía que lo parta que destruya el cascarón que ve al espejo para saber si realmente queda algo dentro si en uno de los crujidos que la fibra emite frente a su furia desatada bajo la excusa de una orden le sobrecoge el último ápice de humanidad con el que sueña cuando en la noche llega a su casa y abraza a su hijo el Fredito quien con sus cuatro años le ve como a un superhéroe que dispara a los malos en el fondo muy en el fondo muy él no encuentra consuelo de tener muy claro detrás del humo espeso del infierno de la arteriopatía del odio que no hay buenos y malos pero si los hubiera él no sería un superhéroe si acaso llegaría a ayudante de patino del supervillano pero mientras queden tablas por destruir y puertas por derribar pues queda esperanza y el miedo que me da a mí es que vayan a lastimar a alguno de los chiquillos tranqui yo creo que yo los puedo sacar por el lote de atrás no creo que hayan visto el hueco de la cocina bueno vaya cuando gamboa da la orden

la Bang uardia entra gritando instrucciones incomprensibles que más parecen los gritos amenazantes de una banda de monos aulladores y como tal golpean con sus palos en trazos azarosos los pupitres el piso las paredes y la gente corre desordenada hacia el fondo y Carlos que estaba un poco cansado porque en la noche no durmió y el día anterior se pegaron él y su mamá toda la sembrada porque al tata algo le pasó en el pie se tropieza y don Nemesio a pesar de su avanzada edad y quizá por ella por haberse quedado atrás o por lo que fuera que es se detiene a ayudarlo y con la mano izquierda no borra nada sino que agarró la macana del mono que venía ya encaramándose de frente decidido a quebrarle una pierna o la espalda a Carlos o decidido a nada porque él dice que notó malas decisiones en lavanda el caso es que don Nemesio con la fuerza de su mano izquierda sacada de quién sabe qué recoveco de la selva del cerro del río o del milenio anterior o de las profundidades de la tierra negra o roja le arrebató el palo y salvó a Carlos y mientras el simio de frente lo observaba petrificado por el terror ante aquel saco de huesos y arrugada piel que era don Nemesio con sus quien sabe cuántos siglos vividos otro mono se aproxima por un lado y le revienta la cabeza a don Nemesio a los demás los detienen. Casi todos regresaron al día siguiente. Y el Ministerio de la Incomodidad concede que en la escuela den libre el dos de mayo en la mañana para celebrar en el pueblo la fiesta que conmemora la resistencia indígena desde antes que don Nemesio naciera y el periódico de hoy dice

Lastimosamente ha fallecido este viernes don Nemesio Rojas y con él nuestro país pierde a uno de los últimos hablantes fluidos de su lengua...

Mi posición (MP164595)

Tras rebuscar entre mis odios más profundos, encontré una reliquia: el recuerdo de cuando te llevaste la llave de la casa, porque decías que no era seguro dejarla bajo la alfombra. Pero yo vi cientos de películas y confiaba en el método.

Yo empapado bajo el aguacero y vos seguramente cogiendo en la casa de tu novio oficial. Te hubieras quedado en la nuestra. Habrías abierto las celosías y yo podría haber metido el brazo hasta alcanzar el cerrojo. Pero tuve que pedir la escalera al vecino para pasar al patio trasero por el techo resbaloso.

Me solté confiando en la caída a oscuras y me metí un clavo oxidado en la nalga. Me levanté para pasar a la casa y también habías pasado el seguro a la puerta de atrás. Maldije tu seguridad. Me llené un poco de ella también porque no podía volver a subir al techo. Y recurrí a otro clásico de mis películas hollywoodenses.

El llavín cedió a la patada de frente y yo estallé en gozo. Siempre había querido hacer eso. Y corrí adentro para buscar un desatornillador y volver a colocar la pieza y evitar así que supieras la vergüenza que pasé y que te burlaras de ello.

Debía también bañarme para que me vieras en el estado menos humillante posible. Me iba quitando la camisa más mojada en sudor que por la lluvia cuando te encontré.

No estabas con el otro. No. Otra vez te habías abierto los brazos, ahora con un tenedor de plástico, porque yo había escondido todo lo demás que pudiera servir. Llamé a la ambulancia como quién llama a la pizzería de siempre.

De todas formas ¿Cómo pudiste dejarme sin llave?

La dejaste sobre el escritorio de la sala. Te abracé en el suelo del baño y me extrañó la frialdad de tus pechos. Te alcé los brazos para ahorrarte la sangre que quedara y pensé —de nuevo— que debíamos comprar una tina, porque la losa de rombos azules rompía la estética de la escena. Eso sí, raparte había sido una buena decisión aunque yo no lo entendiera antes.

Balbuceaste sin decir nada entre tus labios de algodón de azúcar y yo te dije que tenías cara de pegada.

Trataste de sonreír y no pudiste. Entraron entonces guiados por el vecino los paramédicos. Que la puerta nunca tuvo la aldaba puesta. ¿Por qué entonces cerraste las cortinas?

Claro, por completar el ambiente... ¿Por qué no te gustaba entonar tus dramas con luz natural?

¿Por qué no me dejaste la llave afuera?

Si yo la hubiera encontrado seguramente habría llegado con vos a tiempo para hablarte. Para contarte que encontraron señales de radio —de verdad, no de ciencia ficción ni del pentágono— de otra galaxia, según parece de un planeta que quiere comunicarse con nosotros.

Vos me decías hipócrita. “Hablás tanto. Pero cuando lo logre de fijo te vas conmigo”. Y tenías razón. Lo hubiera hecho. Pero no puedo. Es mucha más mi curiosidad.

Yo sé que lo entendés.

Cristales de hierba

A V. G. y demás

A veces extraño el pelo largo hasta la cintura que me dejaba hace tiempo. El que mi mamá adoraba.

Y extraño cuando al menos podía tomar tres cervezas sin embriagarme.

Cuán sutil parece ahora la diferencia, entre la sensación de que a alguien cercano no lo conozco realmente, o que a alguien a quien apenas me han presentado, lo conozco de años, en compañías de largos silencios.

Pero usted, mi dixie, mi baby blue. Ponerse aquí al frente mío, inocente y tan, pero tan culpable en su inocencia. Yo realmente no quería que esto pasara. O por lo menos quería no querer, aunque quisiera un tanto. Toda esta sangre. Y yo sin ideas. Sin saber qué hacer. Hasta sorprendida, pero segura.

Ya había presentado yo toda esta violenta maldad que me dormía en la yema de los dedos. Ya la había ignorado las primeras mil veces que lo tuve, en su arrogante confianza, para destrozarlo. Para dejarlo hecho mierda por meses, años talvez. Pequeños detalles que pasaban una navajilla sobre su cara. O sobre su espalda si quiere ponerlo así. Pero que en realidad siempre fueron solo una punta de bayoneta.

Claro, es normal esa confianza, con los años, las experiencias, las risas y llantos juntos. Absolutamente normal en cualquier caso y mucho más en una relación como la nuestra, llena de lluvias, lunas y atardeceres, ausente de todo roce como no fuera de pieles, escasa de toda discusión como no fuera de ideas.

Pero yo, su capullito de alhelí, su androide paranoica.

Yo sé que debe estar cansado de escucharlo, de saberlo de memoria, pero mi mente no funciona bien. Yo no estoy bien. Es decir, estoy bien. Es decir, estoy como siempre. Pero no es como debería. No es como quisiera. Solo es cómo es.

No crea que fue algo que hubiera planeado. De ser así me hubiera puesto un vestido rojo y unas botas negras. Usted sabe, para la ocasión. Habría pensado en qué pasaría después, y no, no habría hecho nada. Sabe que soy incapaz de lidiar con la culpabilidad. Pero no siempre con los impulsos.

No, no, todo fue usted. Enteramente su responsabilidad. Porque bueno, ya lo había tenido (como decía) entre mi puño, a un movimiento de sentenciarlo. Sin razón. Como ya dije; yo lo quiero, usted me quiere, nunca nos hemos lastimado de ninguna forma ni buscaríamos hacerlo.

Ya la otra vez, cuando fingí romper el reloj que le heredó su abuelo, solo para ver su reacción, ya desde entonces supimos ambos que este día llegaría. Y en otra ocasión cuando me dio de aquellas pastillas que le envió el psiquiatra (cuanta ironía). Le dije que estaba muy ansiosa y deprimida por lo del aborto, que no podía dormir y me puse a llorar. Las lágrimas eso sí; eran sinceras, aunque no sé porque lloraba. Y todo como si no supiera lo de su medicamento. Y usted, estúpido amor mío, usted me pasó una tableta y un vaso lleno de todas sus repugnantes buenas intenciones.

Cuando el programa terminó, cambié a un canal sin transmisión y lentamente, frente a la tenue luz azul puse una a una las diez pastillas sobre mi palma. Que estallido de frustración, furia, dolor el suyo. Ese fue uno de los días que sentía estar cerca de conocerlo.

Para ese entonces usted recién había entrado al ejército y siempre estaba viendo el infinito. Pensando si alguna vez tendría que ir a la guerra. Temblando ante todos los escenarios que su imaginación paría. Y había momentos en que lo veía tan vulnerable. Y lo apoyaba y lo abrazaba, pero siempre consciente de que con un pequeño teatro, con una frase, con una idea más que agregara a su lista, usted hubiera quedado postrado meses en un dolor no etilizable. No tenía porqué. Pero estaba en mi cabeza en todas esas ocasiones...

Yo no creo en el bien y el mal. Pero pienso que hay personas buenas que hacen cosas malas. Muchísimas. Y estamos las otras que hacemos cosas digamos buenas. Pero no siempre lo somos.

O nunca lo hemos sido. En algunos casos cuesta más descubrirlo. Una misma puede pasar toda una vida sin saberlo.

O darse cuenta un día como hoy. Aunque como ya dije, yo no creo en eso...

Fue tan estúpido. Tan sencillo, sublime, cotidiano, inocente y estúpido. Habían pasado meses sin que la sacara de su funda. Y de un pronto a otro, desde el balcón se le ocurre que debe atinar a una botella que está en el patio. La saca sin pensarlo, la carga. Y se da cuenta de que botó en el movimiento una estúpida factura por un tequila de hace meses. ¿Por qué le pareció importante recogerla?

Más aún, ¿Por qué darme el arma para hacerlo? ¿Por seguridad acaso?

Si yo hubiera querido hacerlo le hubiera dado un tiro en la cabeza. Pero yo no quise. Solo fue como mi obsesión con los zancudos. Una reacción digamos instintiva. La bala abrió por su omoplato y destrozó su muslo. Yo no sé de armas, pero hubiera pensado que se iba a quedar bajo su hombro.

Y ahora ya no sé. Usted aquí, sin entender nada, llorándonos, desangrándonos ahí en el suelo. Hecho una desgracia.

Toda esta sangre. Y yo sin ideas. Sin saber qué hacer. Quisiera hacer algo, llamar una ambulancia, ayudarlo de alguna forma, rogar por su perdón, abrazarlo. Pero no puedo. Algo en mí no me deja moverme. Me mantiene, aturdida, estática, expectante, paciente. Hasta sorprendida, pero segura.

Asuntos de limpieza de un poltergeist habanero

Mi armario era pequeño y aún no tenía cama. Dejaba el colchón sobre el suelo de madera mohosa y le colocaba cinco o seis cobijas esperando que el frío no traspasara hasta mis siempre débiles pulmones.

Cuando me mudé a la Ciudad de México me sorprendió (y más que sorprenderme; me afectó) ese sol omnipresente, tan excesivo en luz y tan carente en calor. Había llegado con la poco original intención de comenzar una nueva vida.

Nunca antes había salido de mi pequeño pueblo. Ahí había crecido y me había casado con apenas veintidós años. Angélica tenía veinticinco, pero sus huesos no la dejaban aparentar siquiera la mayoría de edad. Estuvimos casados tres años. Ella quedó embarazada y murió luego del parto junto con la bebé, por algo relacionado a una bacteria en la sala médica. En realidad no quiero profundizar en eso. Solo me parece importante mencionar por qué salí. Claro que me encargué del funeral y de todos los trámites relacionados. Luego vendí el coche y los muebles (la casa nunca fue nuestra) y tomé un barco de Puerto Limón a Veracruz.

Ha de comprenderse que el dinero no era tanto y casi se extinguió cuando pagué el depósito de la cajita de fósforos que resultaba aquel apartamento, situado en un cuarto piso de escalada maratónica y sin más entradas de aire o de luz que una ventana corrediza en la única sala-habitación-comedor, una pequeña rejilla inalcanzable en la pared del baño digna de un calabozo y por supuesto la maltrecha puerta. Por esta razón cada una de las cosas que compraba, desde las sopas instantáneas hasta el papel de baño, implicaban una evaluación financiera previa y un ahorro bancario posterior.

Al poco tiempo, encontré dichosamente empleo como mesero en una cafetería, lo cual me despreocupaba de la compra de alguna ropa y algo más de comida. Se me ha de perdonar si me extendo en mis carencias, pero creo que también será importante recordar estas condiciones más adelante.

Aunque no adquirí la costumbre local de comer picante de forma masoquista, sí incorporé aquella de bañarme no todos los días, sino de acuerdo al dictamen del clima.

Fue así como, tras haber estrenado una barra de jabón de avena, regalo de mi madre al despedirse, y de usarla un par de veces después, un día de leve y breve calor al regreso del trabajo, lo descubriría con extrañeza: ¡el jabón había desaparecido!

Debo mencionar ahora que, pese a crecer entre historias de perros fantasma encadenados, de miembros corporales que mantienen su vida e independencia más allá de sus dueños, y de santos, y vírgenes que son la misma con diferentes colores y personalidades, nunca fui ni supersticioso ni creyente en nada. Además, la desaparición de un objeto cotidiano e irrelevante nunca ha sido para nadie motivo de grandes cuestionamientos existenciales.

Me lavé el cuerpo con lo que quedaba de la burbuja de shampoo y al día siguiente compré una nueva pastilla de jabón neutra, color blanco mármol. Pero la idea, la pregunta irresuelta se revolcaba en mi cabeza como una lombriz inquieta.

El jabón que estrenara esa noche, al día siguiente también se había esfumado. Me dediqué a pensarlo entonces.

¿Lo tiré al basurero por equivocación? No. Ya eran dos los casos y además yo estaba muy seguro de haberlos colocado en la jabonera. Tal vez se habían caído y se habían deshecho en el piso mojado. ¿Sin dejar rastro? Aun así, como ya he dicho; nadie en sus cabales se preocupa con un asunto de tan poca importancia, por lo que me satisface con esta primera explicación.

El tercer jabón desaparecido me empezó a desquiciar. Sin descartar mi teoría de la disolución acuática, empecé a idear otras. ¿Alguien entraba en mi apartamento? ¿A robarse un jabón? Ridículo. Además, tanto la ventana principal como la puerta permanecían siempre bajo llave.

Pensé en que el aire mismo los evaporara. En que por alguna razón estaban expuestos a un aire muy húmedo o caliente, que quizá saliera de la ducha y esto los desgastaba en un santiamén.

No era la explicación más fácil, pero solucionaba el elemento incómodo de la caída (¿de ya tres barras!) de una jabonera plástica con forma de canastilla, bastante segura en apariencia.

Claro que dudé de mí mismo. Quizá estaba empezando a hacer cosas sonámbulo o a perder la memoria. Al fin y al cabo mi abuela había padecido de Alzheimer por muchos años antes de morir, y yo nunca había tenido una gran capacidad nemotécnica. Pero de eso a esconderme tres jabones quién sabe dónde y sin tener espacios vacíos en mis recuerdos recientes. No me parecía una explicación satisfactoria. Otro detalle es que, por costumbre adquirida en matrimonio, nunca dejo una puerta abierta y en este caso, la puerta del baño siempre la encontraba de la misma forma. Incluso la cortina se mantenía cerrada. Si era sonámbulo; ¿tenía en sueños la delicadeza de robar mis propios jabones y de dejar intacta la escena del crimen?

Otra hipótesis empezó a tomar fuerza: Por la alta ventanilla entraba algún roedor, una ardilla quizá, y hurtaba las pastillas creyéndolas alimento.

Obsesionado con las desapariciones, y antes de comprar un nuevo producto de limpieza me subí en una silla a tapar con cartón la posible entrada de Rocky la ardilla cleptómana. La nueva barra de jabón la corté con un cubierto. La mitad la dejé sumergida en un plato con agua, para calcular el tiempo que duraba en deshacerse. La otra parte la coloqué en la jabonera y le puse la biblia de bolsillo (regalo de abuela) encima. Por un silogismo físico, no por protección sagrada. Luego, antes de acostarme amarré un cordoncillo de mi muñeca, a la esquina de la cobija.

Al día siguiente el cordón aún estaba bien atado y ambos jabones seguían ahí... Ni el subacuático había terminado de disolverse, ni el de la biblia había desaparecido.

Suspiré aliviado.

Pero luego me di cuenta de que esto no resolvía en nada mi situación, y no descartaba siquiera alguna de las teorías. Quizá la frustración que sentí entonces fue aún mayor. Tenía eso sí la demostración de que los jabones no podían haberse disuelto en

una noche, lo cual debilitaba en parte la primera teoría, puesto que tampoco podían atravesar enteros por la rejilla metálica porosa, salida subterránea única del cuarto de baño. A menos que hubiera alguna condición química que yo ignorara en el agua con la que me bañaba, en el suelo de losa o en el jabón con el que había realizado mi experimento. Por otra parte, la prueba del cordón tampoco era infalible: quizá sonámbulo resultaba yo tan lúcido como a esas horas de la mañana, y era así capaz de engañarme. Muy psicoanalítico tal vez, pero posibilidad al fin y al cabo. No eran momentos de descartar ninguna sin razón.

Creo que ese fue el último día que fui a trabajar. Mientras traía camino a casa una bolsa de harina y otros cuatro jabones, pensando en el fantasma de Canterville, me preguntaba de dónde había salido esa idea de que monstruos y espíritus sobrenaturales deben tener siempre los mismos intereses que los *homo sapiens* civiles y vivos: la sangre, la venganza, el olvido, la familia, la justicia, la ambición, la destrucción, el amor y el desamor... ¿No es posible que en su mundo sea más valioso un arbusto, una botella de vidrio vacía, una caja de lápices de color, un disco compacto... unas llaves? ¿Un jabón?

Dejé la mitad de pastilla de la noche anterior sin la cobertura bíblica. Rocíé un perímetro de dos metros alrededor de mi colchón con harina, haciendo montoncitos y asegurándome de gaslarla toda. Estaba orgulloso de mi idea: en caso de que me levantara no podría pasar sin dispersarla, no podría tampoco conseguir más harina a esas horas y gracias a las ranuras entre las tablas del suelo también resultaría prácticamente imposible volver a colocarla como estaba sin dejar rastros blancuzcos por doquier. Además, y para estar más seguros me pinté con carbón las palmas y los dedos de ambas manos.

Al día siguiente la harina estaba en su lugar. El jabón no.

En realidad era algo bueno. Una teoría menos por considerar.

El cartón seguía en la ventanilla, por lo cual tampoco Rocky podía ser culpable. Me sentía cada vez más cerca de mi respuesta. Para entonces, prácticamente había dejado de comer y me dedicaba

tan solo a repasar una y otra vez los hechos sometiéndolos a constantes pruebas de la razón. Me sentía frustrado, impotente, minúsculo. Pero no mal. Creo que tener un propósito hace que nos olvidemos de sentirnos mal.

Ese día tomé el último baño en el apartamento. Luego de bañarme me quedé con el jabón entre las manos, como una hostia sagrada, absorto en su rosadez por quién sabe cuánto tiempo.

Partí el anzuelo en dos y coloqué la mitad en la jabonera y la otra mitad sobre el armario, con lo cual esperaba descartar o confirmar parte de las teorías de “disolución acuática por variación química” y de “descomposición por calidez etérea”.

No sé porque esos días pasaban cada vez más rápido. Aun así, y a pesar de lo que pueda suponerse, mis recuerdos llegaban a ser incluso más claros que los de mi vida cotidiana. Normal. Insisto en que nunca hubo entonces un espacio vacío en mi memoria, ni periodos de confusión hipnótica.

Al día siguiente, ambas mitades del jabón habían desaparecido. Si estuve cerca en algún momento de perder la cordura, fue ese. La sorpresa, sumada al hambre y al mal sueño que tenía desde el inicio de aquellos extraños sucesos, me estaba llevando al límite de la desesperación.

Si era posible que se desvanecieran desde cualquier lugar de aquel apartamento;

¿Por qué no ocurría con los que no había desempacado aún?
¿Por qué no había desaparecido el que tenía en el agua en el experimento del plato? ¿Por qué el otro se había conservado intacto bajo la biblia de la abuela?

¿Algo con el aire general del apartamento que no afectaba al jabón bajo el agua? Quizá la biblia había protegido a aquel trozo de la exposición. Pero la jabonera era porosa. Y sobre el armario casi no podía entrar aire. No mucho más del que entraba por esos poros a aquella mitad de jabón que había sobrevivido una noche. No tenía sentido. Nada lo tenía...

Los últimos dos jabones los convertí en cuatro mitades. Esa fue la última vez que salí de mi casa. Salí a comprar una biblia a

la librería más cercana. Compré también otro plato hondo y una jabonera como la que ya tenía. Me llevé los pedazos en los bolsillos por temor a que se esfumaran en mi ausencia. Me encerré en el baño entonces. Dos mitades las coloqué sumergidas en distintos platos, uno de los cuales cubrí con una biblia. Otra pieza la puse en la nueva jabonera cubierta también con la protección divina. La última mitad solo la dejé en el contenedor de siempre.

Me senté allí a esperar. No sé cuánto tiempo. Horas, días. El teléfono sonó en la sala varias veces. Probablemente de la cafetería. Una pareja discutió en el pasillo. Algo se quebró en el tercer piso.

En algún momento decidí, dada la espera, que explorar la tubería era una buena forma de aprovechar el tiempo. Con una vara de metal y mis manos levanté la losa y en el transcurso de algunas horas destruí cerca de medio metro de alcantarilla vertical. No había allí tampoco ningún resto de detergente; ni trocitos, ni un exceso de burbujas en la superficie rugosa. Me volví a sentar, ignorando el hambre, sintiendo que me iba acostumbrando a ella. Ahuyentando un sueño que de cualquier manera no me acosaba. Manteniendo mi mirada en los jabones, alternando de una mitad a la otra; de la verde a la rosa, de nuevo a la verde, de nuevo a la rosa, de nuevo a la rosa, de nuevo a la rosa...

No sé en qué momento perdí el conocimiento. Tampoco me explico cómo o cuánto tiempo después me encontraron. Desperté en un cuarto esterilizado con olor a desinfectante y medicamentos. Algún tipo de clínica. Claro, entiendo que lo hayan interpretado así. Y la verdad he preferido no tratar de explicarles.

Aquí, aunque he visto a las personas de limpieza entrar y salir constantemente de los baños, el jabón solo lo he visto cuando las enfermeras están bañando en la tina a algún enajenado compañero. Nunca he querido preguntarles si lo colocan, o por qué no lo hacen. Prefiero creer la certeza de que no quieren gastar en nosotros.

Extrañamente, en el tiempo que llevo acá tampoco he escuchado a nadie más quejarse por falta de jabón. Aunque claro, esto está lleno de locos, cuya cabeza viaja por mundos desconocidos, oscuros y llenos de telarañas, donde la suciedad es lo de menos.

La esmeranza

Vos sabés, ese café hemos de tomarlo despuecito...

Hace pocos años, en mis primeras vidas, el Silencio, entre otras, me contó esta historia; la historia de Eduardo y Utopía...

Érase una vez que un niño llamado Eduardo vivía en un reino del sur. Muy cerca de su casa se encontraba el palacio real, donde vivía la princesa Utopía —hija de Justicia, el rey de aquellas tierras— y quien pese a las diferencias de clase, era su mejor amiga.

Un trágico día sin embargo, el reino fue invadido y el rey asesinado. La princesa fue capturada y la llevaron lejos. Cuando la arrasaban frente a Eduardo, se arrancó del cuello un pequeño objeto brillante y se lo lanzó a aquel, quién siguió cargando contra su pecho, encadenada, esa pequeña esmeranza.

Desde entonces, Eduardo se volvió un ermitaño en un constante letargo. Casi no salía del encierro de su casa, ni del cerco de su infranqueable alma.

Años después, mientras buscaba semillas en el camino, se acercó al lago, y allí vio por primera vez su reflejo. Como no se conocía, no se percató de quién era, y se puso a hablar consigo mismo.

—Andá decime algo... Contame ¿de dónde sos?

Pero nada. Su reflejo solo movía la boca sin emitir sonido alguno. Hasta que, sin saber muy bien por qué, Eduardo le dijo:

—Bueno, al menos salí de allí. Vamos a dar un paseo.

En ese momento, del agua salió un reflejo de su reflejo, en su transparencia tomó nueva forma y se colocó a su lado. Eduardo un poco extrañado ante las señas de la figura que le indicaban que lo siguiera, se adentró en el bosque.

Cuando el reflejo se detuvo en un claro del bosque, Eduardo vio con admiración un extraño animal alado que reposaba tranquilamente, quizá león, caballo o águila. Y ante la señal de su reflejo se acercó con cautela.

Aquel animal, desperezándose, levantó una pata y se presentó:

—Hola. Yo soy Seda, una memoria. ¿Vos?

Eduardo le extendió su mano y se presentó como un humanito.

Luego, Seda bajo su cabeza noblemente y Eduardo y su reflejo, subidos en su lomo, emprendieron el vuelo.

Mientras las calles se hacían chicas y veían nuevos paisajes, bosques y sembradíos, la memoria explicó, señalando los bloques grises que gruñían y los dedos de piedra que se elevaban al cielo tras una gigantesca fortaleza:

—Aquel de allá, es el castillo de los reyes

—¿El de los invasores?

—Efectivamente Eduardo suspiró.

—Seda, ¿acaso sabés algo de la princesa? —agregó luego. Memoria tristemente:

—Vive apenas. Encerrada en la torre del oeste, protegida para los reyes, por un gigante y fiero Orgullo...

Eduardo dijo entonces aferrado a su esmeranza ¿Te puedo pedir un favor, Memoria?

—¿Querés ir a verla?

No había terminado Eduardo de asentir cuando aquella memoria atravesaba rápidamente el espacio, surcando el aire y despreciando el tiempo. Hasta detenerse frente a la torre oscura que Eduardo ya había visto en sueños.

Tenés que entrar desde acá, dijo Seda y Eduardo se bajó, despidiéndose también de su reflejo.

Caminó y se encontró de frente con el terrible Orgullo. Eduardo, con temor, pero también con valentía, sacó de su bolsillo una onda. Notó que el suelo estaba lleno de relojes medio enterrados, y tomando uno lo lanzó al monstruo, con tal destreza que, golpeándolo entre los ojos, lo dejó profundamente dormido.

En aquella torre del oeste, iluminada por las luces púrpuras y naranja del atardecer, Eduardo encontró a su princesa, a su amiga; Utopía.

Se sonrieron, y Eduardo, la abrazó, aferrándose a ella como si soltarla fuera caer infinitamente en el vacío. Pero Utopía, le explicó que no podía ir con él por ahora.

—¿Por qué?

Ella no respondió. Pero el Silencio tenía la respuesta.

Utopía lo acompañó sin embargo hasta las afueras de la torre, donde el Orgullo seguía dormido. Lo besó en la mejilla y notando el brillo en su pecho, mientras sonreía, le afirmó aquella esmeranza que desde años atrás le dio a cuidar.

Cuidá siempre esto Eduardo, para que volvás a buscarme aunque se acabe el aire, para que no me olvidés, le dijo.

Él entró llorando y cantando en el bosque, con una mezcla amarga de calma y decepción y permaneció mucho tiempo allí perdido. Contó historias al viento, a los osos y a los conejos y escribió poemas en los árboles. Sin embargo, nunca dejó de pensar en su Utopía, de vivir por ella, siempre en compañía de la memoria, quién se acurrucaba con él en las sombras de la noche en medio de aquella jungla.

Finalmente un día, de nuevo frente a la laguna, Eduardo se despidió con suavidad de Seda, de su memoria, llamó a las puertas del agua y su reflejo volvió y lo llevó de la mano a las profundidades. A lo desconocido, donde el aire no es necesario para vivir.

- - -

Como era común en aquel tiempo yo no me creí esta historia.

Mas ahora que en la orilla del mar he encontrado una oxidada esmeranza, les cuento a ustedes, para que, si ven aquella Utopía, le dejen saber por favor, que Eduardo no murió, que descansa en el agua, que a veces le da por subir al cielo, pero que pronto, volverá a llover.

Cuento así este virulento cuento
Para que usted más rápido que lento
Se mueva con los vientos
No desperdicie su aliento
y me cuente unos doscientos...

Mención de Honor

Cristopher Reyes Loáiciga

La competencia

El sueño de las arenas

I

En el centro del cielo, aparentemente inmóvil, permanecía el sol. Hacia el oeste, proseguían las interminables dunas de fino cuarzo purpúreo. Miraj se reflejaba en el charquecillo que soltaba una roca y remojaba sus pies que había descubierto duros y agrietados. Repuso las garrafas, se lavó las manos y el cuerpo, humedeció sus vestidos y se sentó, a la espera de que las jaquecas de la sed se desvanecieran. Sin dejar de ver el agua, creyó que atisbaba una silueta que se acercaba, reflejada, pero lejana. Hubo una sensación como la que deja el viento del mar sobre las mejillas, el que viene acompañado por el sonido de palmas y olas; Miraj miró a su alrededor y vio que nada de eso había, y, con completa certeza, adivinó la identidad de aquel hombre que se acercaba, que sabía que era el imán que lo había aleccionado en su niñez sobre el Corán, al que sabía muerto, y ahora lo veía caminar, revelando que nada es seguro. Miraj, sin lucir impresionado o confundido, había sido incapaz de imaginar las huellas de aquel hombre, y su rostro, también difícil de reconstruir, lucía apenas entendible, más difuminado en el aire que el vapor invisible del charquecillo. Exhausto y lento, Miraj, sin saber por qué, llevó su mano a la cintura, palpó su tahalí y lo halló vacío. Al verse inerme, habló:

—¿Como luzco? —preguntó con voz cansina.

—Mal —contestó el imán.

—Pronto me recuperaré y seguiré. Ya lo sabe. Las fuerzas me sobran.

—¿Se da cuenta? ¿Se da cuenta que mientras descansa deben estar en camino?

—¿Cree que me buscan? Es imposible.

—¿No le importaría ver a una batería de hombres acercándose? Lo matarían si lo encuentran.

—No.

—¿O un tropel de dromedarios que ya se acerca? Yo los oigo.

—Yo apenas si lo oigo a usted.

—¿Y sus mujeres?

—¿Qué con ellas?

—¿Y sus hijos? ¿Y los maestros y sus alumnos?

—Allá han quedado, y yo aquí. Camino solo entre los alacranes y la arena.

—En la búsqueda de un lugar que no existe, de un pueblo falso. Una ciudad, dicen, invisible.

—Pero extensa, interminable como casi el mismo desierto. ¿Sabe usted que ellos no construyen catedrales, ni tampoco torres o mezcquitas? Solo plazas y habitaciones.

—Las cuales son más transparentes que el vidrio, ligeras como el viento. Inexistentes.

—Por el contrario. Es un mito que esa ciudad sea verdaderamente inmaterial o invisible...

—Es falsa, falsa. ¿Me oye?

—... Más bien es que sus paredes son del color de la arena violeta del cenit, y que en la noche cambian, y parecen ser del color níveo de los médanos que reflejan las estrellas. Es cierto que en sus paredes, tan sólidas y largas como las de nuestros muros, se observa al horizonte que las atraviesa de un extremo al otro. Es posible que desde un ángulo superior se pueda dar crédito de que sus techos son iguales que la arena, en textura, con sus sombras y sus destellos, hasta es creíble que se pueda ver a una falsa hierba crecer frágil en la aridez. Supongo, también, que desde adentro de una de sus habitaciones, esas mismas fachadas son a la inversa: es posible que sean del color del cielo, con nubes que pasan tan perdidas como yo lo he estado, casi reales pero palpables, lisas, al alcance de una mano que se estira hacia ellas y que resuenan como sólidos bloques de piedra al ser golpeadas con delicadeza.

—Ni tan siquiera usted puede sentir que lo que habla es cierto. Por favor, por favor, atienda a esto que le digo: regrese, regrese ya. Se han de estar preguntando por usted. Deben estar llorándolo.

—¿Importa? Que supongan que estoy muerto.

—Pero no lo está, aunque así lo parezca. Caminemos juntos de regreso.

—Ya he andado más de siete mil parasangas. Me debe quedar menos hacia adelante que de regreso.

—El mundo no es tan grande.

—Para mí lo es.

Miraj se remojó el rostro en el charquecillo. Se había quedado absorto mirando la arena. Se levantó y continuó caminando hacia el interminable oeste.

II

Miraj había soñado alguna vez con ese lugar. Se convenció lentamente de su existencia, cada día más seguro que el desierto resguardaba la ciudad que era del mismo color de lo que la rodea. Le había contado a uno de sus hijos, a su primogénito, acerca de ese lugar, de lo hermoso que sería localizarlo, acceder a él, a su maravillosa construcción que puede, supuso, solo sentirse con las manos, con el travieso palpar de los dedos que van descubriendo las texturas y los relieves de esos muros, de esas plazas y paredes angulares. Había imaginado la libertad de caminar tan lejos de la angustia de la compañía, solamente él y sus pies, y el aire que respiraba y las reseca piedrecitas diminutas que lo iban rozando. No previó, ilusamente, las dificultades.

Había sobrevivido ya a tres tormentas de arena. Estas ascendían, avanzaban por amplísimas distancias para luego disolverse en el cielo. La segunda lo había engullido por completo durante varios minutos. Lo más terrible de esos eventos era la forma en que provocaban la desorientación, como perdían al perdido, como confundían la memoria y barajaban los paisajes y los dibujaban de nuevo. Miraj se levantaba, tras sacudirse los vestidos, con los ojos irritados, las manos temblorosas y las direcciones difuminadas. Las huellas que lo precedían se habían diluido para perderse por siempre y el adelante y al atrás se mezclaban.

Miraj caminó por cinco días extraviado. Buscaba, en medio de la inmensa monocromía parda y violeta de las arenas, en medio de las columnas arremolinadas del horizonte y de las mesetas desnudas tomadas por hierbas crujientes, algún solitario árbol que sobresaliese a la distancia. Al encontrarlo le tomaría una larga rama y con ella construiría un bastón que mantuviese recto frente a él. Sabía que al caminar, cuando en medio de una aparente nada, la rama se detuviese en el aire como por un choque imprevisto, estaría ya frente a su ciudad soñada y luego pediría a sus habitantes por un cuartito humilde y conviviría con ellos, o al menos, buscaría entenderlos.

Las distancias ondeaban. Seguro que era por el calor, y un árbol, desde tan lejos, parecía más una sombra alargada, un manchón que se estaba borrando. Y hacia el norte, el horizonte se perdía por las nubes de arenas agitadas. “Una tormenta” pensó Miraj. Y se apresuró a avanzar hacia el árbol de la distancia para no perderlo; era largo, oscilaba, parecía moverse, seguramente por el viento que podía oír Miraj en cada dirección. Cuando estuvo más cerca pudo notar como avanzaba hacia él. La figura, apenas reconocible como un árbol, se acercaba. “Un soldado” pensó cuando pudo notar el avance del caballo y el jinete armado que lo montaba. Creyó ser visto, cuando vio al animal que cambiaba de dirección. Intentó esconderse entre las irregularidades de la tierra, entre las piedras secas, entre arbustos amarillos y mustios. Y se acurrucó, se ovilló, se hizo lo más pequeño que pudo. Sus manos temblaban.

—No puedo creerlo. Lo he encontrado —oyó Miraj y se echó a correr torpemente entre las rocas, entre suaves dunas púrpuras, creyendo que podría escapar de un jinete que lo seguía desde muy lejos.

Se inclinó sobre la arena y musitó:

—El mundo es muy grande, y yo tan pequeño. Me ha encontrado y es por mi mala suerte.

—Es una bendición —contestó el jinete que se bajaba de su caballo—. Aquí han muerto tantos hombres y por dicha lo he

podido encontrar —Miraj se fijó en las huellas que dejaba el caballo, y el rostro del hombre, tristemente, estaba completo.

—¿Ha venido por mí?

—Sí.

—¿Entonces me conoce?

—Por supuesto.

—¿Quién lo envía?

—Su hijo.

—Entonces váyase. Dígale que lo ordeno desistir o que ya me he perdido aquí, cualquier mentira será buena.

—No puedo hacerlo. Mire, está cansado, tome —el jinete aproximó una cantimplora a la boca de Miraj.

—No. Yo estoy bien así.

—Tiene que beber algo, la sed mata.

—Yo tengo mi propia agua. Aquí, aquí —dijo Miraj tocando sus garrafas.

—Bueno, bueno. Lo cierto es que no esperaba hallarlo. Pero aquí estamos. Su familia se alegrará cuando lo vean que está vivo. Podrá contarles como ha sobrevivido tantos días en este lugar.

—Nada hay que decir. Yo no volveré. Ah... ¿Le pagan? ¿Le pagan por buscarme? ¿Cuánto? ¿Cuánto le dan? Yo le daré el doble. Vaya, dígales que me encontró, le daré uno de mis anillos para que le crean y les dirá que le den el doble porque soy yo el que le estoy pagando. Es muy simple lo que debe hacer. No, mejor aún. Le propongo algo mucho más fácil: Ayúdeme a encontrar una rama, lo que sea para hacer un bastón. Es muy simple, muy simple.

—¿Para que la necesita?

—Para sentir cuando toque un muro. Se oirá igual que cuando encuentra una piedra pero sin que parezca que haya algo adelante.

—Ah. Así que es cierto. No es obra del calor. Vamos. Suba al caballo, si necesita mi ayuda yo se la daré.

—¿No me ha escuchado? Le pagaré y solo debe encontrar una rama para mí.

El jinete observó por un rato hacia la distancia.

—Vamos —dijo— ya se acerca una tormenta. Suba rápido y deje de hablar. Ya su hijo me había hablado de estas cosas, de sus cosas. Por favor, no lo haga más complicado.

—¿Qué le dijo? ¿Le dijo algo de mí?

—Me lo dijo todo de usted. Asumo que para no asustarme si lo encontraba. Ahora mire, seguramente usted me arrastra con sus cosas, que preocupante ¿no? En todo este viaje he estado pensando, pues la soledad de este lugar me lo permite. Me narró su hijo de lo que usted hablaba. De que espera encontrarla solamente por el tacto. ¿No es así? Yo a usted me lo ha confirmado aquí mismo. Lo dice porque asegura que ni la vista ni el oído, supongo que tampoco el gusto, pueden llegar percibir ni a los muros ni a los habitantes de esa ciudad. ¿Me equivoco? No, no lo hago. Pero he aquí lo que he pensado ya: si estos genios constructores han tenido la habilidad para ocultarse de todos los sentidos, ¿por qué han de dejar que los palpen? De esta forma la arena, al ser movida por el viento, se estaría acumulando entre los rincones de sus paredes, en los ángulos que forman con el suelo, las imperfecciones irían guardando granos de arena, sus techos incluso servirían como base para pequeños montículos. Se harían detectables a la vista, podríamos localizar a una lagartija que escala en medio del aire, ascendiendo sobre una superficie recta y descubriendo la posición de esa ciudad. También un ave torpe volaría bajo y chocaría irremediablemente, haría un sonido terrible, mucho mayor al del viento que resonase al cruzar entre las plazas y las ventanas. ¿Entiende lo que digo?

—Lo entiendo, lo entiendo.

—Ya ve. Si esa ciudad existiese tal como usted lo dice, si se podría ver, se podría también escuchar, se le podría notar desde la distancia. Ahora vamos.

—Lo que eso significa —dijo Miraj sonriendo— es que tampoco puede ser revelada por medio de las manos, ni aunque se le acariciase con suavidad. Han de ser los mayores de los sabios esos constructores para ocultarse de todo sentido.

Ambos fueron envueltos por la arena. El jinete intentaba que no se desbocara su caballo y Miraj corrió, avanzó ciegamente tan

rápido como pudo, tan velozmente como sus piernas se lo permitieron, llegaría tan lejos como pudiese del jinete, de su caballo, del pueblo ya tan distante, sin agua para beber, y tan cerca de la ciudad que buscaba, del cuartito que le darían, localizado entre una plantita de diminutas flores y un camino llano de arenas donde seguramente se hallaban las plazas. Ya entendía Miraj porque aquella ciudad no podía tener ni torres, ni las grandes mezquitas. Era imposible subir por escaleras que no pueden sentirse, que no pueden ser tocadas por los pies. Sabiamente, sus constructores mantuvieron el lugar a un solo nivel; y sin la preocupación de alcanzar algún límite, porque el mundo no solo era muy grande, sino que también ni las cordilleras ni los cerros ni los alcores ni los océanos ni las dunas ni los valles, podían significar una frontera para ellos, construyeron horizontalmente.

Cuando la arena se había calmado, cuando pudo abrir los ojos y sin ningún jinete a la vista, Miraj se sentó. Estaba, se dijo, en medio de una de las calles principales de la ciudad. Frente a él pasaban, supuso, varios carruajes y niñitos que crecerían para ser sabios, llevados de la mano de sus madres, también sabias. Recordó que había rechazado el agua que le ofreció el jinete cuando sintió liviana y vacía su garrafa, y ya tan lejos del oasis se sintió, por un momento, angustiado; pero se tranquilizó al poco tiempo, porque sabía que los sabios constructores de esa ciudad, que se extendía por todo el desierto, no lo dejarían morir.

Y hubo hombres que buscaron refugio entre los genios,
y solo les sumaron agobio.
El Corán, 72, 6.

La competencia

*Cae un pájaro, la yerba
Ensombrece, los confines
Se borran, la cal es negra,
El mundo es menos creíble.
Octavio Paz, Un anochecer.*

I

Alberto Luquez a los cinco años, por un capricho de la infancia, por un arrebato de juego o porque el niño de al lado había llorado por quince minutos, se acercó a su madre y le dijo que él nunca tendría hijos. Alberto Luquez a los cincuenta y tres años, tras diez horas de enseñar francés en un liceo, llegó por la tarde a su casa, cansado. Que no quería tener hijos, le dijo a su madre, a la de entonces, que había tomado esa decisión porque los niños son molestos, que desesperan, en especial los niños pequeños, no los niños como él que ya se saben comportar, sino los verdaderamente pequeños, los que solo lloran y balbucean. Cansadamente dejó caer su maletín y le anunció a su madre que había llegado; la llamó — no contestó— y, aprendido por una sospecha o un presentimiento que no se equivocaba, avanzó hasta la habitación que se hallaba al fondo de la casa. Que no quería niños como esos, solo los que se comportan como se debe y su madre asintió y dijo entender y, al verla aproximando su mano para acariciarle el cabello, Alberto corrió hacia el patio donde lo esperaba su primo Marcelo y jugaron hasta el atardecer. Su madre, la de ahora, estaba acostada en la cama, Alberto le vio que tenía los ojos bien abiertos, con la indolencia de los muertos, apuntados hacia la ventana y la luz, que se partía en cuadros al atravesar la reja, caía sobre su haz arrugada. Ahinojado, se inclinó sobre un sillón y lloró.

Al rato, ya menos alterado, pudo sentarse. Tomó el teléfono que estaba al lado en el mueble de la biblioteca. Ahí reposaban una copia de *El Extranjero*, que leyó de joven y nunca entendió; una

antología de poesía francesa con la que quiso aprender francés y el segundo tomo de la obra monumental de Proust, que muchas veces quiso leer y que sin excepción abandonaba. Había, junto a los libros, animalitos de porcelana, fotografías enmarcadas y tazones, que alguna vez contuvieron plantitas de menta, y ahora tenían orquídeas de alambre y plástico. Durante toda la noche se quedó sentado, con el teléfono en la mano, y mientras hacía cada llamada, sollozando, miraba esos objetos con horrible melancolía.

Durante la vela, que avanzaba lenta e incómoda, Alberto caminaba por la casa ofreciendo papelitos con oraciones o platos con comida a los invitados. En un sofá había un grupo de ancianas que lloraban y que habían conocido a la señora desde hacía años. Había compañeros del trabajo, todos profesores, y los miembros de la familia, que habían llegado tarde porque vivían en el lejano y reseco norte del país, se lamentaban o permanecían quietos, contemplando el evento. Los últimos en llegar fueron el primo Marcelo y su esposa, acompañados por dos de los tres hijos: uno de veinticuatro, la otra, de dieciséis. El mayor, que hacía poco se había casado, no pudo llegar.

Cuando terminaron de comer y rezar, Alberto tomó al primo Marcelo y lo llevó a su habitación. Cerró la puerta y, dejando escapar un chillido, se dejó caer sobre él, llorando.

—Ahora estoy solo —dijo Alberto gorjeando—. Lo he perdido todo.

Tardó un rato en serenarse. Por fin, Alberto, enjugándose bajo los ojos y con las mejillas coloradas, pudo hablar y pidió al primo Marcelo un paquete de cigarros.

—Pero creo que no se vería bien —agregó.

El primo Marcelo salió, y, poco rato después, regresó con un paquete.

Abrieron las ventanas y encendieron cada uno un cigarro.

—Lo que más me duele —dijo Alberto— es que no estaba con ella.

Ambos estaban junto a la ventana. El primo Marcelo colocó el brazo sobre los hombros de Alberto.

—Va a estar bien —dijo el primo Marcelo—. Óigame, yo era el que lloraba de pequeño cuando resbalaba. Usted era el que me decía: “No llore, no llore. Vamos, levántese”. ¿Recuerda? Cuando corríamos y jugábamos, entre unas cercas, que había un palo en el que yo me escondía detrás y usted llegaba, porque siempre sabía dónde estaba yo, y me sorprendía.

—Sí, lo recuerdo. ¿Aún está?

—¿Qué?

—El árbol.

—No. Lo cortaron. Estaba seco seco. Hasta las ramas se le quebraban. Un peligro. Y le llegaban unos pájaros grandísimos que molestaban a los perros y que se llevaban la ropa que colgábamos. Me decía mi esposa: “Vea, ¿ve que feos? No me dejan tranquila”. Lo mandé a cortar. Debería ir para que los vea. Enormes, de verdad. Se me ocurre una cosa.

—Aja, ¿qué cosa?

—Que venga y nos visite.

—Que vaya... No podría. El calor...

—Eso no importa. Aquí está muy solo. Yo nunca estoy solo, estoy con mi esposa, mis hijos, hasta el mayor me llama todo el tiempo. Venga con nosotros. La pasará bien. Hasta la casa está bonita. Lorena se la tiene bien cuidada, bien limpia y ordenada. Ella se queda en el cuarto grande, pero si usted lo quiere, se lo digo. Se pueden cambiar.

Alberto haló lentamente del cigarro.

—No, si voy, que se quede así. No importa.

Hablaban de la casa en la que Alberto había vivido de niño antes de mudarse a la capital. Una casa rodeada por cercas de amapolas rojas, de paredes de madera, alguna vez pintadas de azul, que Alberto hace tanto no había visitado —que por herencia era de él— y que el primo Marcelo y su familia cuidaban (ahora habitada por Lorena, la hija del primo Marcelo, que al llegar a los quince pidió, imploró, que se le permitiese vivir ahí sola y que su padre aceptó diciéndole que la mantuviera limpia y protegida).

En enero, pasados dos meses, después de haber considerado largamente ese viaje, pensando en cuanto le molestaba pasarse horas sentado en el autobús, la necesidad de bañarse dos o tres veces a causa del calor, el aroma que a veces proviene del mar —que recuerda que allí hay animales— y la lentitud con la que los días transcurren en esos lugares, Alberto, una mañana, se levantó decidido a ir. Había estado durmiendo desde la tarde anterior, el cuello le dolía. Apresurado, para salir antes de arrepentirse, alistó el equipaje. Sin querer pensarlo, compró el boleto del autobús y se fue. Ya sentado, supo que quería devolverse y el camino le pareció tan largo, tan aburrido que por ratos se dormía. Sentía que la cabeza se le venía al suelo, despertaba como asustado y miraba por la ventana. Las calles que vio le parecieron tan ajadas, los árboles tan secos y el calor tan repugnante que sintió que quería correr, dar la vuelta y regresar.

Llegó a las dos de la tarde. Había un grupo de jóvenes sin camisa, sentados bajo el techo de la parada de autobuses. Uno lo saludó con un movimiento de cabeza. Alberto lo ignoró desviando la vista y miró hacia lo largo de la calle, en busca de su casa, y vio el aire que se mecía caliente en lontananza. Cerró los ojos irritados cuando pasó la mirada sobre el resplandor del sol reflejado en los vidrios de un auto. Avanzó y al ver la casa sintió una melancolía que le giró en el pecho y en los labios. Se acercó al seto de amapolas, que apenas si retenían algunas hojas, y con los dedos quebró una rama. Recordó cuando arrancaba pedacitos del seto y los metía en el suelo e imaginaba que eran arboles diminutos, y que luego cogía los pétalos y los dejaba caer, diciendo que era como el otoño que vio en una revista. De la calle a la entrada, había que pasar por un caminito de adoquines, ahora reemplazado por un trecho de gris pavimento. Ya no quedaba lo azul de las paredes, y al entrar —la puerta estaba abierta—, vio que no quedaba el teselado de rayas ortogonales que alguna vez cubrió los pisos y que de niño tanto disfrutaba. Caminó por la sala, saludó y llamó. No parecía haber nadie. Encontró la cocina vacía y la puerta del baño cerrada; sonaba del otro lado el caer del agua de una ducha. Se dirigió a la habitación pequeña,

pero la encontró ocupada. Caminó a la habitación grande, y ahí estaba una cama desarreglada y los muebles vacíos. Dejó la maleta y se fue hacia el patio donde tantas veces había jugado con el primo Marcelo, mientras, su madre y su tía, sentadas a la mesa, hablaban por horas; y recordó que ellos se aprovechaban para escabullirse y que sacaban de una canasta unas naranjas que se metían bajo la camisa y se las comían, escondidos, riendo, como cómplices y autores de una terrible maldad.

Alberto ya sacaba del bolsillo un cigarro, al intentar abrir la puerta que conectaba al patio y a la cocina. Estaba cerrada. Miró hacia una pared y vio un agujero donde alguna vez estuvo un clavo del que colgaban las llaves. Salió por la puerta de adelante y rodeó la casa; el patio seguía igual, ahora solo estaba un poco más seco, era la época del año. Solo había una esquina donde el suelo estaba húmedo y cubierto de verde porque estaba junto a una pared, de donde salía un tubo que aún cerrado goteaba. Y vio Alberto, con una impresión que sintió lo golpease, en medio de ese parche verdecido, a un animal que se quedaba erguido y estático sobre sus patas zancudas. Sin encender aún el cigarro y sin perder el miedo que deja la sorpresa, Alberto agitó las manos para azuzarlo y, tras extender las alas largas, haciendo un ruido de chocar las maxilas de su pico negro, el animal se desprendió del suelo y se alejó unos pasos y se quedó por ahí apuntando un solo ojo hacia Alberto.

Intentó fumar, pero la intranquilidad no lo dejó. Volvió a la casa. En el pasillo que llevaba al baño, pasaba Lorena. Lorena era pequeña, de cejas espesas, con la nariz y la frente brillantes de grasa, bellos ojos negros y un amplio y rojo labio superior, llevaba en las orejas grandes aretes redondos. Tenía la cabeza envuelta en un paño. Ella saludó.

—Había un pájaro —dijo Alberto.

—¿A dónde? —dijo Lorena— ¿Atrás? No les haga caso. Llegan a tomar agua del tubo. Ya le he puesto un taponcito, pero, o se cae, o ellos se lo arrancan. Olvídelo, solo no los moleste. Por cierto, mi papá me dijo que para usted era el cuarto grande, ya se lo desocupé.

Alberto agradeció y se fue a la habitación. Con el equipaje a medio sacar, durmió.

En los primeros días que estuvo en esa casa (que la parecía tan pequeña, como si se hubiese reducido) el apetito lo abandonó. Lorena solía cocinar, a veces el aroma que se desprendía del sartén era suficiente para despertar a Alberto. Por un momento, al despertar, sentía que aún estaba en su casa o que su madre cocinaba pero la ilusión se disipaba con rapidez. Lorena, al hablar (ya sentados a la mesa, con el humo elevándose frente a sus caras), hasta lo hacía con emoción —dejaba ver que aún era una niña— y Alberto, con torpeza, emulaba una sonrisa al oírla. Vanamente, Lorena intentaba mantener una conversación: Una vez llegó a confesar que amaba el francés que le enseñaban en el colegio.

—Ir a Francia —dijo Lorena—, a París, es mi sueño. Je le aimé, je aimé France.

—Je l'aime, et j'aime la France.

—Ah...

Después no se decían más y Alberto comía lentamente y, sin terminar, se levantaba, lavaba el plato y se tiraba en la cama.

Una tarde Alberto se levantó y se paseó por la casa en silencio. Tras haber examinado la sala, se puso a mirar las paredes. Le parecieron tan austeras y tuvo la sensación de que algo les faltaba. Luego lo recordó. Al ver a Lorena, la llamó y le mencionó, intentando disimular una incomodidad, la ausencia de unos cuadros que antes colgaban en la sala, que eran de lapas y tucanes entre hojas de plátano.

—A mi mamá le gustaban —dijo.

Lorena, tras hacer memoria, admitió que los recordaba. Desconocía, sin embargo, donde estaban.

Cuando llegaba la noche, Alberto miraba la televisión. Oía a Lorena que se preparaba, que se cambiaba de ropa y se maquillaba y al rato se despedía y él, sin prestarle mucha atención, le pedía que cerrara la puerta al salir. Si en las tardes le era fácil dejarse caer en la cama y dormir, durante las noches más bien sufría de fastidiosas horas de insomnio. Se levantaba varias veces, creyendo oír pasos

que pensaba eran de Lorena que había vuelto, y que luego atribuía al viento, a un gato o a la imaginación. Le molestaban las cobijas, que se quitaba, y que cuando volvía a estar incómodo se las tiraba encima de nuevo. Le distraía el sonido del girar de los abanicos, el recuerdo del pájaro en el patio, el vibrar de los grillos, la piel que se humedecía con el sudor... En la segunda de las noches oyó los pasos, creyó imaginarlos, los volvió a oír, no era Lorena, los oyó de nuevo. Al asomar la mirada por la ventana, comprobó la presencia de cuerpos delgados y negros que caminaban con amplias zancadas, turnándose los ratos junto al tubo. Golpeó el vidrio repetidas veces. Algunos voltearon el cuello, como por un reflejo, otros lo ignoraron y solo uno hizo el amago de volar. Alberto volvió a la cama. Durante un rato no dejó de prestar atención al sonido de los picos que chocaban y de las alas cuando se agitaban al aterrizar o cuando las desplegaban sin razón alguna, como para mostrarlas o porque se les entumecían. En cierto momento alcanzó a ignorarlos y durmió intranquilo.

En las mañanas, aún cansado, aún lento y aún sin hambre, pensaba en visitar la playa. La primera vez salió al jardín de la casa y al recibir el sol sobre la frente se devolvió. Otra vez Lorena le dijo que fueran juntos y arguyó que no podía porque sufría de un terrible dolor de cabeza. Un día, en que Lorena había salido (salió con rapidez, sin despedirse, Alberto oyó la puerta de un carro, voces y el sonido de un motor al alejarse), se convenció de ir.

Era temprano cuando comenzó a caminar. Alberto vio con sorpresa que en las casas que quedaban cerca de la playa, en las palmeras que crecían junto a la calle y entre los jardines, esperaban los enormes pájaros, vio que algunas veces descendían hasta el suelo y se paseaban agrupados de un lado al otro. Tras una valla alta, un perro miraba abatido como tres de ellos, altos y negros, metían su pico en el tazón del agua. Las copas de los árboles se llenaban de montones de paja, tiritas desgarradas de tela de colores y ramitas quebradas de donde salían las cabezas de los feos polluelos. En una tienda, había colgados paños en una cuerda y estaban quietos, porque no había viento. Eran de colores, con mujeres acostadas, otros

con burbujas en un mar celeste, heliconias rojas y una catarata, flores y un atardecer de líneas anaranjadas y negras... Alberto compró uno. En la playa, estaban grabadas interminables filas de huellas delgadas de tres dedos y franjas de plásticos de colores y conchitas quebradas que marcaban la marea de la noche. Los pájaros avanzaban, bajando desde los montoncillos de arena donde crecían ensortijadas hierbas y arbustos hasta donde las olas reventaban. Alberto vio el agua y después al cielo. Oyó un gemido. Una gaviota luchaba inútilmente contra uno de los pájaros que le arrebatava un pescado del pico. Hacía un buen clima y aún era temprano, y como no había ninguna otra persona, Alberto decidió ignorar a los animales. Los dejaría hacer sus cosas, pensó; ellos por allá, él por ahí, y se tiró sobre el paño, con el torso desnudo, en medio de la arena caliente.

Un poco después sintió que el labio le temblaba y quiso dormirse, los ojos los tenía hinchados y las mejillas coloradas, quiso dormirse, y apretó la arena entre sus dedos. Recordó la sensación de cuando hacía castillos, que con el dedo les hacía agujeros que, decía, eran las ventanas, hasta que llegaba el agua y las borraba y corría donde lo esperaba su mamá y los pies se le quemaban. Frotó la arena caliente entre los dedos y sintió que algo lo halaba. Al levantarse, vio junto a él patas escamosas y delgadas como varillitas, y a un pájaro enorme e impertinente que picoteaba la camisa que se había quitado y que estaba bajo su cuerpo. Fastidiado, Alberto se levantó y con violencia blandió un palo que estaba por ahí, semienterrado en la arena, y lanzó golpes sobre el cuerpo y las alas de uno de los pájaros. Hubo una agitación. Volaron plumas blancas y negras. El pájaro, golpeado, aleteó por algunos metros y se echó a andar por la arena hasta que colapsó, inmóvil. Como los otros pájaros permanecieron indiferentes, y como los árboles que el agua salada había secado estaban cada vez más poblados y cada vez más pájaros abarrotaban la orilla, donde retozaban en medio de la espuma, Alberto decidió irse.

La mano le temblaba y sentía frío en la espalda. Cerca de un parqucito, había un quiosco y un policía sentado. Alberto, limpiándose el sudor que le bajaba por un lado del rostro, se acercó.

—Unos muchachos le hicieron daño a uno de esos —mintió Alberto y señaló hacia arriba, hacia el techo del quiosco.

El policía alzó por un momento la mirada y vio uno de los pájaros.

—¿Dónde?

—Allá, allá, en la playa.

—¿Siguen ahí?

—Sí. No, ahí estaban pero ya no. Se fueron corriendo cuando los vi.

—Entonces no hay nada que hacer. Si los veo, pregunto —dijo el policía.

Alberto agradeció y se fue.

De camino a la casa, cerca de mediodía, compró naranjas a un hombre que pasaba con un carrito viejo de supermercado. En la parada de autobuses, cuatro jóvenes estaban sentados junto a una camioneta, un par de ellos se tendían sobre el suelo, frotándose bolsas de hielo sobre los brazos y el pecho. Lorena estaba con ellos. Alberto se acercó.

—Traje naranjas. Haré fresco. ¿Va a querer? Lorena asintió.

—¿Para ellos también? —preguntó Alberto. Los muchachos sonrieron.

—Compañeros del colegio —dijo Lorena.

Alberto se fue a hacer el fresco, minutos después regresó con una bandeja y vasos llenos de fresco. Los muchachos, apenas moviéndose, estiraron cansadamente los brazos para recibir los vasos y agradecieron. Alberto se dejó dos naranjas enteras que luego se comió en el sofá antes de dejarse caer en la cama, que encontró desordenaba, y durmió hasta la mañana.

Visitó al primo Marcelo el día que siguió. Hacía calor. El primo Marcelo estaba cortando una mesa cuadrada.

—Será redonda cuando acabe —dijo el primo Marcelo—. Mi esposa la quiere así. Óigame lo que me dijo: “Ahora se usan así. Lo vi en la televisión. Yo quiero una igual”. ¿Qué tal? Pero se ven bonitas, yo lo he visto.

Alberto lo miraba trabajar con la sierra.

—Tuve una idea —dijo Alberto—. Un juego entre usted y yo.

—Sí.

—Sí. Un juego. Por ahí usted tiene un arma, ¿no?

—Viejísima.

—¿Y sirve?

—¿A quién quiere matar?

—A nadie. Es para jugar.

—No sé si sirve.

—Vea, búsquela. La cargamos y nos vamos a tirar por ahí, en algún campo.

Cada uno se lleva un saco. El que lo llene más, gana.

—Nunca. Después se asusta la gente y nos llevan.

—No. Le aseguro que no.

—Yo se lo traigo, pero vaya usted, yo estoy ocupado. Si veo que no se lo llevan puede que entre al juego. ¿Le parece?

El primo Marcelo trajo el rifle. Se lo entregó a Alberto, que lo examinaba emocionado, se cargaba como un revólver, y Marcelo repetía que tuviese cuidado. Alberto insistió por una caja de municiones y después de que Marcelo se la entregó, Alberto, tras prometer tener cuidado, se fue y caminó hasta unos arrozales viejos donde la tierra estaba abierta en cuadros y se mecían las hierbas tostadas por el sol y aterrizaban los pájaros, y caminaban juntos, estirando los cuellos sobre la hierba. Alberto se subió a una piedra. Se acomodó y sujetó el rifle con fuerza, apuntó y disparó. Algunos pájaros volaron. En el aire se veían tan delgados, con las patas tiradas hacia atrás y el cuello recto con el pico apuntando como una flecha. Se sentó a esperar. Los pájaros volvieron. Esperó a que estuviesen quietos. Al rato parecían hitos de roca ondeando en el calor. Se acercó. Volvió a disparar y uno se quedó en el suelo, herido, los otros volaron y Alberto corrió entre el pasto para recogerlo.

Estaba tan feliz. Llevaba aquel saco sobre el hombro, el rifle en la otra mano. A los pájaros de los árboles los veía con una sonrisa. Se volvió a encontrar con el vendedor de naranjas y compró unas cuantas. Entró a la casa —la puerta estaba abierta— y no parecía haber nadie. Dejó el saco y las naranjas en la sala, el rifle inclinado

sobre una pared. La puerta del baño estaba abierta. La de su cuarto estaba cerrada. La abrió, después la cerró. Se fue a la sala y miró el saco y después vio las naranjas y caminó de vuelta al pasillo, con el rifle en la mano. Con fuerza, abrió la puerta y Lorena, sentada en la orilla de la cama, lloraba.

—Sálgase ya. Ya mismo —dijo Alberto. Lorena lloraba.

—Le dije que...

—Ya, tranquilo – gritó el muchacho. Alberto agitaba el arma.

—No. No, déjelo. Déjelo – gritó Lorena, que tenía la cara roja y apretada entre las manos.

El muchacho tomó a Alberto de las muñecas.

—Que se vaya le estoy diciendo.

—Ya. Déjeme, ya me voy.

El muchacho cayó al suelo y Lorena lloraba.

—Déjelo. Déjelo, que lo va a matar.

—Le estoy diciendo que...

—Déjelo ir, déjelo ir.

El muchacho se arrastró y corrió. Alberto lo siguió, con las manos aferradas a la culata y al cañón, lo vio correr por la calle y cerró la puerta. Volvió a la habitación.

Lorena lloraba, tirada en el suelo, inclinada contra la orilla de la cama, con las manos sobre la cara y agitándola.

—Le diré a Marcelo.

—No. Por favor no. No lo haga. No le diga. Por favor.

—Espere a que le diga. Espérela.

Alberto cerró la puerta y se fue a la sala, dejó el rifle en el sofá, se enjuagó el rostro y con un cuchillo tajó la corteza de una naranja.

II

Había llegado marzo. Alberto se limpiaba el cuello con un pañuelo mientras soltaba humo por la nariz. Desde la ventana, Lorena lo miraba a través de un espacio entre las cortinas.

—Mejor nos quedamos aquí —dijo Marcelo.

—¿Porqué? ¿Esto? —dijo Alberto levantando el maletín. Marcelo negó con un movimiento de cabeza y miró hacia la casa, Alberto miró también—. Ah, ya... —dijo—. Sí, es mejor. Bueno, mejor aprovechemos que estamos afuera. Ayer estuve en un lugar en el que, le juro, no hay nadie.

—No, de verdad que no puedo. ¿No le dan lástima?

—Es solo un juego.

En la expresión de Marcelo se dejó ver el disgusto. Con lentitud colocó un brazo sobre Alberto y le comenzó a decir que el día anterior, durante la tarde, cerca de la una, había recibido una llamada. Provenía del colegio en el que enseñaba Alberto, ya era la tercera esa semana. Preguntaban si Alberto estaba bien, si se hallaba allí, si había salido de viaje, si estaba enfermo o se mantenía comunicado con ellos, que en la casa no contestaba, que cómo podían localizarlo... Marcelo, alertado previamente por Alberto, vacilando, decía que no sabía nada.

—No me gusta mentir —dijo—. Yo de estas cosas no sé, es mejor seguir, hay que continuar, ¿si me entiende? Y yo ya no sé qué decirles...

—No les diga nada —dijo Alberto que se quitó la mano de encima—. Que me reemplacen. Yo creo que para eso llaman. Es mejor no contestar y ya. No les diga nada.

—No les dije, pero si vuelven a llamar...

—Nada. Toma el teléfono y dice que no sabe nada, o lo cuelga, o dice que no me ha visto o solo no contesta. Pero, volvamos a lo otro —Alberto levantó el brazo y miró hacia abajo, desviando la vista de Marcelo hacia el maletín— ¿En definitiva es un no?

—Un no.

Alberto vio hacia la casa y después hacia la calle.

—Está bien. Después hablamos. Ya me voy, Marcelo.

—Mejor desocupe eso y me lo devuelve —dijo Marcelo señalando el maletín.

—Adiós Marcelo, quizás vuelva por la tarde.

—Cuídese.

Alberto avanzó por la orilla de la calle, con un saco vacío por encima del hombro y en la mano un maletín de tela donde llevaba el arma. Arrastraba los pies y pateaba los montones de hojas secas que se acumulaban en el suelo. Saltó torpemente una zanja que estaba a la orilla del camino, pasó por debajo de una valla de alambres viejos, se abrió paso entre la maleza seca y, bajo la sombra de un edificio no acabado, esperó. Miraba hacia una piscina vacía, en la que se acumulaba el agua de lo poco que llovía y que al mediodía terminaba de evaporarse y los pájaros llegaban, desde temprano, y se mojaban las plumas y se paseaban o se quedaban allí parados sin hacer nada más que mirar al agua, mientras, sobre sus caras, caía el reflejo del sol, moviéndose y emulando olas doradas.

Alberto caminó de vuelta (cansado, con la espalda adolorida y la piel ardiendo del calor; zaherido por los pájaros ignorantes y estúpidos a los que no podía dispararles porque siempre fallaba por el temblor de la mano y el cuerpo). Caminaba lento, con la cara roja y los ojos hinchados, viendo a los carros que pasaban y que dejaban una suave brisa tras de sí y haciendo a las hojas levantarse y al polvo meterse entre los ojos. En las casas, la gente se mecía en hamacas y los perros dormitaban en el interior de sus casitas. Un niño flaco y sin camisa, con los dedos entre los alambres de una valla, miraba a Alberto. En una esquina, tres muchachos descansaban, con sus cuerpos apoyados en el costado de una camioneta. Uno de ellos, que se levantó y se acercaba, tenía dos bolsas de hielo atadas por un hilo y las dejaba colgar desde el cuello, y caían sobre el pecho, por el que bajaban caminitos de agua y sudor.

—No quiero problemas —dijo Alberto.

—Todo está bien. Ya solo me duele un poco si apretó aquí – dijo tocándose la cabeza.

—Usted entiende que...

—Sí, yo entiendo.

—Yo no podía haber hecho otra cosa, y no sabía lo que estaba haciendo.

—Sí, sí. Yo entiendo. Don Alberto ¿verdad?

—¿Usted?

—Adrián.

—Mucho gusto. Los dos con A.

—¿Y ese saco?

—Para nada.

—¿Nada?

—Solo un saco.

—Mentira. De verdad, no me venga a mentir. Le diré una cosa: Yo ayer lo vi, ¿sabía? Pero, le diré otra cosa: a mí también me molestan los pájaros esos, así que estamos del mismo lado. En realidad, a todos les molesta, ¿sabía eso? Si la gente no lo acepta es porque no lo quieren decir o no lo saben todavía. Pero esa es la diferencia, don Alberto, yo si lo sé, por eso quiero acompañarlo.

—Hoy no. Ya me estoy devolviendo.

Alberto intentó despedirse, Adrián lo detuvo y habló que conocía un lugar que abundaba en pájaros y se hallaba libre de personas. Intrigado, Alberto preguntó si lo podía llevar.

—Ya mismo —dijo Adrián.

—¿Solos? ¿Usted y yo?

—Con esos también.

Alberto miró hacia la camioneta.

—Está bien. Hagamos algo. Un juego, si le parece.

—Dígamelo en el camino, don Alberto —y Alberto sin resistirse (aunque le habría gustado hacerlo) dejó que Adrián lo llevara con la mano rodeándolo sobre la espalda.

Se subieron a la camioneta. Adrián le dio dos palmadas sobre el hombro al que conducía. Los muchachos rieron cuando Alberto les explicó el juego y aceptaron. Estaban muy felices. Saludaban a la gente que pasaba junto al camino y estiraban el cuello por la ventana para que el viento los refrescara. La camioneta seguía, internándose en un camino estrecho que se abría entre unos árboles; pasaron junto a un portón que estaba en un costado, en el suelo, todo retorcido y rojo de óxido. La camioneta se detuvo cuando unas vacas perezosas cruzaron frente a ellos. Adrián lio un cigarro, lo sostuvo con los dientes. Lio dos más y los muchachos se los llevaron a la boca.

—¿Quiere?

—No, yo tengo los míos — Alberto mostró una cajetilla que había sacado de su bolsillo. Los muchachos rieron.

Mientras Alberto sacaba y encendía su cigarro, Adrián estiró la mano hacia la cara de uno de los muchachos.

—Usted no tiene edad —dijo Adrián tomando, con sus dedos, el extremo de un cigarro que se hallaba entre los labios de uno de los muchachos.

—No moleste —contestó el muchacho dejando caer el cigarro y rieron.

Adrián le pidió los fósforos a Alberto, pero Alberto no se los dio; en su lugar, se inclinó con un fósforo encendido entre las manos y lo acercó a la boca de cada uno de los muchachos.

Todos los cigarros quedaron encendidos.

La última vaca terminaba de cruzar. Pasaron por encima de una quebrada, sobre dos tablas de madera que cruzieron. Había arbustos con flores a los lados, pero sin hojas, nada tenía hojas. Los árboles eran grises, pálidos y pequeños, a unos metros del camino ya no se podía ver que seguía porque todo eran ramas y troncos secos que se mezclaban.

Se detuvieron donde había una entradilla estrecha, junto a unas pilas vacías de cemento. Se bajaron. De la parte de atrás de la camioneta sacaron unos maletines. Adrián se echó un rifle al hombro y se pusieron armas en la cintura. Avanzaron. Pasaron sobre unas piedras y sobre raíces que cruzaban por el sendero. Los árboles ahí eran rojos, se descascaraban. Más adelante olía a fruta podrida y había moscardones que se levantaban cuando las suelas de los zapatos tocaban el suelo y las espantaban y volaban como haciendo círculos y terminaban paradas en la cara. Alberto movía los brazos, quitándoselas de encima. Adelante, había pájaros que descansaban, casi escondidos, entre los árboles que sí tenían hojas, de donde crecían frutas que se reventaban al caer. Después de los árboles seguían hileras de cañaverales secos. Alberto se sentó en un barril de metal y se quedó viendo a los pájaros que no hacían nada. No se movían, uno si se movía: levantaba un ala y metía el pico debajo y se rascaba

entre las plumas. Uno de los muchachos lo llamó. Siguieron caminando. Cruzaron los cañaverales. Adrián los hizo detenerse. Con la ayuda de uno de los muchachos se subió a un árbol y se puso la mano extendida sobre la frente. Vio a lo lejos unos ganaderos a caballo, seguidos de vacas que avanzaban lentas y rodeados de otras que pastaban o que descansaban bajo la sombra.

Se bajó del árbol.

—Sigamos —dijo.

Después de los cañaverales había un caminito angosto que bajaba y que terminaba en una calle de donde se levantaba el polvo con la brisa. Sonaban unas ramas que se quebraban. Por ahí, unos monitos se mecían, y miraban hacia arriba, y saltaban de rama en rama. En lo alto había pájaros, sujetados con fuerza en las ramas secas, con el cuello recto y el plumaje brillante. No se movían.

—Nos ahorramos media hora de manejar, don Alberto —dijo Adrián, cuando comenzaron a avanzar por la calle.

Los monitos seguían agitándose y se inclinaban, flexionando las piernas, como si fuesen a saltar y no lo hacían. Los pájaros los miraban desde las partes más altas pero no se movían.

Alberto se sentó un momento. Había dicho que estaba cansado. Adrián mandó a un muchacho a adelantarse. Alberto no preguntó por qué. Los pájaros no se movían, y aún se oían los monitos y las ramas que quebraban y los árboles eran rojos y se descascaraban. Adrián se sentó y después sacó el rifle; lo inspeccionaba. El otro muchacho le señaló con la mano hacia arriba, donde había un pájaro.

—¿Ese, ese?

—No. Allá. Sí, ese.

Adrián lo veía y se decidió a dispararle. Se oyeron los monitos que se asustaron y las ramas que crujieron cuando el pájaro cayó. Alberto se levantó para ver a donde había caído; estaba prensado, colgando de una rama y con el cuello hacia atrás. Los monos pasaron saltando y agitándose, internándose entre los árboles.

—¿Voy? —dijo Alberto.

Adrián agitó la mano, desinteresado. Revisaba en el suelo, junto al tronco de un tamarindo. Con el puño cerrado, sujetaba las vainas que iba recogiendo. Se las dio al otro muchacho y comenzaron a quebrarlas, y con los dedos sacaban la miel.

—Agarre, don —dijo Adrián mostrando el puño lleno de vainas y las uñas cubiertas de miel. Alberto se inclinó y tomó una. Tras probarla, sintió sed. Botó lo que le quedaba entre las manos. Algo murmuró, los muchachos no le hicieron caso, y se metió entre las ramas. Se alejó del camino, avanzó unos metros, estiró las manos hacia el pájaro que colgaba y quiso agarrarle, dos pájaros lo veían. Alberto los vio también y miró hacia atrás y luego de nuevo hacia ellos. Se preparaba, estaba alistando el rifle y el sonido de una detonación los hizo volar. Hubo risas y luego Alberto oyó la voz de Adrián que lo llamaba. El otro muchacho, que estaba a cuarenta metros adelante, les hacía señales. “Sí están, las dos”, gritaba. Se acercaron a él. Caminaron hasta llegar al final del camino, que fenecía entre pasto y árboles y una casita con paredes derribadas y sin techo, ya tomada por las hierbas que se abrían entre las losas cuadradas del suelo. Había pájaros en los árboles y en el borde de los muros que aún estaban en pie. Uno de los muchachos disparó y los pájaros se fueron, adentrándose entre los árboles.

—Vaya, lo esperamos —dijo Adrián a Alberto.

Alberto avanzó, con el rifle cargado, rodeó la casita y vio que más adelante había un claro donde yacían lanchas viejas, blanqueadas por el sol, con agua adentro y con pájaros alrededor, que bebían y otros que recién llegaban, agitando las alas enormes. Tuvo que colgarse el rifle para abrirse el camino entre unas ramas secas que le raspaban las manos. Se hirió el brazo izquierdo con la corteza de una acacia. Cuando quiso apuntar sintió que le escocía la herida y vio las gotas de sangre que se mezclaban con el sudor del brazo y se limpió con la palma de la mano, le quedó manchada y la pasó sobre un tronco y también lo manchó. Los árboles eran rojos y se descascaraban alrededor de él. Había hormigas que caminaban entre las acacias y se subían a los pantalones y le subían por la

mano manchada. Sin poder ignorarlas, Alberto intentó apuntar, le dolía el brazo y oyó que lo llamaban.

Al salir, vio a los muchachos que se salían del camino. Corrió para alcanzarlos. Había unas gradas que bajaban por un costado de la calle. Llevaban a un muelle de madera, que flotaba en medio de un río y se mecía, crujiendo. Dos lanchas estaban atadas al muelle.

Los muchachos habían abordado una lancha.

—Súbase a esa —gritó Adrián y encendieron el motor.

—¿Son suyas? —dijo Alberto pero los muchachos ya estaban lejos y el sonido de los motores no los dejó oír. Alberto, acomodándose, puso el rifle a su lado, tenía sangre en el brazo. Encendió el motor y se puso a seguirlos.

A ambos lados, las riberas estaban verdes y las copas de los árboles estaban exuberantes y se mecían cuando los pájaros llegaban volando y se agarraban de las ramas. Había troncos caídos y caimanes que flotaban cerca de la ribera. En los parches de tierra desnuda y rojiza, donde el agua del río había arrancado partes de la orilla, se acomodaban los pájaros; en el pico de uno de ellos, vio Alberto, colgaba la cola dorada de un pez. En las espaldas de los caimanes, los pájaros se asoleaban; en los troncos que emergían en medio del agua, se amontonaban. Algunos volteaban el cuello levemente en dirección a las lanchas, siguiendo con la mirada la estela que van dejando los motores. El cauce del río se iba haciendo más ancho y se partía por la mitad, formando una mejana enteramente poblada de árboles. En las ramas estaban los pájaros, bien erguidos y anidados entre montones de hierba seca que colgaba entre las copas. No se movían.

Los muchachos se detuvieron, se reían y cuando Alberto se acercó le hicieron señales.

Alberto no los podía oír. Hacían rostros y muecas ininteligibles y gestos que señalaban hacia el río. Creyó entender que no se detuviera y así lo hizo. Los dejó de ver cuando la vegetación de la mejana se interpuso. Siguió avanzando, un poco más lento, y creyó oír disparos y apagó el motor para oírlos. Los volvió a oír. Encendió una vez el motor y continuó avanzando. Al acercarse a

los caimanes, el ruido del motor los hacía sumergirse y los pájaros que estaban en sus espaldas se iban, obligados a volar, y se agrupaban en las ramas, junto a los pájaros que anidaban. Otra vez sonaron disparos. Se detuvo y se alistó, disparó dos veces y vio que algo cayó en el agua. Cuando se acercó vio el agua marrón y espesa, agitada en forma de círculos que se extendían, y con aflicción supo que lo había perdido. En el brazo tenía sangre seca que le bajaba hasta el codo y gotas de sudor que hacían que los vellos se le pegaran a la piel. Cerca de la orilla, volvió a disparar y unas ramas cayeron junto a él, meciendo la lancha; los pájaros volaron al siguiente árbol. Se acomodó y continuó moviéndose por el río. Cuando le acertó a uno de los pájaros, que cayó cerca de la orilla, acercó la lancha y vadeó unos metros y lo recogió. Estaba feliz y lo echó en el saco. Encendió el motor y siguió.

En un árbol alto, en unas ramas desnudas que sobresalían, entre un nido, había dos pájaros. Uno de ellos descansaba, encocado. Quiso dispararle. Apuntó; un disparo, que no fue de él, los hizo huir. Miró hacia atrás. Los muchachos estaban en su lancha y reían. Adrián lo miraba de pie sobre la lancha, apoyándose sobre su rifle. Los otros muchachos dispararon al aire dos veces. Alberto encendió de nuevo el motor y, aprehendido por una sospecha o un presentimiento, continuó avanzando por el río.

La lancha iba rápido. Los pájaros no se movían. Desde el frente de la lancha entraba agua y sentía las gotas frías sobre la cara. Se detuvo junto a la ribera del río. Se tiró a vadear hasta la orilla, asegurándose de no mojar el arma y, con los zapatos hundiéndose en el barro, se hincó tras el tronco de un arbusto. Sin presteza, cargó el arma. Una bala rodó por el suelo, entre hojas húmedas y raíces. Los hilos de sudor y agua le bajaban por el cuerpo, mezclándose con la humedad de la ropa, empapándole el cabello, formando gotas en la punta de la nariz y entre las cejas. Arriba, entre la luz, había pájaros. Algunos bajaron hasta la lancha y agitaron las alas. Las ramas se movían, soltando hojas amarillas que daban vueltas al bajar; una se posó sobre la mejilla derecha, pegada a la humedad. Alberto

oyó voces y el motor de la otra lancha. Vio a los pájaros que no se movían y esperó. La lancha se detuvo.

Apuntó, hizo fuego cinco veces, y los pájaros no se movieron.

Se subió a la lancha, encendió el motor. Le temblaba el cuerpo y le bajaba agua por la frente. Miraba hacia atrás y veía a la otra lancha flotando, muerta en el agua, siguió; miraba hacia adelante y veía el río, un ala, y el agua que se partía en dos frente a él; miró hacia atrás y ya no vio más la otra lancha. A su lado, un pájaro lo acompañaba. Agitó los brazos y lo quiso golpear. El pájaro extendió las alas e hizo un ruido con las maxilas del pico. Como no se iba, Alberto se rindió, y quiso ignorarlo. Rodeó la mejana y siguió por el río. Se acercó al muelle. Casi resbala al estirarse para atar una cuerda. El rifle se hundió pesado en el agua. “Mejor” pensó. Subió las gradas, caminó y se acomodó bajo la sombra de lo que quedaba de las cornisas de la casita. Cuando sacó la caja de cigarros encontró que estaba mojada. La lanzó con fuerza y la vio caer entre el pasto rígido y seco. Sentado, esperaba a que el sol bajara. Levantó el brazo izquierdo, vio que el agua le había arrancado la sangre seca —vio la herida que era larga, roja y que ya no sangraba—, y lo dejó caer exhausto sobre los muslos. Se acostó, con la cabeza sobre las manos y cerró los ojos.

De golpe, el recuerdo de Adrián lo despertó. El atardecer terminaba y las sombras eran largas; había estrellas y una tímida luna creciente. Vio las ramas inmóviles de los árboles y, sobre ellas, las sosegadas siluetas de los pájaros.

Participantes de Poesía:

- José Adrián Solís Ceciliano
- Andrey Fonseca Molina
- Christopher Reyes Loáiciga
- Danthe Thenad
- Francisco Corrales Castro
- Gabriel Ulloa Herrera
- Joselyn López Rojas
- Josue Trejos Campos
- Juan Carlos Mora Barquero
- Jostin Andrey Mena Fernández
- Luis Céspedes Rojas
- Marcelo Chinchilla
- Maria José Carpio Ulloa
- Marisol Quesada Prado
- Moisés Arias Hidalgo
- Pablo Romero Barboza
- Sila Luna Bethge
- Valeria Morales Núñez
- Byron Ramírez Agüero
- Katherine Quiros Bonilla
- Arieto Gonzales Agüero

Participantes de Cuento:

- Adriana María Marín Sandoval
- Álvaro Esteban Zúñiga Cascante
- Ana Paula Jirón Rosabal
- Andrés Alonso Venegas López
- Arturo Rojas Alvarado
- Austin Padilla Montero
- Cristhofer Valdeir Marín Zúñiga
- Christopher Reyes Loáiciga
- Felipe Hernández Hernández
- Gabriel Ulloa Herrera
- Gustavo Picado Durán
- Jaffeth Alfaro Torre
- Josue Trejos Campos
- Ligia Elena Cotes de Leon
- Luis Céspedes Rojas
- Luis Diego Jiménez
- Camila González Acuña
- Melany Solano Hernandez
- Óscar Leonardo Cruz Alvarado
- Santiago Acosta Gómez
- Valeria Iraheta Chávez
- Diego Quintero Martins
- Ronny Alexander Masís Montenegro

Contenido

Certamen Literario Brunca: espacio y territorialidad, dimensiones de la literatura regional.....	5
Presentación: Salmo y eternidad.....	15

Poesía

Primer lugar.....	23
Byron Ramírez Agüero	
Principio de incertidumbre	
Segundo lugar.....	55
Katherine Quirós Bonilla	
La Última Llamada	
Tercer lugar.....	71
Ariel Alonso Gonzales Agüero	
Un par de tragos pal coraje	

Cuento

Primer lugar.....	99
Valeria Iraheta Chávez	
Preludio apóstata	
Segundo lugar.....	119
Diego Quintero Martins	
Carne	
Tercer lugar.....	133
Ronny Alexander Masís Montenegro	
Desde la bruma	
Mención de Honor.....	155
Gabriel Ulloa Herrera	
Crestamatía de gallina criolla	
Mención de Honor.....	177
Christopher Reyes Loáiciga	
La competencia	
Participantes de Poesía:.....	209
Participantes de Cuento:.....	211

Globalización y contracultura

Con la expansión de la globalización se quedó una generación de jóvenes atrapada entre los engaños del desarrollo económico. Se elogió la idea de que la globalización generaría desarrollo para todos. Fue por eso que las universidades adoptaron un modelo de aprendizaje técnico que sirviera a las empresas representantes del neoliberalismo. La solidaridad, manifestación de hermandad entre las sociedades y los humanos, ha sido vilipendiada por el capitalismo voraz, pasando a ser un anacronismo citarla en las aulas. Las universidades públicas, nacidas dentro de la solidaridad social, han pasado a ser apéndices del nuevo modelo depredador de la humanidad; quedando, únicamente, algunos elementos que se resisten a los embates de la modernidad, y que se permiten en razón de haber acumulado experiencias maravillosas que podrían ser delatorias del nuevo modelo si fueran desechadas.

Ante la imposición de la racionalidad como elemento fundamental de la globalización y del desarrollo medio-fin expuesto por Weber, nacen movimientos de contra-cultura, sean estos personales o grupales, que recuperan el arte como fundamento humano. Es por tal razón que algunos jóvenes, dando espacio al espíritu humano, se apartan de la propuesta medio-fin, tal y como lo propone Hinkelammert, para dejar que la creatividad los atrape frente al mundo que los rodea. Por eso es que estos seres, integrantes de una nueva contracultura, dan espacio a la lectura, a la reflexión, a la vida; y encuentran en los escenarios cotidianos suficiente motivación para escribir un relato, un cuento, una poesía, una canción, o simplemente para reflexionar, retando al mundo globalizado que no puede atraparlos en su totalidad. Tal es el caso de los jóvenes que han participado del Certamen Literario Brunca, y que, sin miramientos a premiaciones, se pueden considerar ganadores frente a un modelo de racionalidad que gruñe al verlos optar por el arte literario. Estos jóvenes entendieron que la literatura está fuera de la razón, y que se conjuga con el espíritu, con el alma, con el buen vivir.

Miguel Calderón Fernández



ISBN: 978-9930-9663-2-7

